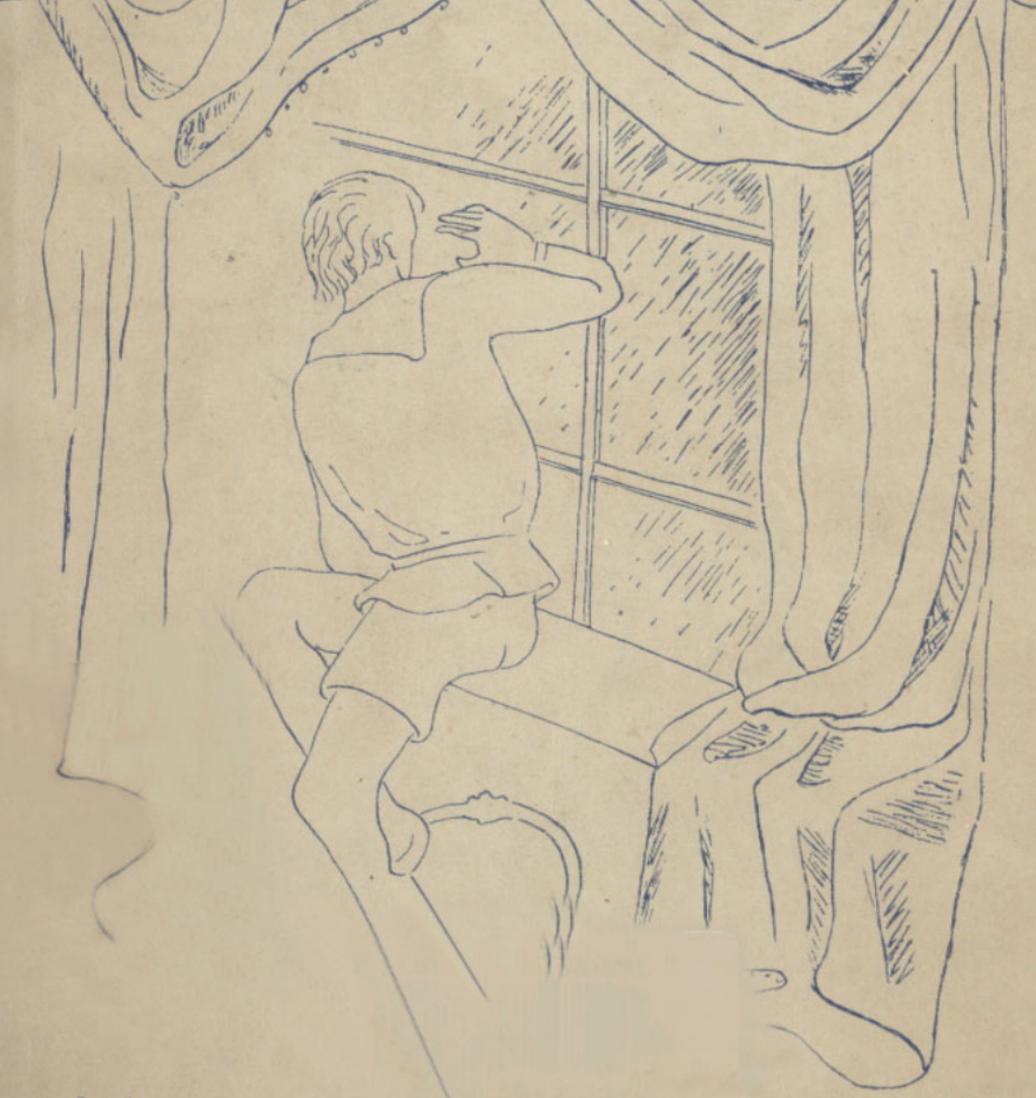


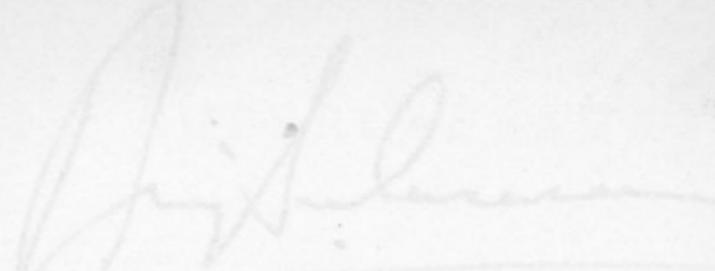
BENJAMIN SVBERCASEAVX

# Daniel



EDICIONES

ERCILLA



El autor, ya consagrado, de "Y al Oeste limita con el mar", "Rahab" y otras novelas cortas, nos ofrece en "Daniel" su última producción en el género.

Subercaseaux parecía haberse fijado definitivamente en el ensayo, desde "Contribución a la realidad" y "Chile o una loca geografía". Sin embargo, vuelve ahora a la novela con este libro sobre la infancia, tan pleno de observaciones y poesía.

Ya nos había dado la pauta de la obra en unos apuntes sobre la niñez que aparecieron hace años en la revista "Atenea" y que fueron publicados en tirada aparte y en escaso número de ejemplares bajo el título de "Niño de lluvia".

Aquí aparece la obra completa, definitiva: un análisis psicológico del niño introvertido —siguiendo la expresión de Jung— como sólo puede lograrlo un escritor de la envergadura de Subercaseaux, en quien armonizan el Artista y el Doctor en Psicología de la Universidad de París.

En una historia triste, aunque llena de optimismo, nos muestra la lucha valiente de un niño entre dos siglos que se debate contra su propia sensibilidad, contra el misterio de la vida y su adaptación al ambiente. Es un libro que no olvidarán tan pronto los lectores que buscan algo más que la simple literatura o el pasatiempo fácil.

Ilustra la obra un antiguo compañero de colegio de Subercaseaux: el dibujante Alfredo Renard V. Sus trazos simples y seguros, de una elegancia perfecta en la línea, son el complemento valioso de un texto valioso.

Auguramos para "Daniel" un lugar importante dentro de la literatura chilena y americana.

ERCILLA.

BENJAMIN SUBROUSEAUX

*Benjamin Subroseau*

*Daniel*

COLECCIÓN  
CONTEMPORANEOS

Relato.

**DANIEL**

ILUSTRÁ

ALFREDO RENARD V.

EDICION DEFINITIVA

EDICIONES ERCILLA

SANTIAGO DE CHILE

1942

BENJAMIN SUBERCASEAUX

# Daniel

(Niño de lluvia)

Relato.

ILUSTRA

ALFREDO RENARD V.

EDICION DEFINITIVA

EDICIONES ERCILLA

SANTIAGO DE CHILE

1942

Es Propiedad  
Registro N.º 8683

—  
COPYRIGHT by  
EDIT. ERCILLA, S. A. 1942

FABRICACION CHILENA PRINTED IN CHILE  
Prensas de la EDITORIAL ERCILLA, S. A. — Santiago de Chile

## NOTA DE LA SEGUNDA EDICION

### PROLOGO

*Niño de Iuvia* vino con algunos apuntes de infancia. Fallaba algo en esa primera edición; se deseaba saber más de Daniel que, al decir de las gentes, interesaba, y lo que es más extraño, encontraba a otros Danieles que veían en él primero un reflejo de sus vidas pensativas y solitarias.

Esta razón, más que otras, me llevó a completar la obra y presentarla en la forma definitiva que vemos ahora. Siento no sé qué ternura agradecida por la comprensión muda de un carácter que, a la postre, resulta ser el de muchos. El escritor se debe antes que nada a esas almas inocentes que creen verse retratadas en la historia de un niño que no tuvo historia. A ellas van dedicadas estas páginas, tan mal hilvanadas como me las hilvanó la vida, pero llenas de esa puerilidad necesaria para poder vivirla hasta el fin.

No sabría encontrar otra razón que justificara este libro, tan semejante al primero — como que es el mismo —, y distinto, como que nació bajo el soplo generoso de la ternura que supo alentarlo y ensancharlo hasta la zona oscura de la confianza y del amor.

B. S.

Sevilla, verano de 1942.

## NOTA DE LA SEGUNDA EDICION

*Niño de lluvia* fué un simple cuaderno con algunos apuntes de infancia. Faltaba algo en esa primera edición; se deseaba saber más de Daniel que, al decir de las gentes; interesaba, y lo que es más extraño, encontraba a otros Danieles que veían en el primero un reflejo de sus vidas pensativas y solitarias.

Esta razón, más que otras, me llevó a completar la obra y presentarla en la forma definitiva que vemos ahora. Siento no sé qué ternura agradecida por la comprensión muda de un carácter que, a la postre, resulta ser el de muchos. El escritor se debe antes que nada a esas almas inocentes que creen verse retratadas en la historia de un niño que no tuvo historia. A ellas van dedicadas estas páginas, tan mal hilvanadas como me las hilvanó la vida, pero llenas de esa puerilidad necesaria para poder vivirla hasta el fin.

No sabría encontrar otra razón que justificara este libro, tan semejante al primero — como que es el mismo —, y distinto, como que nació bajo el soplo generoso de la fraternidad que supo alentarle y ensancharlo hasta la justa medida de la confianza y del amor.

B. S.

Santiago, verano de 1942.

*Hay hombres para quienes la infancia no ha existido. Digo que no la recuerdan ni les preocupa. La creen "cosas de niño", sin importancia ni atractivos. Estos hombres son los que, más tarde, tendrán una larga vida sin importancia ni atractivos.*

*La infancia es la cuna de toda poesía y la fuente tumultuosa donde yacen, sumergidas, las ideas que se han de clarificar con el tiempo. Nunca el hombre adquirirá lo que no tuvo entonces; nunca llegará tampoco a esa visión prístina, sonora como un cristal, y, como él, luminosa. El sexo que en el adulto vuelve a refrescar lo que se había marchitado en el primer amor es como una vuelta atrás, como un baño de infancia. Reaparecen — ¡por tan corto tiempo! — las visiones ardientes, los entusiasmos heroicos, las suavidades voluptuosas de la primera edad. El hombre lo sabe en cierta manera, y es por eso que da la vida a trueque de volverlo a sentir. Pero también parece ignorarlo, olvidando que de niño había sido igual: las mismas sensaciones, los mismos entusiasmos, pero continuos entonces, vividos día y noche en una maravillosa orgía de los sentidos y de las imágenes. ¡Sabe Dios si es por esto que el hombre frío es terriblemente adulto; y a la inversa, que el sensual tiene rasgos de niño que hacen más excusable su pecado! Como sea, nosotros hemos tratado de mostrarlo así en ese Miguel, de "Capitán Piojo", y sobre todo,*

*en esta infancia de Daniel; uno, el personaje de novela, con mucho de realidad; este otro, personaje de la realidad con mucho de novela.*

*Es esto, precisamente, lo que me ha hecho difícil la tarea de fijarle un género a este libro. "Niño de lluvia" es, para mí, un relato. Es cierto que la Historia no es otra cosa. Sin embargo, hemos procurado hacer aquí algo distinto de la Historia: un relato impersonal, no circunstanciado.*

*Digo esto, porque en los géneros que se apartan un poco de la generalidad no faltan quienes descubran por todas partes la nota autobiográfica, histórica. Y no dejan de tener razón, aunque no mayor de lo que podrían tenerla al descubrir en el poema o en el ensayo, un rasgo de la psicología de su autor. Toda obra es — o debería ser — el hombre; pero toda obra, y ésta entre muchas, no ha sido concebida en vista de presentar al autor en su desnudo espiritual.*

*Era lo que deseábamos decir de este libro, y que podríamos ampliar a Zoé, Quince poemas y Al Oeste... En este relato, como en otros libros, nos hemos aplicado en traducir la atmósfera espiritual del momento, mucho más que el hecho en toda su precisión exterior.*

*Recuerdo todavía la admiración y extrañeza que me causaban los relatos de "los grandes", cuando yo era pequeño; algún acontecimiento o circunstancia que habíamos presenciado juntos, ellos lo relataban a otros adultos. Para mí era enteramente nuevo, ajeno al suceso. Llegué a pensar que los adultos eran, por definición, mentirosos.*

*Ahora, en este libro donde casi no aparecen nombres ni lugares, escrito en la manera confusa en que yo lo viví o como se lo vi vivir a tantos otros niños, tendré que hacer a mi vez el mismo papel: el de mentiroso; en este caso, frente a otros adultos. Mentiroso, porque mi infancia no fué la de Daniel; y a la vez, sincero, porque mi infancia la sen-*

*tí así, y tanto, que hay momentos en que la suya llega a identificarse con la mía.*

*Dije más atrás que no quería precisar. El niño, desde luego, no precisa: su escenario es el mundo. No encontraremos, pues, muchas cosas que habría sido interesante recordar: las calles de entonces, las escenas populares y las costumbres del 1900. Desgraciadamente, un libro concebido en esta forma no habría podido hacer sentir la niñez, ya que los manoseados "Recuerdos de Infancia" que nos ha legado cada escritor, son cosas de otra índole: un viaje retrospectivo en calidad de adulto; una mentira, como la calificaría el niño sin vacilar.*

*Si en estas líneas aparecen de vez en cuando relatos en que parece despuntar el hecho real, como en la descripción del gran terremoto de 1906, no es en absoluto en su forma histórica (para eso están las bibliotecas con sus revistas y fotografías de la época), sino como sintió el terremoto un niño del año 6.*

*Este criterio lo hemos aplicado a todo lo demás.*

*Consideramos la literatura como algo que va más allá de la forma, de la belleza, de la realidad misma: algo que debe aspirar a la fraternidad. La comprensión de lo que uno dice y piensa es un puro milagro que se realiza rara vez entre los hombres.*

*Sabe Dios si este empeño en escribir que tienen algunos no es un esfuerzo angustioso para verlo repetirse con más frecuencia.*

BENJAMIN SUBERCASEAUX.

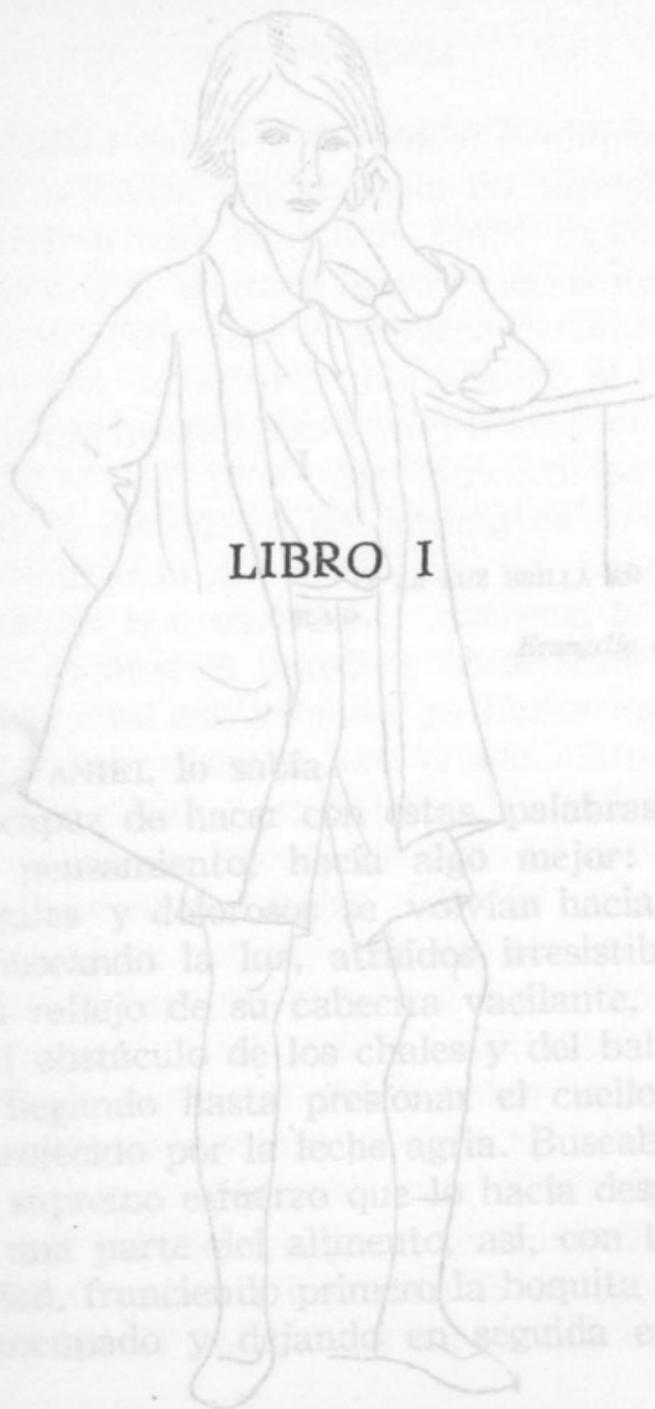
*Valparaíso, verano de 1938.*

«NIÑOS FABULOSOS QUE VAN MURIENDO AL RECUERDO; NIÑOS QUE SUEÑAN DESPIERTOS. INFANCIA DÉBIL, COMO UNA LINTERNA SORDA; INFANCIA DONDE TODO SE ESCURRE BAJO EL AGUA DEL TIEMPO.

¡AH, MIS GLORIOSOS Y DOLOROSOS NIÑOS DE LLUVIA!».

---

«ERA PRECISO EXPLICAR ESTAS COSAS PARA COMPRENDER A DANIEL Y PODER INTERPRETAR SU VIDA SENCILLA Y EXTRAÑA. SOBRE TODO, PARA QUE NO LO JUZGUEMOS COMO LO HICIERON LOS ADULTOS CIEGOS: POR DONDE PASÓ SE DIJO QUE ERA UN SANTO O UN DEMONIO. NO FUÉ LO UNO NI LO OTRO: UN POBRE NIÑO, SOLAMENTE, DEMASIADO ESPANTADO DE LA VIDA PARA TENER SIEMPRE RAZÓN».

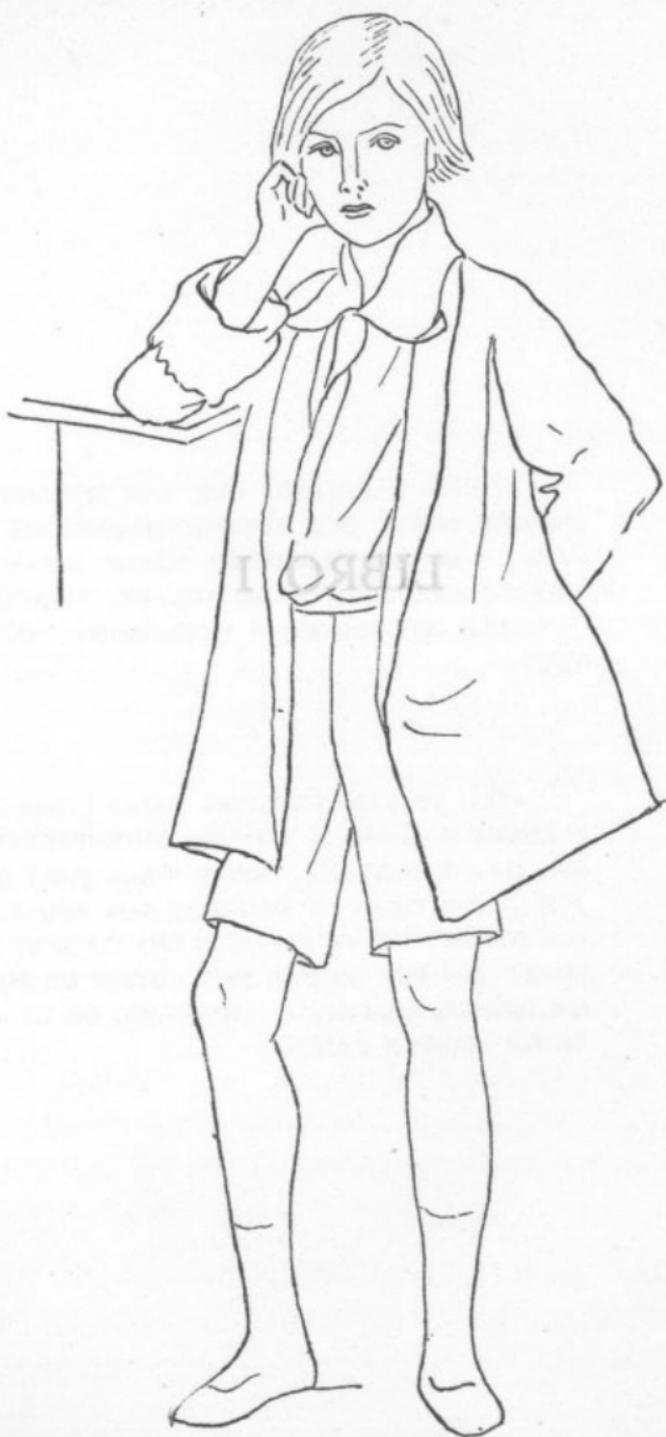


## LIBRO I

... EN LA TINTA...

*Escrito de Juan...*

DANIEL lo sabía...  
... de hacer con estas palabras siquie-  
... un pensamiento hacia algo mejor: sus oji-  
... y de... se movían hacia la ven-  
... hacia la luz, atraídos irresistiblemente  
... de su cabeza vacilante, que for-  
... el obstáculo de los chales y del babero hú-  
... hasta presionar el cuello peque-  
... por la leche agria. Buscaba la luz  
... un supremo esfuerzo que la hacía desprender-  
... de una parte del alimento, así, con toda na-  
... frunciendo primero la boquita con ges-  
... y dejando en seguida escurrirse



## I

«Y LA LUZ BRILLA EN LAS TINIE-  
BLAS».

*Evangelio de Juan.*

**D**ANIEL lo sabía.

Incapaz de hacer con estas palabras siquiera un pensamiento, hacía algo mejor: sus ojos azules y dolorosos se volvían hacia la ventana buscando la luz, atraídos irresistiblemente por un reflejo de su cabecita vacilante, que forzaba el obstáculo de los chales y del babero húmedo llegando hasta presionar el cuello pequeño, enrojecido por la leche agria. Buscaba la luz en un supremo esfuerzo que lo hacía desprenderse de una parte del alimento, así, con toda naturalidad, frunciendo primero la boquita con gesto preocupado y dejando en seguida escurrirse

por la mejilla el rebalse de la leche, como un acto cumplido que no merecía una atención mayor.

Y luego venía el llanto; seco e indiferente los primeros días; con el gesto de la tragedia, algunas semanas después, y con unas como lágrimas que le daban cierta expresión nueva a la mirada, ya más segura y casi implorante.

Daniel comenzó así.

Los de su familia, de su ciudad, de la especie humana, no empezaron de otra manera: el santo o el perverso, el labriego o el estadista, el espíritu esclarecido y fino o el hombre torpe y brutal, presentan en esa edad una semejanza desconcertante. Cuando más, un rasgo de los padres, marcado hasta la caricatura, puede esbozar su leve diseño. El color subido del genitor y su nariz aguileña, el ceño adusto de la madre y los hoyuelos de sus mejillas, pueden anticipar sobre la criatura como un agregado, un disfraz más bien, *del niño único e invariable* que carga con este presente paterno con la misma indiferencia del que lleva un traje de carácter sin tener el carácter apropiado para llevarlo.

Daniel nació en el segundo año del Siglo XX. Pudo nacer en el tercero o cuarto año de cualquier otro siglo, pero no fué así. Es verdad que

nunca logró recordar ese momento, y que, precisamente, basándose en esto, le entran a veces serios temores de no poder recordar algún día sus propios funerales. Se consuela pensando en *lo que vino después*, porque lentamente en la noche de su infancia comenzaron también a aparecer luces, escenas y ruidos, como los del último tumbo del jarrón que rueda por el suelo frente al niño travieso, y que sorprendemos al abrir la puerta, dándonos así la explicación de lo que no alcanzamos a ver.

De la misma manera recuerda Daniel el vaso roto de su infancia en la media luz de las piezas enormes, tras la cortina de felpa y los helechos artificiales del 1900. Ve un cuerpecito escuálido por el ayuno obligatorio que le imponía el ama "que no tenía leche"; siente el pinchazo horrible del grueso alfiler de gancho que ensartó los pliegues de su vientre junto con las mil hojas de sus mantillas; oye voces y trajines de mujeres afanadas entre los encajes de sus *matinés*, y huele los vapores del viejo anafe *de espíritu* con sus cien tubitos misteriosos. En su recuerdo, vaga todavía la sombra de los rincones que aquilataba el prestigio de los muebles blancos y de la toilette de álamo cubierta por el satín rosado y el encaje

indefinible. Recuerda, por fin, a los hombres de esa época, con el aspecto estúpido de los maniqués en una tienda de provincia.

Daniel sentía su existencia en aquel entonces más estable que los cimientos del mundo. Aunque no recordaba sus comienzos — o tal vez por eso — se sabía eterno, al margen de toda definición como el verbo *ser*. Esa pequeña criatura, delicada y pálida, de una salud frágil que debió bordear la muerte más de una vez, presentía en él extrañas posibilidades sumidas en el sueño de las cosas. Recordando ese tiempo ha llegado a preguntarse si los niños pequeños sufren de un defecto en la visión; él no ve en aquel entonces sino cosas: trajes, utensilios, actitudes de hombres y mujeres que se manifestaban solamente en el cuerpo, como si no hubieran tenido cabeza. En cambio, recuerda muy bien que su perro lanudo había perdido el relleno de afrecho en la base de la cola, que caía flácida y desmayada. No se le escapa tampoco que faltaba la rueda en una de las patas y que, al cabalgar sobre el juguete, éste se clavaba en la alfombra produciendo arrugas y una tempestad de gritos en una mujer muy elegante que se ondulaba para el baile de la noche.

Daniel era sensible a las disputas con la sirvienta, y a toda la intriga oculta que suelen incubar las familias, y se escandalizaba, partiendo de un sentido muy claro de lo bueno y lo malo, aun cuando no conocía ni habría podido comprender las razones de por qué estaba mal o bien. Como sea, habiendo sido siempre un tímido alejado de toda rebeldía, conservó desde entonces una opinión interior sobre la justicia y la rectitud, tan propia e inexorable, que el contradecirle en esas materias, aun ahora, puede hacerlo caer en una angustia tan grave como una enfermedad. Es por esa razón que su infancia y parte de su vida no fueron otra cosa que una larga enfermedad.

En aquel tiempo desfilaron casas y paisajes como distintos decorados movibles en la inmovilidad de su teatro único: el de sus juegos. La familia podía cambiar de casa; al hall oscuro podía suceder la galería luminosa que daba sobre las nubes claras y los alambres del cielo; o el patio empedrado, con sus macetas de bambúes y el canto de su telón. Era igual. Como niños que juegan en un tren, poco importaba el paisaje que corría afuera, detrás de la ventanilla. ¡Hermosa continuidad de la infancia que nos anticipa

cierto sabor a eternidad! Viene el despertar al mundo y cada día es terriblemente nuevo, lleno de zozobras y, sobre todo, impropio para seguir el juego de nuestra ilusión de ayer.

Daniel en esos tiempos no amaba a nadie. Las preferencias no debían venir sino más tarde. Su abuelo, su tía, el tío, la abuelita, la madre, eran amados como un hombre corriente ama a Dios: algo tan lejano y augusto, y en el fondo tan temido y ajeno a su vida íntima de niño, que más valía no precisar sentimientos para no tener que confesar, simplemente, que le eran extraños.

Un medallón con el retrato de su padre, que llevaba colgado al cuello, le inspiraba más ternura. Había cierto destino común entre el muerto, sometido y mudo, y él, prisionero de una infancia que se le antojaba eterna — “cuando yo sea grande” — solía decir. ¡Mentiras! Los niños no creen que serán nunca grandes, y no se equivocan, porque cuando crecen y se hacen hombres lo son en otro sentido del que esperaban.

Sí, él no amaba a nadie, pero sentía un prestigio emparentado con el afecto por cierto conejillo de trapo a quien cuidaba como la niña de sus ojos. Durante el día lo colocaba al sol, acostándolo junto a él durante la noche. Ahí se

apelotonaba tratando de comunicar el calor de su cuerpo al cuerpecito de aserrín y de entibiar con su aliento el hielo insoportable de los ojos de cristal. Y se dormía estrechándolo, hasta que el sueño iba aflojando los brazos y entreabriendo la boquita voluntariosa. Al amanecer, el conejillo había rodado hasta el suelo. El lo recogía y lo tiraba sin piedad entre los juguetes; porque los niños en la mañana son fuertes y crueles. Con la puesta del sol volvía el amor al conejillo junto con las sombras, el miedo, y cierto frío nervioso que lo hacía cobijarse bajo el chalón de la abuelita mientras le preparaban la cama tibia.



## II

«L'ENFANCE A DES MANIÈRES DE  
VOIR, DE PENSER, DE SENTIR QUI LUI  
SONT PROPRES, RIEN N'EST MOINS SEN-  
SÉ QUE D'Y VOULOIR SUBSTITUER LES  
NÔTRES.»

J. J. ROUSSEAU.—  
*La Nouvelle Eloïse.*

**S**ERIA una empresa indiscreta pedirle a Daniel que nos dijera qué idea se había formado de la gente que lo rodeaba. Decimos “idea”, pero esto debe entenderse como una atmósfera donde los niños respiran sus ideas y sensaciones junto con el oxígeno de la vida. Como sea, contentémonos con saber — y esto es la estricta verdad — que coexistían en él dos opiniones: una, fija e inexorable como un dogma, de que todos sus fami-

liares eran absolutamente buenos y perfectos; otra — que él atribuía a su limitación cuando no a su propia maldad — que lo hacía pensar de los suyos todo lo contrario. No obstante, debemos reconocer que esta segunda opinión no contaba con el prestigio que tienen las cosas reales; era un fantasma que rechazaba en lo profundo de su ser, allí donde almacenaba sus mentiras, sus vergüenzas y aquellos descubrimientos que recién empezaba a hacer en esa cosa extraña que era su cuerpo.

Esta opinión que los pequeños tienen de los grandes es la causa de profundas tragedias del alma que pueden dejar su huella hasta la vejez. Nadie les afirma que sus padres son perfectos. Ellos lo creen porque sí; o mejor dicho, no pueden dejar de creerlo, porque si no ¿cómo se justificaría su crueldad despreocupada? Hay niños que sufren menos, es verdad; y hay padres que hacen sufrir más. Y siempre ocurre que los niños más sensibles son aquellos cuyos padres muestran un rigor extremo. El niño soporta todo amparado en el mito de la perfección paterna. Pero más tarde, cuando descubre la verdad, suele recogerse el alma en el recuerdo y ponerse más dura que la piedra. Llega hasta creer

que en el mundo no hay padre ni madre ni nada, solamente el prójimo perverso que lo hará sufrir con un pretexto u otro, y que en el comienzo de la vida se le presentó disfrazado de familiar más o menos obsequioso. Por eso, sería una bendición que los niños descubrieran desde temprano la fragilidad humana que puede estar en los padres como en los demás, y que trataran de cubrirla con el manto del amor como Sem y Jafet.

Daniel creía en la excelencia de su familia, sospechando — él sospechaba, también, como Cam — que bien podía no ser verdad. Sin embargo, había otras cosas en aquel tiempo que le interesaban más y que ya comenzaban a levantar los pesados cortinajes de su conciencia. En primer lugar, unos individuos temibles y repugnantes que entraban hasta el tercer patio de la casa para recoger el cieno de la acequia; o los otros, no menos temidos, que desfilaban con grandes sacos al hombro dejando sembrado el camino de carbones y de la huella pavorosa de sus pies desnudos.

Sin embargo, la repulsión que le inspiraban esos hombres no venía precisamente del cieno ni del carbón, ya que el frutero, el panadero y hasta el *paco* de la esquina — a quien hicieron pasar

una tarde de verano para convidarlo con una sandía — participaban de la misma impresión de *intocables* que le había sido grabada desde el principio.

Por esto, cuando años más tarde el instinto ciego comenzó calladamente su trabajo oculto; mucho antes de abrirse paso a la conciencia, al sexo o a lo que sea; cuando cierto escozor interno se engarza en todo lo que tiene sabor a veda, Daniel se permitió hacer un acto abominable: una mañana en que el panadero lo obsequió con una *chocosa* tibia y crujidora, él, agradecido, tendió tímidamente su mano blanca de niño que el otro estrechó con fuerza, ahogándola en su ancha mano negra de hombre del pueblo. Fué un instante de vértigo; luego corrió adentro, perseguido por una agradable culpabilidad, y fué tanta su turbación, que olvidó probar el enorme pan que apretaba nerviosamente bajo el brazo.

A las mujeres las veía más a menudo y tenían para él un prestigio mayor: eran algo serio y respetable. Los hombres le inspiraban curiosidad e inquietud, nunca respeto. Las sirvientas las imaginaba como diosas tutelares. No podía concebir que tuvieran padres o parientes. Ellas “eran”.

La vieja decana tenía sobre él un ascendiente particular. La obedecía, aun cuando ella no se resistía a sus caprichos; además, tenía un hablar tan pausado y sereno. Contaba cuentos por las noches, la buena Chepita, o se quedaba sentada durante horas en un rincón obscuro del patio mirando largamente las estrellas de ese cielo 1905, con sus pequeños ojos llorosos y las manos apoyadas sobre el vientre, entrelazadas bajo el delantal. Daniel creyó sorprenderla, a veces, orando en silencio. Qué hermosa figura la de aquella mujer. Cómo se afanaba en descubrirle nidos de gatitos en el entretecho, que luego le obsequiaba así, pequeños y redondos, montoncitos negros o grises con sus gruesas patas torpes y sus ojillos azules.



## III

«J'AI VU, DIT SAINT AUGUSTIN, UN ENFANT JALOUX; IL NE SAVAIT PAS ENCORE PARLER ET, AVEC UN VISAGE PÂLE ET DES YEUX IRRITÉS, IL REGARDAIT DÉJÀ L'ENFANT QUI TÊTAIT AVEC LUI.»

FÉNELON.

**D**ANIEL era un pequeño tirano prudente. Mandaba con gesto autoritario, pero contestaba con suavidades de felino. No recuerda haber dicho nunca nada que hiriera a los demás. Fué preciso que conociera a otros Danieles para que comenzara a encenderse en su mente la pequeña luz que había de iluminarle su propio yo.

Fué en un día de cumpleaños. Varios niños habían sido invitados para esas fiestas de grandes

con que los grandes imaginan contentar a los chicos. Daniel veía llegar esta ocasión con alborozo y cierto temor oculto: era su primer contacto con “los demás”.

A las tres de la tarde, hora pesada de las matinés, en que la irritabilidad y amargura infantiles alcanzan al paroxismo, aparecieron algunos niñitos y niñitas conducidos por las sirvientas o por sus mamás.

Daniel no los había visto nunca. Curiosamente observó sus caras satisfechas y lejanas.

Los de casa atendieron a las mamás; las sirvientas invitaron a las otras con un torpe: “Pase a sentarse...”, y él se quedó ahí, solo frente a la jauría.

Como perros que se observan por primera vez, giraron los niños en torno de Daniel mirándolo como si fuera un fenómeno. Uno de ellos, después de haber lanzado a los otros una mirada de connivencia, se adelantó y cogiéndolo rudamente por los rizos, le lanzó a quema ropa: “Y éstos, por qué te los dejan tan largos...”

Daniel tuvo la primera desazón de su vida. La sangre se le agolpó en las mejillas; sintió una terrible ira contra los suyos, que lo ponían en un ridículo semejante; un deseo de venganza contra las visitas, y también, algo sereno que lo ten-



taba a explicarse; pero, por sobre todo, una pena enorme que se le subía a la garganta y le impedía llevar a cabo ninguna de estas cosas. No podía comprender que se imaginara una pregunta así. El ya sabía que se podía herir con las palabras como si fueran cuchillos. No atinaba a comprender, pues, ese juego imprudente y doloroso. El no había dado nunca de cuchilladas a nadie. Por qué entonces los otros...

El mundo está lleno de misterios para los niños; echó, pues, a la cuenta de su ignorancia lo que no se resignaba a juzgar como una monstruosidad, y tomando por la mano a uno de los pequeños — al más tímido — le dijo: “Ven a jugar conmigo. Te voy a mostrar mis juguetes”.

El otro no contestó, pero se dejó conducir dócilmente. Partieron sin soltarse las manos, muy callados y tiesos como si cumplieran un rito extraño.

—Yo quiero ese juguete...—decía un pequeño de cara redonda como luna.

—No, es mío — le contestaba un grandote de aspecto canalla y atropellador. — Es mío — repetía pasándoselo bajo la nariz y lanzando cada palabra como un salivazo retenido y vuelto a soltar por el labio pendiente e inexpresivo.

Daniel, que jugaba cerca de ellos, volvió la cabeza con sorpresa. ¿Cómo ese atrevido decía esas palabras en su presencia? ¿No sabía que él, y nada más que él, era el dueño legítimo de los juguetes?

Daniel se encogió de hombros y siguió jugando. Los niños se habían dividido en grupos. Las niñas, aparte, acostaban y vestían indefinidamente a un muñeco de trapo, moviéndose con gestos muy circunspectos y en un profundo silencio que interrumpía, a veces, un tirón para arrebatarse una prenda o una mueca de disgusto acompañada de miradas feroces.

Los muchachitos jugaban dando gritos y empujones como si estuvieran en una plaza pública.

De pronto, uno de ellos — el del tirón al pelo — se le acercó con gesto amigable y, tomándolo por el hombro, lo llevó aparte.

— Oye, dime, ¿tienes papá, tú? — le dijo con voz melosa.

— No... — contestó Daniel, desorientado por tanta solicitud.

— ¡Ah, güichi... yo sí que tengo! ¡Ah... apesta!: no tiene ni papá... — gritaba el energúmeno señalándolo con el dedo.

Era demasiado; Daniel se abalanzó sobre él y cogiéndolo por la blusa se aprontó para darle su merecido, cuando el otro, inesperadamente, echándose al suelo comenzó a llorar dando tales gritos que Daniel, desconcertado, creyéndose una vez más culpable de un crimen atroz, se quedó mirando la escena sin saber qué hacer.

— Este me pegóoo... — gritaba el niño desde el suelo como si lo estuvieran matando. — Este abusador me pegóoo...

Se alborotaron las mamás y las sirvientas. Los demás niños, despreocupados (los asuntos *internos* no les interesan) siguieron en su algarrabía. Aquello era una confusión de monos enloquecidos, de juguetes que volaban por los aires, de manos sucias que los recibían y de caras untadas con merengue que miraban atónitas, tan pronto resplandecientes de gozo como derretidas en sus lágrimas de dulce.

Daniel no comprendía nada. Ese espectáculo estaba fuera de su ley, usos y costumbres. Esos barrabases parecían estúpidos, ciegos y sordos, hasta el momento en que su malicia los mostraba perfectamente conscientes y malignos.

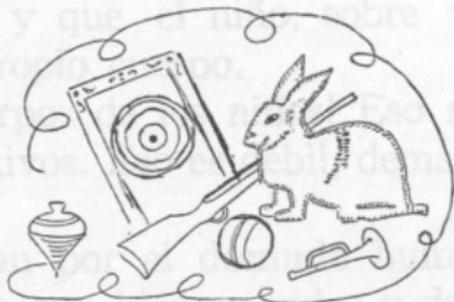
Daniel estaba desprovisto de malicia. El lo ignoraba y, desgraciadamente, lo vino a saber

cuando no tenía remedio. Así, pues, tardó mucho en comprender el significado del mal, de la perversidad, de la astucia. Y como aquello le parecía inexplicable, sufrió de ellas como se sufre de una dolencia.

Aquel día de cumpleaños supo que los demás suelen caer, sin que sepamos por qué, en un estado vecino a la imbecilidad y la demencia: una imbecilidad maliciosa y una demencia consciente y perversa.

Estas reflexiones, naturalmente, las sintió sin pensarlas ni comprenderlas. Lo que hizo, en realidad, fué esconderse bajo el catre sollozando desesperadamente y gritando: "No quiero verlos; que se los lleven a todos!"

Hasta ahora, casi todas las fiestas de Daniel han terminado así.



«IL N'Y A NULS VICES EXTÉRIEURS  
ET NULS DÉFAUTS DU CORPS QUI NE  
SOIENT APERÇUS PAR LES ENFANTS;  
ILS LES SAISISSENT A PREMIÈRE VUE.»

LA BRUYÈRE.

**L**OS niños son un deseo anhelante que avanza por el mundo a tropezones, seguido por una cosita humilde, sin importancia; algo en que nadie repara y que el niño, sobre todo, parece ignorar: su propio cuerpo.

¡Los cuerpos de los niños! Eso no tiene formas ni atractivos. Eso es débil, demasiado tierno, sin malicia.

Se pasean por el desnudo humano, encogidos y friolentos, o bien erguidos y desfachatados, proyectando hacia adelante el vientre prominente

o el sexo dormido. Para ellos mismos resulta un misterio ese juguete que, desde pequeñitos, las amas tratan de esconder para que no lo tomen muy en serio. Sin embargo, nadie ha logrado separar a los niños de sus cuerpos. Van y vienen, y con ellos su pequeña humanidad. Es inevitable. No tardan, pues, en advertirlo esos eternos inquietos que todo lo hurgan en un ansia de saber. El cuerpo, por su parte, no queda inactivo y tarde o temprano se encarga de golpear a la puerta del fogoso y distraído espíritu del amo.

Daniel tuvo que librar dos batallas con su cuerpo. La primera fué una de las muchas escaramuzas del niño que encontró ese objeto de curiosidad entre tantos otros. La segunda tuvo lugar años más tarde, cuando su traviesa inocencia debió enfrentar la revancha del instinto, el ataque furioso que arrastró con todo, revolviéndole la vida cuando se creía más seguro en ella.

Por ahora, todavía reinaba la paz.

En el baño solía cogerse las tetillas pequeñas y rosadas, y reírse de ellas con la sirvienta. Esta le contaba cómo, al nacer, se le habían llenado de leche los primeros días; y Daniel, enmudeciendo, contemplaba muy serio sus pequeños pezones con cierto sentimiento de pavor.

Otras veces eran los dedos. Había visto a los de casa tirar de ellos produciendo un ruido particular en las articulaciones. Este hecho lo intrigaba sobre manera; pero, al imitarlos, no consiguió nunca el abandono necesario para dejárselos arrastrar hasta que sonaran. Aquello dolía y terminó por parecerle estúpido. No obstante, cuando los juguetes ya eran un tedio, llamaba a la sirvienta: “María, hazte sonar los dedos”, y la buena mujer comenzaba su largo trabajo de desarticularlos. A veces se detenía, forcejando: “Este no quiere sonar” — “No importa, sigue con el otro”.

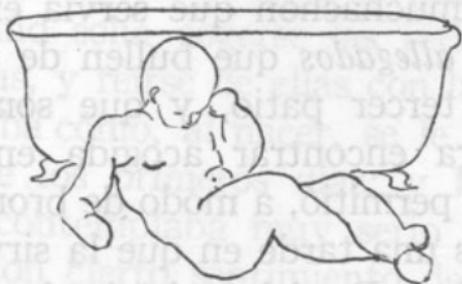
Cuando estaba desnudo, Daniel no se observó nunca ni creyó que los demás merecieran una atención mayor. Es cierto que él no tenía hermanos que le despertaran esas curiosidades, y miraba con malos ojos a quien pretendiera despertárselas.

No obstante, ocurrió en una ocasión algo insólito: un muchachón que servía en la casa — uno de esos *allegados* que bullen de savias en la soledad del tercer patio, y que son demasiado morenos para encontrar acogida entre las sirvientas — se permitió, a modo de broma, hablarle de esas cosas una tarde en que la sirvienta había ido a la cocina. Daniel, rodeado de sus juguetes

jugaba en el suelo de la pieza solitaria, alumbrada por la lámpara de gas. El muchachón, excitado, se acercó con cautela, y poniéndose de rodillas junto a él: “¡mira!...” le dijo, y se descubrió rápidamente. Daniel miró de soslayo, con el gesto serio del que está meditando un grave problema; tomó el tiempo necesario para observar bien; luego, fingiendo un pudor exagerado, comenzó a gritar y a insultar al muchacho, amenazándolo *con decirle todo a la mamá.*

No dijo nada. Ni siquiera recordó ese incidente años más tarde, cuando la pubertad hubiera podido inquirir en el pasado una explicación muy legítima del nuevo estado de cosas que había de enfrentar.

Tan cierto es que la inocencia nadie la arrebató, a menos que se canse de llevarla aquel que la posee.



## V

«LES ÉVÉNEMENTS, REPRIT JO-  
SÈPHE, ONT DISPOSÉ DE MOI D'UNE FA-  
ÇON QUE JE N'AI PAS APPROUVÉE.»

ANDRÉ GIDE. —  
*Les Nouvelles Nourritures.*

DANIEL salía poco de su casa de tres patios. Había entonces tal terror a la *alfombrilla* y a la *tos convulsiva*, que los niños mimados eran mantenidos en un enclaustramiento irritante como un secuestro. Además, nuestra educación matriarcal y semiespañola desarrollaba en esas mujeres autoritarias y erradamente espirituales, un odio al cuerpo que dolía constatar. Como trapenses instintivas, tenían un asco lamentable a la persona humana, un terror a todo contacto, a toda gracia sensual, a todo perfume de juventud;

sobre todo, si este provenía del pueblo, depósito natural de gracias juveniles.

Ya el simple hecho de apoyar un brazo sobre un hombro amigo era para ellas "un acto sucio." Todo lo que llevaba un fuerza de persuasión en su propio encanto era mirado como "cosa rara" o "costumbre perversa". Así, pues, Daniel vivía espiado y alejado sistemáticamente de todo contacto humano. La servidumbre masculina adulta fué suprimida de la casa desde toda eternidad, como en los conventos. "Los hombres, decían las señoras, son sucios e inmorales por naturaleza; además, seducen a las sirvientas, y esto, cuando no tienen malas costumbres". Sólo el cochero, un anciano de largos bigotes, era tolerado en la casa; pero "puertas afuera", como un mal pensamiento.

Las sirvientas debían ser feas hasta la caricatura. Muy limpias y muy feas. Así las dueñas de casa experimentaban la satisfacción de ver en torno suyo un mundo que no las sobrepasaba en atractivos y que ofrecía su fealdad como un perpetuo homenaje a la pureza.

Estas cosas, en el fondo, ocultaban una gran perversión del gusto y del verdadero sentido de la moral. Fué por ellas que Daniel perseveró más tarde en su espíritu de contradicción, cantando el

cuerpo, la belleza y la vida, eternamente ultrajadas en su infancia. En la edad madura, llegó hasta hacerse reprobado por su afán pagano de exaltar las formas. Porque nuestro ambiente, nacido como él en la sumisión a la fealdad y a la hipocresía, siguió rindiéndoles un culto que Daniel rechazó desde el comienzo con un gesto altivo lleno de seguridad. Había nacido para la belleza y nadie lo haría abdicar de ella mientras viviera...

En aquel tiempo el cuerpo de Daniel era débil, y la seguridad sólo podía revestirse de la testarudez. Así, las taimas del niño duraban semanas enteras. Felizmente, solían interrumpirse los jueves debido a una extraña visita que era recibida en la casa con toda clase de miramientos: la abuela paterna de Daniel, quien venía periódicamente a llevarlo a pasear en coche por los parques de Santiago.

Llegaba muy digna, con su quitasol de cachá de vidrio, su alto cuello rígido, y el guardapelo de oro prendido sobre el pecho.

Ese guardapelo encerraba un retrato pequeño del padre de Daniel, el mismo que el niño

llevaba colgado al cuello. Había sido el hijo favorito de la abuela. Muy hermoso y gozador de la vida, pasó toda su juventud en Francia en la época de mayor derroche que conoció el mundo: el deslumbrante 1900 de la Exposición Universal, de los *landau* con bellas mujeres, y del *french cancan*. A pesar de todo, era melancólico el bello Daniel. Entre tanto lujo, tanto domingo en Longchamps y tanto sombrero de copa gris, sólo tenía dos aficiones: la esgrima y la marina. En su pieza de la Rue Tilsit, sentado en el amplio sillón Aubusson, soñaba frente a un libro de navegación. Pidió permiso a su padre para alistarse en la Escuadra. Se topó con una negativa formal. “La marina es una profesión para los *siúticos*”, contestó despectivamente el viejo banquero, “vuélvete a Chile, mejor, y trabaja en el campo.”

Llegó a un país que apenas conocía. Todo le fué hostil. Casó y murió, como es natural que ocurra cuando se ha perdido toda esperanza. Tuvo a Danielito en sus brazos una sola vez, lo suficiente para sentir la amargura de abandonarlo tan pequeño en un país que no amaba.

Vemos, pues, que las visitas de la abuela tenían un gran significado sentimental. Eran, en

cierta manera, un rescate del niño, un acercamiento a una vida que le correspondía por tradición.

Llegaba ella, con sus ojos azules y su sonrisa afable que hacía llevadera la situación más penosa. Daniel la acompañaba un tanto desabrido y atemorizado por esa atmósfera extranjera, tan opuesta a la de su medio familiar. El ambiente criollo había sido su pan cotidiano; este otro, no. Pero hay una dignidad en la actitud sajona frente a cada situación; una voz de la sangre, sobre todo, que forjaban en el niño una costumbre inexistente, como si la abuela paterna hubiera sido la única verdadera, y el resto, solamente un accidente transitorio. La *grand'Maman* triunfaba en la primera respuesta a las muchas interrogaciones que suelen hacer los niños, y que en el medio familiar de Daniel sólo recibían una atención distraída. Comprendía el niño que *esta otra gente* lo tomaba en cuenta.

El, a su vez, despertaba tal sonrisa de comprensión en los ojos serenos de la inglesa, que era maravilloso verlos compenetrarse en un signo, con un lenguaje inefable como el de los ángeles.

Subía Daniel al coupé, y el hermoso coche pintado con rayas verdes y negras, ruedas rojas y mucho farol de bronce, se ponía en marcha hacia el Parque Cousiño.

— Grand'Maman, ¿quiere que compre estos helados de frutilla? — Un heladero muy moreno, con las manos sucias, esperaba su clientela junto a la Elipse del Parque.

— Danielitow, el muchacho es poco aseado, pero es pobre, y tiene unos d'entes tan blancos y hermosos; cómprale un botecitow, pero no te lo comas mejor. Ya vamos a llegar al kiosko de Antonina Tapia.

Y era delicioso oírle decir: *Antonina Tapia*, sin artículo y con su acento inglés.

Pronto llegaban al pequeño refugio donde brillaban los "panales de azúcar", blancos y rosados, como livianos trozos de porcelana quebradiza que él sumergía en el vaso de agua y sorbía glotonamente. En seguida venía el té, los pasteles y hasta sandwiches de jamón, que entre los suyos le estaban prohibidos por indigestos, pero que nunca le hicieron mal cuando los comió en compañía de su *Grand'Maman*...



El kiosko de “la” Antonina Tapia tenía unas mesas colocadas afuera, en el pasto. Desde ahí se veía pasar el tranvía amarillo (en ese tiempo los demás tranvías eran azules) con su largo *imperial* repleto de colegiales y niñas que salían a tomar el fresco de la tarde. Era un paseo “de familias”, en que éstas ocupaban toda la parte alta del tranvía, de manera que la segunda clase resultaba una prolongación de la primera. Daniel los contemplaba un momento con envidia (a él no lo sacaban nunca *carro-arriba*), pero luego se distraía corriendo por el bosque de eucaliptus o por el borde de la vieja laguna, cubierta de lamas. Ahí se divertía cazando sapitos en las molduras de los prados. Eran unos sapos pequeñitos, microscópicos, que él llevaba a casa en un cartucho de papel para verlos nadar en el lavatorio de porcelana floreada o hacerlos tripular en un velero de juguete, que luego echaba al baño.

Junto a la laguna existía un enorme eucaliptus y una rosa trepadora que lo cubría hasta media altura. Arriba, muy arriba, los tiuques se peleaban un asilo nocturno entre graznidos lastimeros y un gran batir de alas.

En aquel tiempo, como ahora, era infinitamente triste ese Parque Cousiño. Los guanacos de "la Isla", las casitas de troncos, el viejo restaurante 1900, todo encerraba una nostalgia que no necesitaba del tiempo para transformarse en recuerdo y que podía estar presente en el instante en que se vivía.

Hasta las copas de los altos árboles se ponían muy negras y desoladas en esa hora indefinible en que aparecen las primeras estrellas (Daniel, por primera vez, vió una de ellas que se desprendía del cielo y corría hasta ocultarse detrás de un pino. Era en Noviembre...). En torno a la Elipse comenzaba el paseo vespertino de las *victorias*: una crujidera de charoles y un olor a estiércol entre el paso danzante de las parejas alazanas. La laguna se cubría con un vaho azul, anunciando la noche. Del follaje caía una lluvia de olores resinosos, como un rocío vegetal. Era el momento en que la *Grand' Maman* cruzaba su abrigo de astrakán, cogía la sombrilla como un báculo de obispo, y con paso mesurado se dirigía al coupé. — "Ha sido una tarde tranquila, Danielitow; creo que no lo has pasado mal".

Daniel volvía acalorado por las carreras y juegos, luciendo el mechón de su chasquilla sobre la frente sudorosa. Volvía feliz, porque la serenidad es la primera virtud que captan los niños en los grandes: donde no hay nervios ni gritos ni clausura, los niños están tranquilos. No se les ocurre ponerse malhumorados, ni siquiera antojadizos, como suelen serlo a esa edad. Subía al coche sin protestas, pensando en la luz amarillenta de su pieza de juegos que le parecía acogedora desde aquí, en el gris azul de la Elipse y la negrura del Parque medio fundido en sus árboles y avenidas con las mil luciérnagas de los carruajes y de las estrellas.



## VI

«OISIVE JEUNESSE  
 A TOUT ASSERVIE,  
 PAR DÉLICATESSE  
 J'AI PERDU MA VIE.»

RIMBAUD

**L**AS viejas casonas chilenas — entre ellas la de Daniel — tenían, como las casas españolas, una disposición que recordaba al *domus* romano. El primer patio, un ceremonioso *atrium*, estaba destinado a los salones y a la recepción. El *peristilium* quedaba reservado para la familia; los dormitorios convergían ahí, sin ventanas, alumbrados solamente por los vidrios de las puertas que los comunicaban con el exterior. Entre el primero y el segundo patio se encontraba, habitualmente, un dormitorio grande: el de la dueña de casa (en este

caso, el de la abuela). Entre el segundo y el tercero, se hallaba el comedor. Mas allá, venía una especie de *gmeceo*: el patio de las sirvientas; algo muy vedado, donde estaba la cocina, el gallinero, el *cequión* y los dormitorios de las empleadas. En esos cuartos de paredes a medio empapelar, cubiertas de *rescates de ánimas* y postales con palomas y felicidades de Año Nuevo, se alineaban los camastros desnivelados, llenos de protuberancias. De todo aquello se desprendía un olor a moño voluminoso, a polvos baratos, y ese dejo a humo que parece ser propio del pueblo y que le disimula muchos malos olores que podría tener.

Aunque Daniel no manifestó nunca una atracción particular por el olor a moño, adoraba en cambio a las sirvientas. Creo que demostraba cierta precocidad inteligente y una sensibilidad nada ordinaria al preferirlas a la *gente bien*. Porque, a decir verdad, las familias acomodadas suelen ser insípidas; sumamente desprovistas de colorido y amenidad. Si la persona "decente" no es original y pintoresca, resulta muy opaca y enojosa para el niño que vive a la caza de historias, imágenes y cosas nuevas.

Las sirvientas tenían todo eso. Ellas eran sueltas de lengua y sabían cuentos de brujas y

aparecidos; además, lo tomaban en serio, a él, el eterno sometido que no tenía otro contacto con los suyos que la reprimenda, las caricias exageradas y sofocantes, y al final de los almuerzos, los eternos relatos del abuelo sobre el último pleito en los tribunales.

La abuela era, tal vez, una excepción. Caprichosa y muy llana de carácter, un tanto fantástica, poseía lo necesario para cautivar a Daniel en algunos momentos y hacerlo enloquecer en otros. La culpa la tenía su espíritu excesivamente criollo, poco sincero, y sujeto a caprichos egoístas que sulfuraban al niño despertándole sus peores instintos. Pero, en general, la estimaba a la vieja abuela; casi tanto como a la tía, esa extraña criatura romántica que se lo pasaba encerrada en sus habitaciones leyendo versos de Musset. Podía permanecer hasta tres días sin hablar con la familia. Sólo Daniel era bien acogido en esas crisis. Entraba a la pieza sumida en la penumbra, débilmente alumbrada por una lámpara de parafina provista de una gran pantalla en papel encarrujado y rosa. Una larga columnilla de bronce la sostenía, dejando a media altura una mesita de mármol atormentada por el Art Nouveau. Junto a ella leía la tía en un libro de cuero rojo. Pálida y rubia, con su blusa blanca de alto cuello

y chorrera de encaje, recibía a Daniel en la falda con una sonrisa maternal que contrastaba con el bello perfil tan serio y el mentón que acusaba una testatudez inquebrantable.

— Por qué no te aprendes este verso, Danielito . . . :

*Quand j'ai traversé la vallée,*

*Un oiseau chantait sur son nid.*

*Ses petits, sa chère couvée,*

*Venaient de mourir dans la nuit.*

*Cependant il chantait l'aurore;*

*O ma Muse! Ne pleurez pas:*

*A qui perd tout, Dieu reste encore,*

*Dieu là-haut, l'espoir ici-bas.*

— ¿Qué quiere decir, títa?

Y la tía dejaba el libro sobre la mesa de mármol, acomodaba a Daniel sobre sus rodillas, y con la vista fija en una visión de ensueño comenzaba el relato del Poeta en su "Nuit d'Août".

— Muy lindo lo encuentro, decía Daniel, conmovido hasta lo más íntimo.

Repitió el verso hasta aprenderlo, y tanto fué su empeño y el esfuerzo que puso en juego, que aquella noche, cuando la Madre entró tarde a la pieza de vuelta de la Opera, Daniel, incor-

porándose sonámbulo, se puso a decir la poesía entera.

— ¡Qué estupidez! — dijo la Madre, mientras desabrochaba su vestido de lentejuelas blancas con mucho fleco de vidrio que sonaba como una lámpara de baccarat.— Los niños no tienen para qué aprender versos; los aburren y los excitan... Apostaría que son cosas de su tía...

La ternura de la tía fué, no obstante, el gran afecto serio de Daniel en una época de la vida en que las palabras *amor* y *odio* casi no tenían significado para el corazón eternamente versátil del niño.

Tanta complicación familiar y tanto conflicto de caracteres no dejaba más que una escapatoria: el tercer patio. Daniel sabía aprovecharlo. Sentado junto a la máquina de coser, escuchaba absorto las conversaciones sobre salteos y amoríos, que luego le provocaban hondas cavilaciones sobre "cómo ocurrirían esas cosas".

Otras veces era un simple *nirvana* que lo llevaba a contemplar las gallinas merodeando por el patio en un afán de persecuciones y picoteos sin asunto.

La cocina y su inmensa caldera de cobre solían revelarles también sus secretos. Toda la magia de las pastas y de los batidos de huevo era se-

guida por Daniel, punto por punto, como si hubiera de rendir un estricto examen de arte culinaria. En realidad, no era de comidas que lo informaba el destino, sino de Biología en su primer contacto pavoroso: la Anatomía. Ver a la cocinera torciéndole el cuello a la gallina, y después contemplar la agonía llena de fuerza en las alas que desparramaban sus plumas y comunicaban una extraña danza al cuello suelto y amoratado, era un espectáculo que no carecía de horror y de atractivos para el niño. En seguida, aquella otra operación llena de misterios: el destripamiento, en que aparecían los órganos humeantes todavía, el corazón, el hígado. — “Oye, Zoila, ¿y esto, qué es?” — preguntaba Daniel, mostrando con el dedo muy distante un pelotón de bolitas amarillas que arrancaba de cuajo la mano negra y sanguinolenta de la cocinera. — “Son los huevitos, hijito, los que iba a poner la gallina.”

Daniel no preguntaba más, pero su espíritu se aferraba a este nuevo problema para resolverlo en sus meditaciones del lecho, tarde ya, cuando hubieran apagado el gas y que la *mariposa* comenzara su parpadeo nocturno, como el batir del sueño, esa otra agonía que nos hace perder las plumas de nuestros recuerdos y nos deja inmó-

viles, con la cabeza suelta sobre las visiones de nuestra fantasía.

El tercer patio tenía un segundo piso atrás, una especie de soberado de madera donde estaba "la pieza de las maletas" y dos o tres dormitorios de empleadas. Por uno de los pilares que sostenían ese encatrado se alzaba una parra llena de buena voluntad: brotaba en cada primavera y hasta daba algunos racimos cristalinos de una uva dulce y rosada. Para desgracia de la planta, ese era el camino elegido por el gato para subir al tejado. Tantas idas y venidas no se hacían sin desprendimiento de hojas y pérdidas de uva, lo que provocaba una santa cólera en la buena Chepita: "Ay, ay, gato de moledera; gato cochino" -- murmuraba toda temblorosa, con un pliegue de ira senil en torno a los ojos llorosos, "venir a botarme la uva, yo que riego la plantita todos los días."

Calmada, por fin, se sentaba en un rincón, cruzaba las manos bajo el delantal y se quedaba en silencio. Cuando ya nadie recordaba el incidente, volvía a porfiar: "O se encarama en la carnicera, o me mata el canario, o me bota la uva el gato trajinante."

Para Daniel eran un motivo de recreación estas escenas; una sana distracción de su espíritu.

Pero no todo es sano en los niños; los peores instintos que recorre la Humanidad en su desarrollo parece que debiera pasarlos la criatura como una etapa obligatoria para completar ese *aprendizaje a hombre* que se nos antoja incompleto si el mal no ha logrado herirla. Hermoso sería ver la maldad desterrada del cuerpo y del espíritu de los niños; pero la tierra no es el cielo y es preciso que el hombre atravesase su línea de sombra, que la sobrepase y emerja en el pleno sol de la vida.

Daniel conoció muchos sentimientos y pasiones bajas que fueron quedando atrás sin restarle nada a su inocencia. No obstante, en ese tercer patio nuestro niño descubrió el más terrible de los crímenes que puede cometer el hombre: atentar a la vida. Daniel mató con todo el horror y la crueldad del asesino más refinado. A nada menos puede llegar un niño sin que se grabe la menor huella en la placidez transparente de su mirada. Daniel, por su propio gusto, cediendo a una tentación diabólica, asesinó alevosamente a una gallina.

No sonriamos, por favor.

Daniel había visto cómo la cocinera sacrificaba las aves. El sabía que ella no cometía pecado alguno y que esta operación era indispensable



para preparar una buena cazuela. Daniel no se dejó engañar. Lo que él deseaba, lo que le vino en mente con la insistencia abrumadora de una tentación y la violencia pasional de un crimen, fué la idea de matar, de matar en secreto, voluptuosamente, para sí.

Aquello ocurrió en esas tardes calurosas de verano, cuando los niños sienten una extraña inquietud, un escozor como de pubertad anticipada que deseara manifestarse, pero que vuelve atrás, rechazada por un cuerpo demasiado nuevo todavía para dar cabida a un brote de la pasión. Fué en una de esas tardes que Daniel tuvo la inspiración perversa: robarse una gallina y matarla a escondidas, como lo vió hacerlo a la cocinera. La idea le vino así, sin pensarlo ni quererlo; como si un calor delicioso le invadiera el cuerpo haciéndole arder las mejillas y precipitándole el corazón contra el pecho. Sintió que las manos le temblaban. Las ocultó en los bolsillos del pantalón para que no lo advirtieran. No hubo lucha para defenderse de este mal pensamiento. Por lo demás, es difícil luchar contra lo que no se conoce y que se siente por primera vez en la vida. Daniel no luchó, o mejor, luchó contra todos los obstáculos que le impedían realizar esta tentación, cediendo con una pasividad que lo espantaba y lo seducía,

como si en ese instante la vida se le hubiera trastocado y que, por arte de magia, le hubiera sido dada la posesión exclusiva de su placer, de su voluntad, del vivir y del morir. El pobre animal que llevaba bajo el brazo, debatiéndose de angustia; las miradas hipócritas que daba de lado y lado para no ser descubierto, le habían conferido una actitud desconocida que era magníficamente extraña hasta para él mismo.

Llegó al "cuarto de las maletas". Era una pieza sombría y apartada donde se alineaban los viejos baúles polvorientos como ataúdes en una empresa funeraria. La víctima, consciente por instinto de lo que iba a ocurrir, porfiaba por desasirse. Daniel vaciló un instante sintiendo que le faltaba valor. Pero, si se arrepentía, ¿cómo devolver la gallina sin ser sorprendido? Una vez muerta sería fácil desprenderse de la prueba acusadora. Además, pasado el primer momento de angustia, volvió a invadirlo la excitación maravillosa, aquella caricia que le hormigueaba por todo el cuerpo. Cerró los ojos y, mientras el corazón se le saltaba del pecho, cogió el cuello tibio del ave y tiró con fuerza; tiró desesperadamente.

La respiración sofocada de la gallina cesó y vino un batir de alas en el silencio, que se fué apagando poco a poco.

Daniel sintió una calma perfecta, como si hubiera agotado un placer insoportable que no había podido resistir por más tiempo. Tomó rápidamente el cuerpo inanimado y lo tiró lejos, sobre el techo del vecino. Tranquilamente acomodó su traje, sacudió algunas plumas acusadoras y bajó al patio con una mirada hipócrita.

—¿Qué hacías tanto rato arriba, hijito?—preguntó la vieja sirvienta.

—Estaba viendo si encontraba gatitos nuevos—contestó inmediatamente Daniel, con una calma sorprendente.

Todo ese día lo acompañó una suave laxitud, semejante a la que deja una buena noticia después de muchos días de incertidumbre.

No obstante, la idea de culpabilidad — no de remordimiento — estaba presente en su espíritu, y tanto, que en su próxima confesión no pudo menos que balbucear con voz estrangulada: “Padre, me acuso de que maté una gallina”. Al oír la respuesta que aguardaba temblando, comprendió que el fraile era tan criminal como él, o no entendía nada del alma sombría de los niños: “Hijito, no lo vuelva a hacer, porque para eso están las cocineras”.

¡Ah, si hubiera sabido...!

Estos hechos ocurrían en el secreto del tercer patio y en el secreto de la confesión. Los suyos estaban a mil leguas. Orgullosa y satisfecha, la madre pasaba sin ver, a pesar de su espíritu autoritario, que el alma de Daniel se debatía en esa perversión de la inocencia que suele bordear los más espantables abismos. La educación latina la hacía refugiarse en la coerción exterior, olvidando que el juez lo llevamos dentro. Esa tarde Daniel supo lo que era el crimen, y lo amó con horror.

Desde entonces, el juez no ha vuelto a ser cogido de sorpresa.

En el extremo de ese tercer patio había un espacio junto a la escalera del encatrado que despedía sombras y malos olores. Ahí, en una especie de estanque de cemento cubierto por una enorme tapa con roldana, pasaba *el cequión*, aquella corriente de aguas servidas que hacía las veces de alcantarillado. Era alto, esta especie de patíbulo, y a Daniel le inspiraba terror ver a las sirvientas subir con el balde por la estrecha escalera y oír ese ruido de aguas turbulentas cuando entreabrían la tapa negra y nauseabunda.

Curiosa higiene la de las casas de entonces. Las epidemias debieron ser más frecuentes. Las había, en verdad, y Daniel recuerda todavía los pavorosos estragos de la viruela. Menos mal que aquello ocurría, según parece, en barrios apartados. No así la peste bubónica que amenazó el barrio mismo de Daniel. Cada día llegaba al tercer patio una noticia más alarmante: “*la bubónica está a tres cuadras más abajo*”. Otro día la Chepita, toda temblorosa, confesó al oído de una criada “*que la bubónica estaba en la misma cuadra de la casa, pero que tenían escondido al enfermo para que nadie lo supiera.*”

Para Daniel, “la BUBONICA” no era una enfermedad sino una palabra terrible por su eufonía. Había en ella algo del trueno, de cosa repugnante también; una especie de monstruo pegajoso que debía aspirar la sangre de la gente. Quizás si fué el temor de verlo asomar por la tapa del cequión que lo hizo más obediente por algún tiempo alejándolo de ese tercer patio que la madre le pintaba como la fuente de toda infección del cuerpo y del espíritu.

Se trasladó, pues, a los patios de la familia, arriesgando un encuentro enojoso con las visitas que lo besaban y acariciaban de mil maneras. Sobre todo, las señoras que lo estrechaban contra

el pecho blando y abultado le inspiraban mucha vergüenza y cierta cólera asqueada que nunca pudo disimular.

Para consuelo de su juventud, el segundo patio tenía varias macetas con bambúes que representaban para Daniel una jungla nada despreciable. Un amigo de la casa — cosa inaudita — colaboraba en su sueño y guiaba a nuestro niño por el bosque poblado de fieras y peligros que lo hacían encogerse de placer.

En una esquina del patio había una mesa rústica con una gran cacerola de leche que la sirvienta dejaba ahí, a la sombra, para evitar que se *cortara*. Esta cacerola representaba la Fuente Milagrosa del Hada a la que se llegaba después de peligros sin cuento. Daniel sentía que la leche adquiriría un sabor exquisito al ser bebida después de tan esforzados combates y heroicas luchas cuerpo a cuerpo con el Dragón de la Selva. Era tal la grita y los palos que daban a las macetas, que la abuela despertaba de su siesta y salía al patio entre enfurecida y sonriente: “Jorge, por Dios, ya eres un hombrote de veinte años y te diviertes como un niño con este mocoso”. Y Jorge sonreía con ese espíritu lleno de ensueño que no poseen los adultos ordinarios, pero que saben conservar durante toda una vida las almas sen-

sibles y amantes de los niños. El era el único hombre con imaginación que visitaba la casa. Daniel no lo dejaba en paz. En cuanto lo veía aparecer por el zaguán, le echaba los brazos al cuello, rogándolo: “Ya, Jorge, juguemos a los leones y a la Fuente del Hada”...

— Ya van a empezar con la lesera — decía la abuela, y se llevaba la cacerola con leche al comedor—. ¿No ven que la llenan de basuras con *esos palos* que le dan a las plantas?

Jorge miraba a Daniel con tristeza, pero luego, recobrando su buen humor: “Ven no más, chiquillo — decía —, los leones no se los pueden llevar.”



## VII

«QUAND LA TERRE EST EN MOUVEMENT, ON NE COMPREND PAS PAR OÙ LE CALME PEUT Y ENTRER; ET QUAND ELLE EST PAISIBLE, ON NE VOIT PAS PAR OÙ LE CALME PEUT EN SORTIR.»

SUBERCASEAUX.

Poco pudo saber de la naturaleza, este niño. En los tres patios de la casa había, es cierto, un mundo en pequeño que él se afanaba en descubrir meticulosamente. No obstante, un espacio tan reducido no podía despertarle sentimientos de grandeza y vastedad; el sentido panorámico del mundo permanecía oculto para él.

En ese primer patio, con su bosque de palmeras y bambúes plantados en grandes macetas desvencijadas, Daniel hizo su primer descubri-

miento vegetal: el musgo. Cuando los grandes calores eran sólo un recuerdo lejano que se perdía en la confusión del viaje a la costa, empezaban los días grises y las eternas lluvias. En el primer sol de San Juan, burlando órdenes y castigos, el niño se deslizaba por "La Humedad" para visitar las pequeñas piedras de río que cubrían el patio. Entre ellas, tímidamente primero, como manchas de pintura verde derramada por descuido; exuberantes después, como turgentes senos de verdura, aparecían las suaves matas de musgo. Y él gustaba acariciar sus redondeces felpudas, de un verde brillante, y a veces, arrancarlas con voluptuosidad para ver las raíces: sólo encontraba un reverso feo y terroso, cubierto de *chanchitos* y lombrices que se inquietaban enormemente bajo la luz del sol.

Las palmeras le parecían misteriosas y temibles, debido a esa especie de maraña que les cubre el tronco. Ellas fueron las grandes colaboradoras de las ayas para hacer entrar en razón al pequeño Daniel. "Que te voy a dejar solo entre las palmeras!", y Daniel, que muchas veces había estado solo entre ellas, corría ahora como si cada una se hubiera cambiado en un monstruo dispuesto a cogerlo. Eso le sirvió más tarde para

comprender que no hay nada pavoroso en ese Universo de Dios, si los hombres no le infiltran su veneno de angustias y temores.

Pero Daniel era testarudo. Un buen día se fué solo y arrancó un ancho jirón de esa red enmarañada, que se desprendió en una nube de polvo y de pequeñas semillas que cayeron en lluvia desde lo alto. Desde entonces, las palmeras perdieron el espíritu que las animaba, y las sirvientas debieron buscarse una nueva alianza fantasmal.

Desde los patios, el cielo era muy azul, y se veían pasar gruesos pelotones de nubes que venían de una cornisa y se perdían en la otra. Alguna avecilla cruzaba en lo alto, como una exhalación. En torno, las tejas húmedas, ennegrecidas, tomaban ciertas actitudes en el techo irregular que no eran muy al gusto de nuestro personaje; un saliente, sobre todo, coronado por una teja ancha y gibosa, hacía las veces de un espantajo que él no habría podido enfrentar después de la puesta del sol.

Al llegar las primeras lluvias, retiraban el telón que durante el verano había protegido el patio contra el exceso de luz. Los alambres que lo sostenían quedaban ahí, como paralelos, sobre el mapa del cielo, o sirviendo de andarivel a las go-

tas de lluvia que se deslizaban luminosas a lo largo del hilo, hasta detenerse en alguna argolla olvidada que las hacía caer.

Y llovía, llovía desesperadamente. ¿Acaso en los inviernos de antes llovía mucho más? ¿O los niños de entonces, apoyada la frente sobre la mano fría, sabían mirar mejor por las ventanas la ronda de los meses y de los años?

Ocurría en esos diluvios un accidente que conmovía a toda la casa: se tapaba el resumidero y el agua comenzaba a subir en el patio hasta alcanzar la altura de la solera. ¡Qué hermoso era, entonces, oír el canto de los desagües silenciando su voz de tubos y goterones a medida que el agua subía! Y esos cúmulos de espuma negruzca que terminaban por desprenderse de sus bocas y flotar libremente en el rebalse hasta morir perforados por las mil flechas de la lluvia. . .

Para Daniel, el invierno era un largo sueño con la nariz pegada a los vidrios. La estufa de parafina y el brasero con su secador de mimbre impregnaban la atmósfera de olores y vapores que empañaban los cristales, transformándolos en moldes para la huella de sus labios o en pizarra para el dibujo de sus dedos. A la mañana siguiente, era un misterio ver cómo persistían esos dibujos me-

dio esfumados aunque visibles todavía en el nuevo vaho que los cubría.

En invierno, la gente de la casa circulaba “por dentro”; esto es, transformaban el *cañón de piezas* en un corredor animado donde todas las dependencias comulgaban en una sola, y también las noticias. — La gallina puso un huevo con dos yemas — pasaba diciendo la sirvienta. — Que le traigan el encrespador a la señora — gritaba otra. La abuela cruzaba con una carta en la mano. — Este niño va a quedar otra semana encerrado en el cuartel. ¡En fin! Ya lo tendré para las fiestas del Dieciocho. ¿A cuánto estamos?”.

— En 1906 — contestaba la tía, que por esos días andaba con muletas por una luxación del tobillo.

— Miren qué novedad... ¡Te pregunto *el día*, chiquilla inútil!

— Voy a ver el diario... Hoy es... es... 16 de agosto.

— Mucho falta — se oía decir a la abuela que se alejaba.

Atardecía temprano. A las cinco ya era de noche. Venían las sombras de repente, y solía oírse, entonces, la campana de incendio. ¡Qué

trágica parecía cuando la lamparilla nocturna proyectaba perfiles inmensos y vacilantes sobre las tablas del techo!

Esa tarde comenzó a tocar a la hora del té. Daniel sintió la opresión inevitable. ¿Por qué le temía a la campana? Se unían pesadillas a su recuerdo; noches en que despertó sobresaltado creyendo que ardía la casa; sólo sonaba la campana en el silencio, fúnebre, lenta, mientras moría la "mariposa" en grandes destellos, como batiendo unas terribles alas de sombra. No se hacía rogar, Daniel, para echar la ropa sobre su cabecita aterrada mientras esperaba, tiritando, que el sueño viniera otra vez a llevarse esa noche que sólo sirve para espantar a los niños.

Otras veces, la campana de la Bomba le forjaba sueños como de fin de mundo. Los astros inmensos, en una noche roja, bajaban en tropel sobre la Tierra aumentando de tamaño a medida que se acercaban. Daban tumbos las esferas, unas contra otras, produciendo sonidos de campanas y despidiendo unas como luces de bengala que caían sobre la familia vestida de luto.

Todas esas cosas oprimían su corazón pequeño cuando oyó el toque de la campana esa tarde de invierno; por eso, lo que siguió después

fué una entrada en la fantasía que había dejado de ser real muchas horas antes.

Eran como las ocho de la noche. Habían anunciado la comida. Daniel junto a su madre observaba cómo ésta se lavaba las manos en el lavatorio de plaqué. La veía alta y hermosa, escobillándose las uñas con prolijidad. Fué ella quien dijo la primera: Está temblando!...

Daniel no entendía o no recordaba esta palabra. Nada había sentido que mereciera un casillero aparte en la experiencia. Ahora, un leve ruido y algo como una inquietud en las piernas lo hacía alzar la cabeza con mirada interrogante.

— ¡Mira! — dijo la madre, y señaló la lámpara de gas con sus cuatro tulipas rosadas y sus dos pesas colgantes: la lámpara oscilaba débilmente.

De pronto, con una brutalidad contenida, vino un empujón horizontal como una resbalada del piso, tan inesperada, que el pequeño Daniel se aferró al peinador mientras la madre, enloquecida, apoyando una mano sobre la mesa para no caer, estrechaba fuertemente al niño con la otra.

El estrépito se hacía general y ensordecedor. — ¡Salgan hasta el umbral! ¡El umbral! — gritaba la tía, que venía arrastrándose con sus muletas y apoyándose en los muros, cada vez más oblicuos.

Daniel no sabía qué pensar. Su corazón latía con fuerza como si quisiera escapársele. Inconscientemente miraba hacia el cielo enrojecido por ver si caían los astros... Después casi perdió el sentido del tiempo. Recuerda que la tierra, enfurecida, comenzó a dar unos tremendos golpes que parecían desclavar las tablas del piso. La lámpara, violentamente, cogió una cimbra de pared a pared, y una catarata de polvo se desprendió del techo. Un alarido de angustia se elevó de toda la casa y de las vecinas, mientras las paredes y las vigas lanzaban quejidos en cada empujón.

Todo fué tan rápido que Daniel no tuvo tiempo de verlo en la realidad. El último remezón lo había precipitado de cabeza en el ensueño antes de que alcanzara a aferrarse a la vida. Después ha pensado que las muertes súbitas han de ser así: una caída vertiginosa en un horror que nos espanta, pero que nos deja ajenos: algo que le está ocurriendo a los demás.

Fué así que vió al abuelito cogerlo en brazos y, tambaleándose como un ebrio sobre el piso que se contraía y ondulaba, llevárselo hasta el zaguán de la calle. La casa había quedado a oscuras. A la luz incierta de una candileja vió un grupo de personas: la madre, la abuela, la tía, las sirvientas, y una que otra cara desconocida. El abuelo,

por centésima vez, había vuelto al interior para apagar alguna lámpara olvidada. Seguía temblando y desmoronándose los terrones y el polvo. La atmósfera era irrespirable. De la calle venían gritos de auxilio. Se hablaba en voz baja o se lloraba. Aquello seguía y parecía no querer detenerse nunca. ¿Qué ocurrió en Daniel en aquel instante? ¿Será posible que un niño pueda sentir el abandono en que vive el hombre sobre la tierra? Su familia no era exageradamente religiosa. Sin embargo, vuelve a sentir ahora el calor de su espíritu y la lluvia de seguridad que lo invadió cuando dijo con voz muy grave: "Mamá, ¿recemos?". Estas palabras en boca de un niño parecían la voz del Más Allá: todos se pusieron de rodillas y oraron.

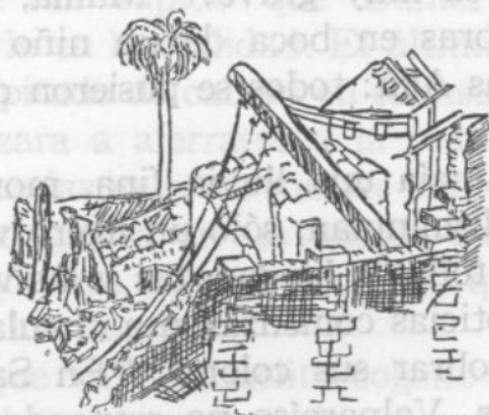
Afuera caía una lluvia fina, monótona. Las sacudidas disminuían, sólo un ligero vaivén hacía estremecer todavía las puertas y las ventanas.

Las noticias comenzaron a circular y las mejillas a recobrar sus colores: "En Santiago sólo hay heridos. Valparaíso no responde. Valparaíso destruído. Valparaíso ardiendo" . . .

Al día siguiente — habían pasado la noche en el salón — ya no se pensaba ni en los muertos. La alegría de un día de sol y la felicidad de haber

escapado indemne, inclinaban el espíritu a un goce ruidoso, excesivo. Los caballeros de altos cuellos y pantalones de flauta; las señoras de inmensos sombreros y faldas de ancho ruedo vivían en plena zona del chiste brutal. Todos habían vuelto de su línea de sombra.

Sólo el pequeño Daniel se había quedado ahí.



## VIII

«UN ENFANT EST PEU PROPRE À  
TRAHIR SA PENSÉE».

J. RACINE. — *Athalie*.

•  
**L**OS años 1907 y 8 fueron una especie de interregno entre el Gran Terremoto y el primer viaje. Daniel pasó esa época vaga descubriendo cosas y modos de vida, tan suavemente, que se habría podido decir que eran las cosas quienes lo descubrían a él. La impresión penosa de esa trágica noche de agosto lo tenía dominado, pero el tiempo, único amigo que sabe usar delicadamente de sus ternuras, no tardó en borrarlo todo. Daniel renacía a una vida nueva. Era la época de los septiembres azules y diáfanos, con sus flores rosadas de durazno y unas como nevadas que

caen de los almendros y se extienden en blancas sábanas al pie de los troncos negros. Mes de las brisas, del batir de las banderas y de los volantines multicolores que crepitan al viento, allá en lo alto, comunicando una impresión de tirantez y turgencia a todo el paisaje de primavera: revientan de juventud los brotes en las ramas nuevas y caen los volantines viejos de los alambres del invierno; la brisa hincha su pecho soplando aires marciales, y los penachos blancos se agitan acariciando el fusil bruñido y la mejilla adolescente. ¡Septiembre primaveral, con sus caminos fangosos rodeados de flores, y sus charcas donde se ahogan las cordilleras nevadas! ¡Septiembre de las tapias cubiertas de musgo que defienden con su sombra la escarcha de la noche; avalancha de la vida que perfora el suelo y sube al cielo como un himno de juventud!

Porque Daniel, aunque era la juventud misma, tenía en Septiembre un despertar a la juventud. Hay en el niño como en el hombre, un dormir del entusiasmo durante el invierno, una vejez del cuerpo que se retuerce entre tisanas y fríos del alma. La primavera le devuelve la vida:

en el hombre con un renacer del sexo que le ilumina la mirada; con la felicidad en el niño, que lo penetra con sus mil agujitas misteriosas y le va revelando la belleza y el paisaje como si pudiera mirarlos a través de su propia piel.

Por esto, podemos decir que en esta nueva fase de la vida aparecieron otras modalidades que hasta entonces no habían tenido significado alguno para Daniel. Los seres, por ejemplo, comenzaron a interesarle sobremanera; es verdad que captando una parte del mensaje, solamente, aquella relacionada con su actuación o con la aureola que los rodeaba. Hasta entonces su mente, sus nervios, habían desbordado de "cosas". Aquella primavera, aburrido de tanto juguete inanimado, Daniel se dió en buscar otros, y descubrió a los militares. Buen hallazgo esa etapa intermedia entre la comprensión de las cosas y aquella de los hombres...

Daniel los descubrió en un desfile durante las fiestas patrias.

Habían llegado al "Parque" bajo un sol esplendoroso que hacía rutilar los cascos de miles de hombres alineados hasta el infinito. Los jefes

pasaban al galope, sable desenvainado y penacho al viento. Planeaba una inquietud en el aire y se adivinaban preparativos en las filas.

De pronto se oyó una clarinada por el lado norte. "¡El Presidente!", dijeron a una voz los que estaban en el coche, mientras los caballos, alborotados por el tumulto, retrocedían peligrosamente.

— ¿Qué es un Presidente, mamá?

— Cállese, hijito.

Calló. En verdad, lo importante era mirar. A lo lejos, en una nube de polvo, venían unos coches extraños tirados por muchos caballos. Los seguía un escuadrón de lanceros con sus banderolas inquietas en la punta de las picas. Al enfrentar el primer regimiento éste presentó armas, como un solo hombre. Los acordes del Himno Nacional llenaron la atmósfera pesada de polvo y voces de mando. Se perdió la escolta a lo lejos, enfrentando a otras filas, donde volvieron a hacer los mismos manejos y a soltar el mismo arpegio inquietante del himno patrio.

En seguida comenzó el desfile.

Daniel contenía la respiración para ver mejor. Sin embargo, nada observó de lo que habría po-

dido interesar a otro niño ya más crecido: la postura de los jinetes, la forma de los cuerpos, el barbiquejo deslumbrante sobre las caras bronceadas. En cambio, el movimiento rítmico de la marcha, el redoble de los tambores y, sobre todo, las cureñas con el estrépito de sus ruedas, impresionaron fuertemente a Daniel.

Al cabo de un tiempo descubrió que detrás de la fila de los coches llegaban otros soldados, y como éstos estaban más cerca que los primeros, se fué allí para observarlos a su antojo. Era la tropa cubierta de polvo y de sudor que se entregaba al descanso después del desfile. Daniel los miró con el gesto de asco que ponen los niños en las cosas que les interesan, intrigándoles. Ya vecino a ellos, mezclándose a los grupos que iban y venían (la institutriz conversaba con una amiga en el coche vecino...), se puso a observar cada gesto, entregando su olfato con delicias a las emanaciones de las correas y del sudor, que él unía en su imaginación al olor de la pólvora y a los toques del clarín. Ahí estuvo largo tiempo palpándolos en espíritu y descubriendo sus secretos: supo que debajo de la guerrera, desabotonada por el calor, los soldados llevaban una camisa como

toda la gente; que podían conversar de cualquier cosa, aunque no fuera de militares; por fin, vió que eran tan peludos de pecho como sucios de lenguaje, y esto le dió un primer sentido de lo que más tarde llamaría, con cierta complicidad indignada, *la obscenidad*.

A pesar de todo, ¡cómo hubiera deseado ser uno de ellos! El tricolor nacional lo trasportaba de heroísmo. Sentía al gran general que llevaba adentro... ¡si tan sólo lo hubieran dejado serlo! Imaginaba batallas donde tomaba la bandera de manos de los caídos y avanzaba impertérrito, seguido de sus compañeros a quienes lo unía una amistad homérica...

Tarde ya, cuando el coche americano volvió a casa con los vidrios cerrados y que él, aprisionado en el abrigo como un muñeco de sombra, había dejado escapar hasta el último asomo de rebelión, recordó con tristeza esos sueños heroicos. Su mirada lejana adquirió una fijeza cruel cuando pasaron, sin entusiasmo, los últimos regimientos que volvían a los cuarteles. Se arre-

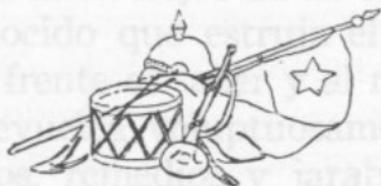
llanó en el fondo del coche para no verlos y, distraídamente, pensó en la pernera de cuero blanco que llevaba ese tambor de la Escuela Militar. Veía el muslo ceñido y el instrumento resbalando con gracia sobre el cuero inmaculado, y se dijo que, a lo menos, podría pedir en casa que le hicieran otra igual.

IX

«UNE MALADIE PERPETUELLE EST  
UNE HABITUDE RÉGULIÈRE COMME LA  
SANTÉ».

La enfermedad es una extraña cosa cuando la sufre un niño. Lejos de su espíritu el temor a lo desconocido que atormenta el alma en el adulto y lo pone frente a la muerte, el niño inmortal se resigna simplemente en una fiebre de ciudades, en un mundo de paradas, gozando cada relato de la vieja sirvienta como si la enfermedad le brindara la ocasión única para contemplar la vida desde la cómoda butaca que le ofrece el lecho.

Porque la enfermedad, aunque parezca una paradoja, es la manifestación máxima del clima de vida en que se debate el niño; es la exagera-



## IX

«UNE MALADIE PERPETUELLE EST  
UNE HABITUDE RÉGULIÈRE COMME LA  
SANTÉ».

**L**A enfermedad es una extraña cosa cuando la sufre un niño. Lejos de su espíritu el temor a lo desconocido que estruja el alma en el adulto y lo pone frente al saber y al morir. El niño inmortal se revuelca voluptuosamente en una fiebre de cuidados, remedios y jarabes, gozando cada relato de la vieja sirvienta como si la enfermedad le brindara la ocasión única para contemplar la vida desde la cómoda butaca que le ofrece el lecho.

Porque la enfermedad, aunque parezca una paradoja, es la manifestación máxima del clima de vida en que se debate el niño; es la exagera-

ción casi espasmódica de su alegría de vivir. Sabemos que la atmósfera que se respira en la infancia poco tiene que ver con la salud insolente que nos pone a los adultos en un desabrido contacto con la realidad. Para los niños, el devenir es una enfermedad continua: fiebre de un ensueño perpetuo; insensibilidad del cuerpo que ignora la fatiga y el dolor, como en los agonizantes; sensaciones del alma en tumultuosa fuga, y distracción del cuerpo, que parece ignorarla; realización mental de cuanto le ofrece la imaginación, como en los delirios, donde la imposibilidad parece doblarse frente al deseo imperioso, realizándolo más allá de las leyes que rigen el equilibrio y la lógica.

Daniel estuvo enfermo varias veces; por lo menos en su segunda infancia. Cada desesperanza suya, de esas que le vimos frente a sus sueños heroicos, era seguida de un día de frío, con algunos bostezos, poco apetito, y un extraño resplandor en la mirada. "El niño tiene fiebre", decía la madre levantando con su mano fresca la chasquilla que cubría la frente de Daniel. Y el niño miraba hacia arriba, perezosamente, vislumbrando una cama muy tibia y el suave chalón de la abuelita sobre los hombros pequeños, con mucho fleco

que se enredaría en los juguetes o en las colleras del doctor.

Porque el doctor no tardaba en venir con su inmenso cuello almidonado, sus largos bigotes de puntas aguzadas (¡cuánta cosquilla le hacían al auscultarlo!) y sus anchos puños, como de cartón, que sonaban con las colleras en el movimiento brusco y curvo para bajar el termómetro.

— La temperatura es alta, pero la fiebre elevada es habitual en los niños — decía lentamente mientras colocaba el instrumento en el tubo metálico que pendía de una cadenilla. (Esta cadena se unía a la cadena del reloj, la que se enredaba con otra cadenilla que venía de los anteojos, y otra colgante, que sujetaba un chiche y un guardapelo. Todo el chaleco del doctor aparecía en la mente afiebrada de Daniel como una red interminable de cadenillas que se enredaban en los botones y hasta en la barba del facultativo.)

— No me le dé carne, no me le dé huevos, no me le dé arvejas... — oía decir Daniel al médico que se alejaba por el corredor; y este consejo le parecía tan inútil porque no sentía el menor deseo de probar ninguna de estas cosas.

La madre cobraba una actividad inusitada, casi entusiasta, con cada enfermedad. En cuanto

partía el médico volvía corriendo a recoger las recetas y llamaba a gritos a la sirvienta "para que fueran ligerito a la botica a que mandaran hacer todo eso".

En torno, aparecía *la mise en scène* clásica del "enfermo 1908": mucha tetera despidiendo vapores, unos tremendos irrigadores que aterrizaraban a Daniel, y luego, los consabidos frascos azules de Aceite de Castor y la horrible Agua Apenta, con su corazón hipócrita coloreando en la etiqueta...

Como sigue ocurriendo hasta ahora, se sanaba en aquel entonces o se moría. Sólo que era penoso morir entre tanta cortina de felpa, tanta barba de facultativo y tanta impotencia frente al dolor.

Daniel veía pasar los días de su convalecencia recobrando la salud con ese empecinamiento que pone la vida cuando se sabe muy larga y que el obstáculo le surge, absurdo y fuera de tiempo, sin ninguna probabilidad de triunfar.

No obstante ¡cuán cerca está la muerte, la dulce muerte que pasa aletargando el cuerpo con sus delicias indiferentes! Bastaría un ligero golpe al timón de la vida para que la pieza se cubriera de frascos que ya no sirven, de pasos sigilosos y como solapados, de gente espantada que asoma

la nariz detrás de las puertas mientras la madre vela en silencio, desencajada, como una Dolorosa hierática que no espera otra cosa que el sollozo.

Nuestro niño presintió estas cosas, y hasta vió las pesadas cortinas de felpa deformándose y estrechándolo en un círculo de sombra que le impedía saber si afuera brillaba el sol o si el mundo entero, al igual que él, seguía en un descenso infinito hacia la región en que todo se esfuma; hasta el dolor, hasta el temor, hasta la misma muerte.

La convalecencia no es otra cosa que una lección que nos repite la vida, explicándose a sí misma. ¡Y qué bien sabe hacerlo, Ella, la vital por excelencia! Daniel descubría que cada paso, cada rincón, cada momento de aquellos que él había creído sumidos en el tedio, encerraba mundos enteros que no habían sido explorados todavía. Así, el boquerón del entretecho, ese túnel de sombra donde la Chepita descubría los gatitos nuevos, debía contener un universo pavoroso de vigas podridas, de inmensas telas de araña y algo como un campo de batalla donde se agitaban las ratas en bulliciosas carreras que, en ocasiones hacían desprenderse algunos terrones quecaían,

pesadamente sobre el "cielo" de tablas celestes. ¡Y qué decir de la calle! Aquel frutero con su caballo blanco y las dos árguenas repletas de frutas olorosas que se balanceaban en cada costado. Le parecía ver al hombre hundiendo el brazo en los canastos empinados, de donde sacaba las maravillosas piñas, plátanos y hasta esos cocos de Panamá que encerraban una leche exquisita ("cuando esté bueno tomaré leche de coco"). Jamás logró ver el fondo de las árguenas, que se le antojaban misteriosas como un arca.

¿Y qué habría por esa Calle Riquelme (su calle *atravesada*) caminando más allá, ahí donde las piedras de río seguían al adoquín, y con ellas, las casonas y los huertos que se perdían en dirección al Mapocho? Nunca le permitirían ir hasta esa parte y ver esas piezas más bajas que la acera, alumbradas por una lámpara de parafina, donde vivían esos hombres de pelo "chascón" con olor a humo, aquellos *hermanos* y *sobrinos* de las sirvientas que solían venir a casa, y que ellas — las castas, las inviolables — trataban con tanta familiaridad, dejando filtrar así un rayo de su vida pasada: la del rancho. Ellas, las limpias, las de blanco delantal, ¿no mostraban de esta manera su origen misterioso, al besar sin pudor al hermanito negro y desaseado que venía a verlas del

conventillo o del campo, trayéndoles quesos de cabra, un ramo de capachitos y toronjil “pa la pena”? Hasta a la Chepita, la virtuosa Chepita, la vió un día abrazando a uno de esos, con chasca y todo, grueso el labio cubierto por un bozo sombrío y como rodeado el cuerpo por un halo ardiente que se desprendía de cada pliegue del pantalón.

No era desprecio el que sentía Daniel. Para creerlo así, habría sido preciso que Daniel no fuera Daniel. Por el contrario, era admiración y extrañeza por esa audacia inexistente que él creía adivinar en esa familiaridad tan natural, pero para él, tan prohibida.

Mucho aprendía Daniel en cada *lección de cosas* que le daba el destino. ¡Qué escuela hermosa y cálida era cada convalecencia suya! Y es que el niño bordeaba aquella edad en que la infancia, llegada al término de su madurez, entrega todos los elementos y la riqueza necesaria para el pequeño círculo de su vida. Ni más, ni menos: todo lo que llena el mundo de un niño llegado a esa especie de adultez que precede a la pubertad. Tiempos vendrían en que, al superarse a sí mismo para caer en la adolescencia, comenzaría a olvidar y a desaprender todo lo que fué suyo. Dura prue-

ba para el que había llegado a ser un artista dentro de su ambiente.

Entretanto el frasco de Apenta, la complicada maquinilla de inhalaciones y los irrigadores formidables, adquirieron una nota nostálgica en el fondo de un estante con puertas de vidrio cubiertas por un visillo verde, descolorido por los años. Los viejos instrumentos de tortura le traían el recuerdo de sus enfermedades, de sus convalecencias, de esos momentos exquisitos en que la vida, de puro temor de verse desdeñada por la paz de la muerte, se volvía sobre el niño extendiendo el bazar enloquecido de sus encantos más puros; seduciéndolo con promesas que Ella sabía, tal vez, que no se cumplirían jamás.

Así y todo, valía la pena recordarlas; y Daniel las evocaba una a una frente al estante lleno de guataplasmas, de gomas resacas y frascos azules. ¡Qué extraños recursos los del Destino para sacar belleza de fealdad! Daniel tuvo siempre un profundo respeto por todo lo malo que se torna bueno cuando la vida se lo incorpora para nutrir su hambre de salud, de goce, de realidad. La enfermedad y la muerte eran un mal sueño que más valía dormir de una vez. Sólo la vida que nace de ellas y todo lo que la acrecienta y ennoblece podía llamarse realidad. Este pensamiento de

Daniel fué el secreto de su fuerza. Debido a él, se le llamó más tarde un santo o un demonio. ¡Qué hacerle! la realidad tiene más de una faceta; sólo la ficción carece de perfil, como el Rey de Bastos.

El botiquín de la familia no tenía remedios contra ese mal.

## LIBRO II



«TOUTE CONFIANCE EST DANGÉ-  
REUSE SI ELLE EST ENTIERE.»

## LIBRO II

LA BELLE ÉCLAIR.

UNA pieza grande, sin ventanas. Por la claraboya cae una tenue luminosidad sobre un muchacho que está sentado en el único mueble: una vieja *chaise-longue*. Está rodeado de juguetes esparcidos por la sala desnuda. Al fondo, entre unas maletas inmensas, unos canastós con tapa: es el "cuarto de la ropa". Vestido con pantalones negros y jersey azul, parece un niño del pueblo. Muy crecido; las facciones más delineadas; largos los brazos, cortas las mangas, y sobre la frente pálida, un mechón de pelo castaño. Permanece inmóvil, con la cabeza entre las manos y la mirada perdida: hace dos horas que Daniel ha regresado

de Europa. Las sensaciones y los recuerdos no han cesado de agolpase en su mente. Está fatigado, terriblemente fatigado.

En el trayecto de la estación a la casa ha visto unas calles bajas, aplastadas, que le parecían de juguete. Hubiera creído tocarles el techo a las casas con sólo levantar el brazo. Y esa gente sucia, tan negra y les que hablaba una lengua sin gracia: su propia lengua.

Quedaba la esperanza de la sbuelita. Desde

«TOUTE CONFIANCE EST DANGEREUSE SI ELLE EST ENTIÈRE.»

LA BRUYÈRE.

**U**NA pieza grande, sin ventanas. Por la claraboya cae una tenue luminosidad sobre un muchacho que está sentado en el único mueble: una vieja *chaise-longue*. Está rodeado de juguetes esparcidos por la sala desnuda. Al fondo, entre unas maletas inmensas, unos canastos con tapa: es el “cuarto de la ropa”. Vestido con pantalones negros y jersey azul, parece un niño del pueblo. Muy crecido; las facciones más delineadas; largos los brazos, cortas las mangas, y sobre la frente pálida, un mechón de pelo castaño. Permanece inmóvil, con la cabeza entre las manos y la mirada perdida: hace dos horas que Daniel ha regresado

de Europa. Las sensaciones y los recuerdos no han cesado de agolparse en su mente. Está fatigado, terriblemente fatigado.

En el trayecto de la estación a la casa ha visto unas calles bajas, aplastadas, que le parecieron de juguete. Hubiera creído tocarles el techo a las casas con sólo levantar el brazo. Y esa gente sucia, tan negra y fea que hablaba una lengua sin gracia: su propia lengua.

Quedaba la esperanza de la abuelita. Desde que él partió le había escrito a París contándole cosas de Chile. “Para cuando vuelvas, m’hijito — repetía al final de cada carta — te voy a tener un regalo, una sorpresa que te dará mucho gusto”.

¿Qué sería? ¿Un tren a vapor? — No; seguramente era un buque (había visto tantos en esos meses). La curiosidad lo picaba tan agudamente que el viaje de regreso casi lo había hecho de memoria. No veía nada. No quería ver nada... ¿Cuál sería la sorpresa?

Al llegar, la abuelita lo había ahogado en besos y cariños: “¡Qué grande estás!” “¡Que te fueron a cortar los rizos!” “¡Eres todo un hombre!; ya no podía vivir sin m’hijito...”

Pasados los primeros transportes, fueron los eternos relatos del viaje.



— Y cómo te pareció París.

— Feo.

No hay razón para que un niño de ocho años encuentre hermoso París.

Las preguntas menudeaban y el momento tan deseado parecía alejarse cada vez más. Fué aquí que Daniel, acercándose con disimulo, preguntó al oído:

— ¿Y el regalo, abuelita? . . .

— ¡De veras, m'hijito; casi se me olvida!

Y lo llevó al comedor.

Ahí, sobre la mesa suntuosamente preparada para el té, había dos o tres jaleas transparentes, hechas, temblorosas. En el interior de los mamezones y dibujos, como incrustadas en vidrio, se veían las frutillas, las rodajas de plátano y hasta flores: algunas violetas brillaban dentro, coronadas de burbujas.

Daniel miró todo rápidamente y alzó la mirada, interrogando.

— ¿Te gusta? — le salió al encuentro la abuela, creyendo interpretar la mirada.

— Sí, pero . . . el regalo cuál es, abuelita.

— ¡Bueno que ha llegado gringo este niño! . . . Te lo estoy mostrando y me preguntas cuál es.

Daniel volvió la mirada a las jaleas; esta vez con un odio mortal. — ¡Jaleas! ¡A él con jaleas! . . .

Sin embargo disimuló el contratiempo y hasta murmuró unas "Gracias" muy desabridas. Corrió en seguida al "cuarto de la ropa" y cerró la puerta con llave. La abuelita se encogió de hombros y se fué al salón para atender a las visitas.

Daniel sabía muy bien que las jaleas no eran "el regalo". Comprendía que lo habían engañado con un presente que no existió jamás. Si al menos hubieran tenido la franqueza de confesarlo... Pero hacerle creer que puede llamarse *regalo* una cosa que se come, que desaparece... ¡Pero si la comida es una "obligación"! Como si pudiera ser regalo también el aire que se respira. ¡Y para esto haber esperado tanto, tanto!...

Daniel echó su cabecita sobre el brazo y lloró desconsoladamente. Nunca antes había llorado así. Hasta entonces se limitaba a gritos y rabietas acompañadas de lágrimas: simples pretextos para inclinar una opinión. Ahora lloraba en silencio, con toda la sinceridad de la pena. Lloraba para sí, como un hombre.

Cuando se hubo serenado, lanzó una mirada de rencor a sus viejos juguetes esparcidos por el suelo. ¡Qué feos eran! Cómo había podido divertirse con eso... Pensó en lo que había dejado atrás. Esa noche en Montevideo; su barco tan querido, inmenso allá arriba, iluminado por los

reflectores mientras él, abajo, se zarandeaba en la gasolinera sobre esa mar picada y barrosa del Plata. Nunca más volvería a pisar las tablas pulidas del puente ni a sentir el olor a caucho de las escaleras. ¡Para siempre!...

— *Danielitow! Good-bye, my dear boy!* — La buena *stewardess* agitaba su pañuelo por la redondela del Ojo de Buey. ¿Tampoco la vería más a la buena amiga que jugaba con él en las tardes negras del trópico? Y Rowe, el *steward*, que corría en cuatro pies ladrando como perro, y a quien él gustaba arremolinar la cabellera rubia y pesada. — *Don't forget your old friend, Danielitow! Good-bye! Good luck!*

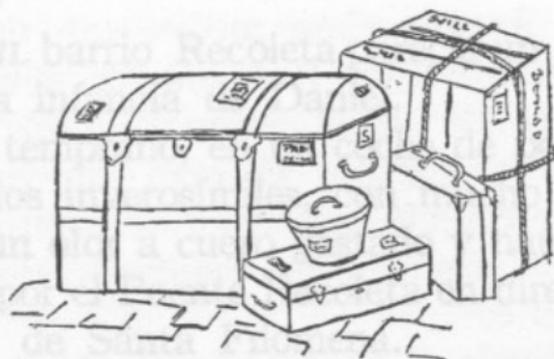
¡Nunca había sentido una pena igual!

Esa despedida era su primera experiencia del afecto y de la nostalgia. Ya había dejado parientes en el curso de su pequeña vida, pero era otra cosa... Estimaba la sencillez infantil de estos buenos ingleses. La *stewardess*, ella, no habría sabido mentirle; no lo habría engañado jamás. Ahora estaría lejos; navegando quien sabe dónde. Y él, aquí en Chile; bien firme en lo que fué y que seguiría siendo.

Ese instante bastó a Daniel para cortar el cordón umbilical que sujetaba su espíritu al tiempo y a la tradición. Dejó de ser un todo indistinto.

Supo quién era y a qué lucha amarga lo había destinado la suerte. Su tierra ya no era su tierra, porque jamás lo fué para su corazón. La amaba todavía, como se ama a una vieja nodriza malhumorada a quien nos unen tantos recuerdos y penas; pero no era La Madre, aquella que canta desde lo más profundo de la sangre.

Secó sus lágrimas con gesto brusco, enderezó la mirada, y con ademán indiferente, bien cubierto de hipocresía, se encaminó al salón envuelto en su disfraz de niño.



## II

« J'AI TANT FAIT PATIENCE  
QU'À JAMAIS J'OUBLIS.  
PEINES ET SOUFFRANCES  
AU CIEL SONT PARTIES. »

RIMBAUD.

**E**L barrio Recoleta parecía un camino al cielo en la infancia de Daniel.

Muy temprano, en un coche de posta tirado por caballos inverosímiles, con mucho vidrio sonando y un olor a cuero gastado y nauseabundo, cruzaban por el Puente Recoleta en dirección a la Parroquia de Santa Filomena.

El río relumbraba al sol matinal con su cordillera inmensa, al fondo, perdida en una bruma de luz. La Plazuela Recoleta estaba casi solitaria a esas horas: una que otra *beata* de manto y “pro-

mesa del Carmen" cruzaba por el escuálido jardín, o alguna carretela cargada con verduras se encaminaba a la Vega.

El coche llegaba frente a la Recoleta Franciscana y la Madre golpeaba el vidrio de adelante para que el cochero doblara a la derecha, por la calle de su venerada parroquia.

La madre de Daniel ignoraba a los Recoletos. No que ella pensara mal o bien de esos santos varones; los ignoraba, simplemente, como si hubieran pertenecido a otra religión. Porque la verdad es que existía cierta rivalidad entre "Santa Filomena" y el templo franciscano. Allá tenían a la Santa; aquí, a un siervo de Filomena: Fray Andrés. Allá iban ciertas damas aristocráticas; acá, una obscura clase media, tan democrática como el santo lego. Para mayor desgracia, los franciscanos de aquel entonces eran espesos y vulgares. En cambio el cura de Santa Filomena se distinguía por una rara espiritualidad y un carácter angelical que cautivaba desde el primer instante.

El "postino" se detenía frente a un pobre edificio de ladrillo, con una parte más alta en el extremo que debía ser la Capilla. Cerca de la puerta, una pequeña ventana de reja encerraba la imagen de la Santa y una alcancía. Pero no era

una imagen ni una alcancía cualquiera la que presidía la estrecha calle mal empedrada. Tenía una pátina especial, algo muy antiguo y venerable por donde debió pasar mucha manda, mucho dolor humano, y también mucho consuelo y esperanzas realizadas. Daniel creía que en ese barrio Recoleta la gente debía sufrir horriblemente, porque de no ser así, ¿a qué tanta manda, tanto cirio y tanta angustia en torno al cielo? En las calles centrales la gente era devota, pero no importunaban a los santos de esa manera.

Entraron a Santa Filomena por una suerte de antesala mal entablada, provista de algunos bancos de madera que el tiempo y los rapazuelos habían martirizado hasta la crueldad. A la derecha estaba el "torno" a través del cual se podía hablar con *la Hermanita*. Al fondo, una mampara con vidrios de colores ponía una nota alegre en el ambiente terroso. Daniel miraba por el vidrio rojo y veía una galería con un patio de naranjos y un Arcángel Gabriel en eterna lucha con el dragón infernal. Todo bañado en una luz de incendio. Miraba por el vidrio azul, y la imagen se apaciguaba en un suave reflejo celestial. En torno, era un correr de rapazuelos inquietos que subían a las bancas, se cogían del pelo hostilizando y palpándose de mil maneras con sus

manitas secas y activas. Se lo pasaban ahí en espera del Señor Cura que les daba una imagen, una limosna o un cariñoso coscorrón sobre la cabezota dura y morena.

Entró la Madre con Daniel, y la puerta volvió a cerrarse sobre el bullicio. Por un largo corredor que conducía a la Sacristía se encaminaron lentamente. Un murmullo de rezos venía de la capilla junto con un olor que podía ser de incienso, pero que los años habían fundido en un perfume indefinible que el niño consideró siempre como el olor propio de la Divinidad.

La Madre llamó a la puerta. No tardó en asomar un anciano de rostro alegre, con un gorro de terciopelo muy viejo sobre la cabeza. En torno al cuello llevaba una bufanda tejida.

— ¿Podría confesarme, Don Ruperto?

— Voy luego, en cuanto termine la distribución.

Era un hombre extraordinario, el buen cura. Una piedad con un acento desconocido emanaba de su persona. No era el predicador brillante ni el gran organizador que solemos encontrar ahora. En su capilla no se respiraba la piedad marcial de la Acción Católica ni siquiera la piedad evangélica simple, de tipo sajón. Era una religiosidad eslava, casi rusa, con un poco de supers-

tición, pero no por eso menos sincera y profundamente espiritual.

Las llamadas "distribuciones" consistían en unas charlas íntimas en la obscuridad del pequeño santuario. El buen Don Ruperto, sentado en un pisito junto a la reja del comulgatorio, predicaba una especie de Sermón de la Montaña a unos pocos fieles agrupados en las bancas, en el suelo, donde se podía. No hablaba muy largo, pero cada frase suya parecía salir de la boca de Cristo. El tono era amable, confidencial y como admirado de algunas verdades tremendas que se le caían de los labios como un gemido. Algunos feligreses lloraban; otros daban gracias a Dios. Desde lo alto del altar, *La Santa* miraba hacia abajo con una sonrisa de niña ingenua un poco confundida por su propia gloria.

Detrás del Predicador, un inmenso cuadro de la Purísima atestiguaba las proezas del viejo Capellán del Pacífico. Porque era una tradición que Don Ruperto encontró esa tela tirada en la pampa atacameña. Ahora estaba ahí, la Reina del Cielo, demasiado grande para esa capilla tan reducida, alzando su silueta imponente sobre la figura encorvada y canosa del Hombre de Dios.

Daniel miraba la iglesita sombría en ese barrío de ultramapocho y la sentía profundamente suya.

Era como el mensaje de su propia tierra venido de una época lejana en que él no pudo conocerla; una puerta al Cielo por donde Dios podía asomarse y hablar hasta *en roto*; porque el pueblo de entonces era leal y generoso, y si no entendía mucho de religión, le bastaba su nobleza de buena ley para unirlo al Espíritu que sustenta todas las esperanzas.

Daniel lo presentía vagamente. Sus reflexiones, en verdad, no le venían de su espíritu místico, inexistente todavía; eran un producto de la propia atmósfera de la capilla. Había hecho la primera comunión en ella, y era tal el prestigio de cosa santa que fluía de sus sombras que habría podido contemplar un milagro sin que su espíritu se turbara mayormente. Cuando estaba ahí, casi no oraba nuestro niño, porque todo en ese recinto era una plegaria continua. Bastaba entregar el corazón al calor de los cirios que brillaban en la obscuridad para reposar en los brazos de Dios, tan cerca, que no era menester explicarle nada.

Terminadas las devociones, pasaban al comedor. Volvían a cruzar los largos corredores, y al fondo, en una especie de bazar de caridad repleto de canastillos, campanas de vidrio e imágenes absurdas, servían un café humeante y apetitoso.

La vieja ama del señor cura se ocupaba de esos menesteres. Era una señora quejumbrosa y devota que descargaba su mal humor en "la china" que la ayudaba a servir. ¡Qué hacerle! la santidad no se adquiere por contagio y la pobre Hermanita no había adquirido todavía esa *Perla de Gran Precio* que es la paciencia.

No tardaba en llegar el Papito (nombre familiar que daban a Don Ruperto). Bendecía el pan y se comía el suyo muy lentamente, remojándolo en una taza de té puro. Era todo el desayuno del pobre cura; pero él irradiaba una alegría tan celestial, tan alentadora, que parecía ser su propio alimento y su sostén. Tenía palabras que allanaban los obstáculos y cualquiera complicación de la vida. Se hubiera dicho que en torno a esa mesa estaba la solución de todo el dolor y amargura humanos.

Daniel no sabía de dolores todavía, y sus amarguras habrían hecho sonreír a los adultos. Pero él sabía también que no hay nada más desolado que el alma de los niños. Don Ruperto lo comprendía mejor que nadie: "Recen por las almas de los niñitos del Purgatorio", solía decir; y Daniel, al oírlo, lo miraba en los ojos como miran los animales pequeños que no saben expresar su

pena. Don Ruperto respondía con una sonrisa que encerraba la clave de todo lo que esperan y que ignoran los niños. Daniel lo sentía así y se admiraba de ver que la vida se le tornaba simple como el Ave María. Porque en esa mesa, Dios estaba presente mejor que en un sacramento. Podía sentirse el soplo de Su Espíritu paseándose entre la leche humeante y el pan con mantequilla. Había un calor de cuerpo satisfecho que se unía al calor del alma invitando al descanso, dulce como un buen sueño.

Al abrirse nuevamente la mampara con vidrios de colores, irrumpían los ruidos de afuera y los gritos de los muchachos.

—No les den limosnas—decía la Hermanita—. Son unos malvados que no tienen compostura.

—Son los preferidos del Señor, y a El le agrada tenerlos cerca — contestaba el cura, y sacaba algunas monedas.

— Falta la bendición, Papito — decía la Madre, y se ponían de rodillas. Los rapazuelos callaban un momento; algunos se arrodillaban. El sacerdote extendía sus manos transparentes sobre las cabezas inclinadas y miraba al cielo.

Era la última caricia de Dios que los acompañaba en el silencio de la vuelta, mientras so-

naban los vidrios de las portezuelas y daba tumbos el coche por la estrecha calle de arrabal.

Hasta la noche vivía Daniel en un éxtasis continuo. Al día siguiente, aquello había ocurrido mil años atrás.

## III

LAISSEZ-MOIS L'ENFANCE DANS  
LES ENFANTS.

J. J. ROUSSEAU.



ELLA que llamarse Madame Dupont; pequeña, con mucho estaje, cadentillas colgantes y un resaca en el pecho; sobre los hombros una mantita de lana, un café y mitad raída; en la cabeza un corchón, y los cabellos recogidos en un tocado a manera de un cráter, de una torta o, simplemente, de una carabela. Todo opaco, como cubierto de polvo. Madame Dupont tenía ojos pequeños y vivarachos, la nariz respingada y un ligero prognatismo que acentuaba el vacío de un diente y la conjugación "du verbe aimer": nous aimâmes, vous aimâtes, ils aimèrent; a. n. l. pour le pluriel...

## III

«LAISSEZ MÛRIR L'ENFANCE DANS  
LES ENFANTS».

J. J. ROUSSEAU.

**E**LLA tenía que llamarse Madame Dupont; pequeña, con mucho encaje, cadenillas colgantes y un reloj prendido al pecho; sobre los hombros una piel estrecha, mitad café y mitad raída; en la cabeza un morcillón, y los cabellos recogidos en torno a manera de un cráter, de una torta o, simplemente, de una carabela. Todo opaco, como cubierto de polvo. Madame Dupont tenía ojos pequeños y vivarachos, la nariz respingada y un ligero prognatismo que acentuaba el vacío de un diente y la conjugación “du verbe aimer”: *nous aimâmes, vous aimâtes, ils aimèrent; e. n. t. pour le pluriel...*

Madame Dupont estaba contenta con Daniel, pero no se lo daba a entender. Todas las mañanas en la galería asoleada junto al diario-todavía oloroso a tinta fresca y al desayuno humeante; en esa hora indefinida del aseo y del canario que se saca al sol, Madame Dupont, sentada frente a la mesa de costura, comenzaba a hacer malabarismos de impaciencia con el lápiz "*bien taillé au canif*".

— *Danielitó, Danielitó!, voyons; mais vous êtes en retard, voyons.*

Y Danielito acudía con una cara de Ogro que le era peculiar en esas horas matinales.

Madame Dupont comenzaba *La Prière de l'Enfant à son reveil*.

*Donne une famille nombreuse  
Au père qui craint le Seigneur,  
Donne-moi sagesse et bonheur  
Pour que ma mère soit heureuse.*

Daniel repetía la poesía entera con muy buen acento parisino. No obstante, en cuanto Madame Dupont se detenía para sacar punta al lápiz por vigésima vez, Danielito comenzaba a tararear:

*Elle était jolie et bien faite,*

*La petite Nani Nanette*

*Tan-taca-tan-tan,*

*Pam-pam:*

*Elle est un morceau de roi.*

— ¡No hay c'a cantar ezo!—exclamaba la francesa soltando indignada el cortaplumas de conchaperla.—¡Ezo no es chanson por los niños: cozas de hombre, de hombres suzios!

Daniel inclinaba la cabeza con humildad fingida y pensaba que no era hombre ni era sucia la buena Marianne del Hotel des Champs Elisées.

Día a día se repetían las lecciones de Madame Dupont, a pesar de los esfuerzos de Daniel para hacerse insoportable y conseguir así que lo pusieran en un colegio, como a todo el mundo.

— ¡Jamás! — decía la Madre — ahí les *pegan* la alfombrilla y las malas costumbres.

Después de algunos meses de prueba, Madame Dupont fué juzgada demasiado elemental; en su reemplazo vino una señorita pedagoga que pronunciaba muy bien las *eses* finales mostrando una bella dentadura que lavaba al Odol. Además, sabía *mucha* historia y geografía de Chile. Agradable, la señorita Fresia, su trato era cor-

dial y hablaba a los niños como si fueran seres racionales.

Durante meses recorrió Daniel la gama complicada de las primeras adquisiciones del espíritu. Le gustaba la Geografía y la Historia de Chile, y se aplicaba en ellas. Desgraciadamente estos estudios vinieron sobre los de Historia Sagrada, sobreponiéndose en tal forma, que la fundación de Santiago bien pudo hacerse en el Jardín de Edén, que aquello no habría tenido una importancia mayor. Cuando más tarde le mostraron cierta plazoleta del Cerro de Santa Lucía como el sitio preciso en que acamparon los Conquistadores, Daniel preguntó si los mandaba don Pedro de Valdivia, o si éste era otro que llevaba el mismo nombre. La verdad es que Pedro de Valdivia nunca dejó de ser otra cosa para el niño que una lejana avenida a donde iban en coche los domingos para comprar flores de aramo.

Cuando avanzaron más los estudios, la señorita Fresia comenzó a hablarle de los "patriotas". A Daniel se le antojaron "unos hombres guatones". Todas las palabras en *ota* debían corresponder a vientres prominentes.

También establecía extrañas asociaciones con palabras cuyo sentido ignoraba: así el Sitio de Rancagua era un terreno baldío, rodeado de

alambres de púa, sobre los que saltaban triunfantes O'Higgins y sus huestes

La batalla de Cancha Rayada era otra cosa absurda: una especie de cancha de fútbol estriada por blancas líneas de tiza.

Estas relaciones de ideas reemplazaban a los hechos en la mente de Daniel. Ellas eran actuales, propias de su experiencia infantil. Los sucesos históricos en cambio, sólo abstracciones valorizables en la medida de una cultura que el niño no poseía todavía. Es curioso que los pedagogos, que se dan por conocedores de la mente infantil, no se esfuercen en *situar* los conocimientos en el tiempo y el espacio, rompiendo las asociaciones antojadizas y "condimentando" aquellos hechos que para el niño no pueden tener sabor. Los conocimientos llegaron a la mente de Daniel como los libros al estante de una biblioteca: todos verticales y sin espacio entre unos y otros.

De todas las ciencias, las Matemáticas fueron para él su magia negra. Le eran odiosas, incomprensibles y estúpidas; y como, por otra parte, no tenía la menor facilidad para moverse en ellas, procuró desde temprano desacreditarlas. No le fué difícil combatir su "esprit géométrique" — como habría dicho Pascal — con su "esprit de finesse". El hecho de que ciertas divisiones dieran

como cociente una serie infinita de 3, le pareció la mejor prueba para demostrar que esta ciencia no servía para nada. Además, aunque parezca extraño en un niño, tenía ciertas dudas muy graves sobre la unidad del número 1.

El conocía las cuatro operaciones. Laboriosamente — sobre todo para la tabla del 9 — había llegado a digerir esos condimentos infernales que son los cálculos aritméticos. Vió que todos ellos estaban basados en el número 1, en la Unidad. Daniel pensaba muy seriamente — era un espíritu absolutista — que la Unidad era llamada así porque poseía cierta cohesión indestructible, una solidez a toda prueba; en una palabra, porque su “unidad” era perfecta. Ahora bien, cuál no sería su sorpresa al constatar que esa unidad tan digna de respeto era susceptible de fraccionamientos y desquiciamientos infinitos. Bajo el Número Uno se extendía en profundidad un Averno de divisiones y subdivisiones sobre las que tronaba, en hipócrita contradicción, *la unidad una del número uno*. Fué así como Daniel llegó a imaginar que todas las superestructuras, o sea, todas las combinaciones superiores de los múltiplos del Uno, sólo eran fracciones también de alguna Unidad-Monstruo.

Estas ideas, ricas en sugerencias, lo llevaron a pensar más tarde que el concepto de Unidad no es propio de las Matemáticas sino de la Psicología; cualitativo y no cuantitativo; una *unidad mental* correspondiente a la vida de relación y no a la vida de los números. Los matemáticos sólo pueden *combinar cantidades*, y no sabrían qué hacer con la Unidad, como no sea destruirla, fraccionándola, o desvirtuarla, multiplicándola.

La ignorancia matemática de Daniel le impidió saber si estas dudas habían sido formuladas por otro. Para él era igual: las había descubierto. Eran propias de su mentalidad esas elucubraciones que podían marchar parejas con los juegos de Hadas y las casitas de cartón. Su espíritu, anclado para siempre en ciertos aspectos infantiles, podía en otros lanzarse en vuelos atrevidos que lo adelantaban por mucho a los niños de su edad. La señorita Fresia veía el primer aspecto solamente: un Daniel muy niño, muy ingenuo y terriblemente distraído. Teniendo una memoria excelente, costaba un triunfo grabar algo en su cabecita inquieta.

La verdad era otra: el niño estaba muy lejos de la señorita Fresia; tal vez en regiones que ella misma no habría podido alcanzar con todo su bagaje pedagógico.

El, por su parte, tampoco comprendía su verdadera posición. Lo que llamaba tristemente “su dificultad para aprender”, no era otra cosa que la avalancha de su espíritu crítico, interpuesta en el camino por donde el razonamiento “sobre medida” de los demás, circulaba libremente. Daniel habría sido un insoportable pedante si hubiera tomado conciencia de estas cosas. Pero, ya lo dijimos, quedó anclado en la niñez. Su vida se deslizó en un *mea culpa* perpetuo, lamentándose de su *incapacidad colectiva* que sólo era el reverso de su *capacidad individual* para vivir en perpetua lucha contra el ambiente.

Parecerá extraño que Daniel comenzara sus primeros estudios con las Matemáticas, la Historia y los versos de Lamartine, pero es el caso que este niño — no sabemos por qué razón — nunca tuvo necesidad de estudiar el Silabario. Un buen día cogió un periódico y se encaminó a la pieza de la abuelita para preguntarle el significado de la palabra *maderás* (así había leído él). La abuela apartó la mirada del tejido y la fijó en la palabra que le indicaba el niño: en la parte inferior del diario, en gruesos caracteres, aparecía un aviso de maderas.

— No, hijito; leyó mal. Aquí dice MA-DE-RAS. ¿Me entiende? Vigas, palos; es el aviso de una barraca.

Iba a continuar con el tejido la abuelita, cuando se detuvo, y mirando por encima de los lentes: “¿Quién te enseñó a leer?” preguntó alarmada. — “Nadie, abuelita; aprendí... leyendo”.

Desde entonces fué un vicio para Daniel ir deletreando por las calles los rótulos de los almacenes y los avisos del *Té Demonio*.



## IV

«TROIS FOIS IL APPELA HYLAS, DE TOUTE LA FORCE DE SON GOSIER PROFOND. TROIS FOIS L'ENFANT RÉPONDIT: MAIS SA VOIX, VENANT DU FOND DE L'EAU, ARRIVA TOUTE GRELE; ET BIEN QU'IL FÛT TOUT PROCHE, IL SEMBLAIT ÉLOIGNÉ».

THÉOCRITE.

**E**N la vida de los niños hay períodos en que el tiempo se detiene; otros en que fluye tan rápidamente que no alcanza a dejar huellas. Así Daniel en su primera infancia creyó recorrer una etapa inmensa, inmóvil, sin fin. Fué ella que le comunicó el sentimiento de permanencia, esa ignorancia de la muerte que envuelve a los niños como una cortina de humo, protegiéndolos hasta la pubertad.

Ahora la vida tomaba otro ritmo. Ya no era la modorra suave y triste que se detenía en el aburrimiento como en un punto muerto: "La historia se hacía interior". Aun cuando "afuera" no pasara nada, el niño se sentía pletórico de aventuras. Otras veces era la inversa: ocurrían muchas cosas y todo se borraba. Fluía el acontecer como un río de imágenes superpuestas que no llegaban a tener significado.

Así, por ejemplo, hay aquí un invierno descolorido y que sin embargo cobra un significado especial por estar junto a los primeros recuerdos del trueno. Tronaba el cielo en esos días en forma aterradora (Daniel no pudo explicarse nunca por qué). Aquello comenzaba con un estampido seco y deslumbrante, seguido de un desgarrarse de mil lienzos que iban trasmitiendo sus ecos por los ámbitos celestes hasta adquirir el tono bajo y profundo de la avalancha.

Daniel, que ya se creía un hombre, afirmaba y porfiaba que no sentía temor, pero su corazóncito latía con violencia. ¿Quizás recuerdos de esas noches rojas, de esos astros de fin de mundo y del Gran Terremoto? Como fuera, él saltaba de gozo cuando la tempestad, ya lejana, sólo era un comentario alegre en el patio húmedo, entre las

palmeras inclinadas que lloraban todavía el insulto del aguacero.

En ese invierno hay el recuerdo de una mujer muy hermosa amiga de la casa. Era alta, de pecho airoso y llevaba prendido sobre la chorrera de encajes un ramillete de violetas. ¿Qué relación podía haber entre la tempestad y el ramo fresco y delicado prendido en el pecho de la hermosa señora? Lo cierto es que Daniel, desde entonces, tuvo una predilección especial por las flores de invierno: los juncos, las violetas, los jacintos, eran para él la sonrisa de la lluvia; algo inmaterial que nace como por ensalmo del bulbo obscuro y muerto, crece y se levanta en blandos tallos de agua dejando caer su perfume helado y trasparente; olor a pura infancia, serena y alegre; algo que desconoce la flor de tallo leñoso, aquella que resiste al sol del estío y que se funde en la embriaguez del sexo.

Estas flores forman parte de lo que podríamos llamar los impulsos místicos de Daniel. (Simple lenguaje burdo para entendernos entre adultos. En realidad él no supo lo que era la vida espiritual hasta ser un hombre ya maduro. Hubo un largo sueño entre la oración de la Noche Trágica en 1906 y el redescubrimiento de Dios a los treinta años.)

Este “misticismo” comenzó con el olor de unos jacintos color de rosa y un par de floreritos de porcelana que la buena Chepita le había obsequiado para su cumpleaños. Fueron los floreros y las flores los que hicieron necesaria la imagen, y no la inversa. Quizás si no fué mejor. Había ya un entusiasmo por lo bello natural que hablaba más claro al corazón de Daniel que las feas imágenes de yeso. Para él, Dios estuvo más presente en los jacintos que en ese pintarrajeado Corazón de Jesús. Sin embargo, la imagen era indispensable, porque si no ¿a quien le habría encendido la lámpara de aceite que le regaló la tía? Estaba cubierta de *piedras preciosas* la lamparilla y proyectaba hermosas sombras multicolores a través de sus gemas y calados. Era él quien le cambiaba la “mariposa” dos veces al día, y era la buena Chepita la que corría al almacén de la esquina con la botella vacía, para luego traerla llena de un aceite rubio salpicado de burbujas que subían con lentitud.

Había también el sahumerio — es preciso no olvidarlo — que él quemaba delante de la imagen. Venía del Perú, en panes delgados y grises o en figurillas adornadas con cintas y alambriillos de plata que se enroscaban en complicadas espirales. La abuela lo tenía escondido celosamen-

te en una caja de cuero muy larga, que servía para los guantes de baile.

De ahí salió también un "Detente" que hizo subir en varios grados el espíritu místico de Daniel. Era cuadrado; un cartoncito de lana blanca con un picado en los bordes, y dentro, bordados en seda, oro y plata, un corazón sangrante, una corona de espinas, y alrededor unos "No me olvides" celestes y puros en graciosos ramilletes entrelazadas por los hilos metálicos. ¡Qué hermosura! Desde que Daniel lo vió, no pudo pensar en otra cosa. Después de muchas vacilaciones la abuela se lo confió, pero "solamente prestado". La abuela no daba nunca nada, como no fuera cosas de comer. Es cierto que estas últimas habría sido más difícil prestarlas... A Daniel se le echó a perder todo el goce del "Detente" al oír la palabra *prestado*. La verdad es que a Daniel se le echaban a perder todos los goces que le venían de los suyos, y que de no haber mediado las mil chucherías y antojos que le procuraban las sirvientas y la tía, habría tenido una infancia harto triste a pesar de los cariños excesivos y de los cuidados irritantes. ¡Qué hacerle!, los niños son terriblemente injustos...; tienen infancia una sola vez, y la desean como ellos la sienten.

Hay por lo menos dos tipos de niños que nos pueden dar una luz sobre lo que venimos diciendo: los de lluvia y los de sol.

Desde que nacen, los niños de sol desbordan alegremente hacia el exterior. Son una primavera deliciosamente inconsciente, con sus tormentas pasajeras, sus cambios de luz y de carácter; un verano fecundo, también, cargado de frutos que maduran juntos y que luego caen para morir al pie de los árboles.

Los de lluvia, parecen un largo invierno dormido donde se almacenan los tesoros ocultos de la experiencia y de la personalidad; en ellos no aparece el brillo vistoso del follaje y sus frutos tardan en germinar.

Los niños de lluvia nacen tristes, al decir de las gentes. No es verdad: nacen preocupados, lo que no es lo mismo. Si a veces su mirada parece tornarse sombría y su carácter retraído, no es por culpa de ellos: los niños de lluvia podrían ser los más felices de la tierra si estuvieran solos en el mundo; pero hay los otros, los de sol. Estos no viven así, pacíficamente; se desarrollan con fe-

rocidad; tienen hambre de conquista y de superación brutal. No es mucho lo que avanzan en la vida, pero sí mucho lo que destruyen y hieren en su afán de avanzar. Los niños de lluvia los miran desde lejos, para ver si podrían hacerlo igual. No les temen ni son tímidos, como lo han creído los psicólogos de profesión. Se saben mejores, pero son demasiado conscientes para decidirse a competir en una lucha así. Además, hay en los niños de lluvia como una derrota anticipada: su propia sensibilidad. Luchan un poco, y se retiran resentidos; tal vez, aprendiendo ya lo que significa odiar. Y ocurre que odian con toda el alma; y admiran también; y a veces, llegan hasta amar, que es excesiva la preocupación que da el odio para que no se identifique algún día con la del amor. Y es así cómo los niños de lluvia, que se sienten ya hombres en su soledad, llegan a ver en los otros a unos niños pequeños e inconscientes, compañeros que no consuelan pero que dan calor a sus almas pensativas con la efervescencia de su vivir. Por esto, no es una simple imagen la que nos lleva a llamarlos: Niños de Sol; ni es una simple casualidad la que pone en boca de los otros la palabra: amistad.

Daniel era, sin lugar a dudas, un niño de lluvia. De no serlo, habríamos podido relatar su vida diciendo: nació, jugó, fué a la escuela y se hizo grande.

Daniel casi no jugó en su infancia — esto es muy importante —, no jugó debido a que nadie (menos los chicos que los grandes) quisieron colaborar en su fábula interior. De adulto pudo jugar mucho más, porque los adultos, más pesados y espesos, apelaban mucho menos a la destreza y a la astucia. Los juegos de Daniel venían de la imaginación y de los placeres inefables que podía proporcionarle el mito cuando era recibido con toda seriedad. Daniel fué Rey, Caballero del Temple, Obispo y qué sé yo cuantas cosas más. Tanto de niño como de adulto, Daniel vivió vidas innumerables, con todas sus pasiones, angustias, puntos de vista; en una palabra, vidas completas. Cuando, mucho más tarde, nuestro niño hizo de la *expresión* el objeto de su vida, estas experiencias de los juegos le fueron de gran utilidad. Por ahora le servían solamente para procurarle un placer intenso y para descubrir, lleno de sorpresa, que las gentes en general, y aun sus compañeros, no comprendían el significado de la palabra: placer.

Lo que llamaban así, era para Daniel apenas una distracción; casi siempre una necesidad (no olvidemos las jaleas de la abuela...); algo ajeno al lujo, obligatorio, como comer y dormir.

En cuanto a la astucia, Daniel nunca pudo distinguirla de la maldad.

¿Y la destreza? Bueno, una actividad tonta como una pirueta de monos en la jaula de cualquier Zoo...

Daniel no pensaba así. Su desprecio por la destreza era el reverso de su propia torpeza. Era torpe, aunque tal vez menos de lo que pensaba él mismo y los demás. Hubiera llegado a ser mejor si hubiera podido probarse sin la rueda de muchachos que se burlaban anticipadamente de sus fracasos; sobre todo, cuando jugaba al trompo. Nunca pudo lanzar el trompo, y nunca pudo librarse más tarde de la rueda, aun cuando ya no se tratara de lanzar el trompo.

En una ocasión, después de varios intentos fallidos, un compañero cogió del suelo un juguete de estos y se lo pasó a Daniel. Le brillaban los ojos al niño al ver el trozo de madera zumbador que giraba vertiginosamente en un vaho de colores superpuestos, resolviéndose por fin en un

gris de niebla. — “Pon la mano bien tiesa que te lo voy a echar...”

El muchacho, con un movimiento rápido hizo deslizar el trompo de una palma a otra. Daniel sintió un hormigueo insoportable de cosa viva que rasguña, perfora y se escurre con voluntad propia. Soltó el trompo con ira y se quedó sobando la mano contra el pantalón. El otro lo miró disimuladamente, con sorna. A sus pies el trompo daba los últimos estertores, y capaz de contradicción, giraba al revés antes de resignarse a la inmovilidad.

Era doloroso para Daniel ver que los demás jugaban al trompo con soltura y que él no podía hacerlo. Llegó a desearlo con fervor, como un don del cielo. Envidiaba y admiraba a la vez a los que se distinguían en campeonatos y luchas.

Sin embargo, nunca sintió envidia por los astutos. Le eran odiosos, como los comerciantes. Siendo el Comercio una profesión en que prima la astucia, Daniel sintió toda su vida un asco irresistible por la palabra “negocio”. La astucia era un *negocio* que encerraba todos los demás y que para el niño se presentaba como una especie de cobardía, traición, mentira y doblez de ánimo; sobre todo, una prueba de espíritu utilitario; algo *muy comercial*.

Por aquellos días coleccionaba estampillas de correo como todos los niños de su edad. Era sabido entre los amigos lo fácil que era “engañar” a Daniel pasándole sellos hermosos por sellos valiosos. El lo sabía, pero le gustaban los sellos grandes, de bellos colores, con vistas panorámicas o motivos novedosos. La Madre, que se inclinaba del lado práctico como todas las madres, lo reconvenía, y él se escandalizaba de verla así, desvergonzadamente, en el partido de los astutos.

— ¡Pero si te están robando! . . .

— Puede ser, Mamá; pero yo no estoy negociando.

— No es necesario negociar para no dejarse robar . . .

— Pero es necesario quedarse con los sellos feos.

— Son los que valen más.

— Bueno, Mamá, entonces, si he de atesorar lo que no me gusta, es mejor que no haga colección.

Porfiaba, y era para él un goce inmenso ver llegar “al astuto” con sus hermosos sellos baratos que Daniel clasificaba con pasión, limpiándolos, pegándolos en el álbum en grupos artísticos, mientras el otro, con una sonrisa diabólica, partía casi sin despedirse llevándose sus horribles sellos valiosos escondidos en el bolsón. Daniel lo

miraba alejarse, feo, opaco, sin otro ideal que su dinero. Se quedaba pensativo, burlado; pero, en el fondo, feliz de pensar que una vez terminadas las tareas podría encerrarse en su pieza para contemplar a gusto los últimos canjes de la colección.

¿Olvidemos, mejor, que hay dos clases de niños?



## V

BONJOUR, LA TERRE!

**A**LMOFRÉ debe ser una palabra árabe.

Daniel no lo sospechaba siquiera ni habría podido interesarle. Para él, *los almofrés* eran simplemente unas lonas inmensas con mucha correa y hebilla, que se amontonaban, flácidas, a lo largo del corredor en aquellos días sofocantes que precedían al veraneo.

El patio vibraba bajo una lluvia de sol casi sonora y las palmeras defendían valientemente los restos de humedad que les dejó el invierno. Eran esos días luminosos en que la abuela vestía una extraña blusa muy fresca, de cuello abierto, y recogido el ruedo en torno a la cintura por encima de las faldas. Un regocijado anuncio de las vacaciones esas blusas de percal, junto con

la resurrección de los almofrés, y la brisa, allá arriba batiendo el telón en un oleaje de luces y sombras.

¡Y qué fuerte cantaban los canarios y jilgueros en sus jaulas de caña! Se hubiera dicho que el calor buscaba su propia música para mostrarse más sonoro todavía y alborotado. En medio de ese concierto solía aparecer la Madre vistiendo su *matinée* de encaje y llevando una pequeña regadera para aliviar las plantas sedientas y medio marchitas. En el comedor, la *niña de mano* colocaba la mantequilla en un plato hondo que luego llenaba de agua helada. Todo se hacía en vista del calor. Era la hora de la siesta, del pito del heladero y del organillo que rompía el silencio de las calles desiertas. Sus melodías venían empujadas por el viento sobre otros techos y patios de las casas vecinas. Daniel no sabía por dónde pasaba la música del organillo, y de tanto ignorarlo terminó por suprimir el obstáculo, de manera que el sonido se acercó sensiblemente y hasta parecía emerger detrás de las tejas del patio, como si ellas dieran directamente sobre la calle, más allá del cielo azul, o como sobre una extensión transparente que habría podido ser el mar.

Porque el mar tan deseado ya comenzaba a estar presente en el espíritu de cada cosa. Cuando el sol bajaba un poco, salía la abuela de su siesta con un abanico en la mano (muy ordinario, de aquellos que se quiebran con unas cuantas batidas) y comenzaba a dar voces para que las sirvientas la ayudaran en la tremenda faena de trasladar su casa hasta la playa.

Los inmensos almofrés recibían los colchones (en aquellos tiempos los viajes eran “con camas y petacas”) y de simples telas vacías se transformaban en fardos imponentes que Daniel miraba desde abajo, como se mira un elefante. Hasta ahora le resulta un misterio saber por qué puertas pasaban aquellos monstruos y qué vagón de equipaje era capaz de recibirlos.

En seguida venía el turno de las *maletas-mundos*, las enormes cajas de lomo curvo con chapa de bronce, largas correas, y mucha etiqueta amarillenta pegada con engrudo.

Ningún *mundo* tenía su llave. Era de rigor guardarlas todas mezcladas en una caja de cartón que había llevado en otros tiempos jabones de violeta. Cada año se repetía la prueba minuciosa de las mil llaves hasta dar “con la llave que le hacía”. Había miembros de la familia especializados en este arte: “A ver, déjame probar a mí”. Y se co-

locaban frente al baúl con el manojo de llaves, hurgando y hurgando hasta que la cerradura sonaba, anunciando el triunfo. Aparecía entonces el interior de la maleta lleno de polillas y viejos periódicos que sirvieron para envolver la ropa del verano anterior

El sudor corría por cada frente. Las sirvientas se afanaban llevando las pilas de sábanas, manteles, vestidos de señora. —“Niña, ese traje de baño está apolillado; déjalo ahí, que en Viña me compraré otro”. Y el pobre traje ridículo, de color cobalto y anclas en el cuello, caía tristemente al suelo con el calzón absurdo de vuelos ribeteados. Ahí quedaban entre los papeles viejos, los “gangochos”, entre los pies de los cargadores que venían por la tarde a llevarse los bultos “para mandarlos por equipaje”. La casa entera quedaba embalada. Por la noche, en la mesa, casi no había platos en que comer.

Si las vacaciones se iniciaban con la palabra *almofré* podríamos decir que se continuaban con la palabra *chalet*. Un chalet, en 1910, era una construcción liviana, generalmente en tabla machiembreada, con dos o tres pisos muy altos provistos de cornisas, filetes y coronaciones de toda

índole, calcadas en los modelos más representativos del mal gusto. Las piezas, muy grandes y caprichosas debido a las entradas del techo y a los salientes de las ventanas, tenían uno o varios caires de hierro, una mesa redonda con carpeta verde, y un peinador descolorido, provisto de un juego de lavatorio en porcelana floreada. El chalet de la bisabuela de Daniel (vivía aún) tenía, además, unas ventanas-guillotinas que se estremecían durante largas horas en los días de viento sur.

Cada chalet de entonces estaba rodeado de un jardín con fucsias, papayos y floripondios. Los caracoles dejaban sus largas estelas de mica a lo largo de los senderos.

Había algo muy tierno y añejo en aquellas residencias veraniegas: desde el paragüero "art nouveau", hasta la percha del dormitorio donde colgaba algún sombrero de *Paja Italia* con largos velos de excursión para proteger el polvo de las damas del polvo del camino. Junto a esta prenda "1900" colgaba el balde de lata de Daniel y su pala de arena.

En el salón con olor a herrumbre de mar dormían unas viejas cortinas, unos visillos quemados y el piano, que con la soledad del invierno y la humedad, se había forjado otra escala armónica

de la que estaba en uso en los pianos santiaguinos. Así, el Minuet de Paderewski tocado por la tía en la primera velada de enero tenía unos acordes más agrios que los frutos del papayo nacido a la sombra del kiosko.

Daniel llegó al chalet de la calle Viana bastante molido y desorientado. El viaje en tren de Santiago a Valparaíso no era mucho más largo entonces que ahora, pero nuestro niño se cansaba más. Tal vez por la hora absurda de la levantada. La abuela exigía que todos estuvieran en pie a las cinco de la mañana y que llegaran a la Estación Central a las siete. (No existía todavía la Estación Mapocho.) Todo esto acompañado de gritos, carreras y sirvientas que se perdían. A veces partía el tren sin que llegaran las extraviadas perpetuas.

Durante el viaje se comía mucho — no sabemos por qué —: un “ave” fría, huevos duros; luego el queso de cabra de Til-Til, las pasas del Huasco y la “chancaca de Payta fina” que compraban por la ventanilla en la estación de La Callera. El diluvio frutal de Quillota venía después. Las “lepasamos” hacían *su agosto*, introduciendo canastillas, bolsas de papel cartuchos llenos de fruta (“¿Le pasamos las ricas chirimoyas? ¿Le pasamos las paltas, damascos y lúcumas?”)

En Quilpué, el aire ya hacía presentir el mar. Pero éste no era visible sino mucho más tarde. Al llegar a la estación de Viña, hasta los labos se ponían salados, pero el mar seguía oculto. En la calle Viana tampoco se le veía. Luego, para mayor dificultad, la abuela los encerraba a todos "*para que no se arrebataran con el aire*". A la playa no se podía ir sino tres días después.

Quizás por sugestión, o por el deseo de ver el mar que lo agujijoneaba en todo momento, Daniel no podía conciliar el sueño las primeras noches. Hasta muy tarde sentía estremecerse las ventanas con el viento sur y estaba atento a los ruidos de los trenes: un retroceder y avanzar sin asunto, entre silbidos de palanqueros y colisiones que se repetían como un eco.

El día tan esperado para ir a la playa llegaba por fin. Pero era un suplicio más: partían en un coche americano con todos los vidrios cerrados y se quedaban ahí una buena hora sin bajarse, mirando el mar y a los otros niños que jugaban descalzos haciendo castillos de arena y *cachañas* a las olas. Cuando nuestro niño recibía la autorización para bajar, ya no tenía deseos de hacerlo, como le ocurría siempre. Desde entonces, Daniel ha observado que la vida es así: una perpetua espera con los vidrios cerrados, mientras la san-

gre arde por realizar una idea o un deseo; luego, cuando se alza el obstáculo, el mundo ha cambiado, el corazón ha perdido su empuje y las mañanas su frescura. Si la vida no fuera tan variada y llena de sorpresas, Daniel habría renunciado hace tiempo a una lucha que entrega su premio cuando ya no sabemos qué hacer con él. Más tarde — mucho más tarde — supo que el amor empleaba el mismo ardid: la fuga que retarda el placer y que, según los Niños de Sol, lo acrecienta. Para Daniel resultó un aspecto nuevo de la estupidez y crueldad humanas; un motivo de impaciencia y de cólera que en el mundo suelen llamar “coquetería”. Hay toda una humanidad impotente y desprovista de imaginación que logra vibrar gracias a la coquetería. Daniel era demasiado fuerte y apasionado para encontrarle alguna utilidad.

En aquellos días eran frecuentes los paseos al Puerto. A Daniel le fascinaban. Aquel viejo Valparaíso del muelle de madera con la campanita en el extremo, los antiguos malecones de tablas y la casa de Cochrane, eran testigos tan vivos de una vida pretérita que el niño sentía el presente de entonces esfumándosele en el pasado como si

le fuera dado adentrarse en un futuro que le permitiera contemplar su propia infancia con la nostalgia de las cosas perdidas.

En cuanto terminaban de almorzar se encaminaban a la estación de Viña en una *victoria* desvencijada, con olor a caballo mezclado al fuerte olor del mar. Pero más a menudo era al paradero de los "carros" donde se dirigían (los tranvías podían tomarse a cualquier hora).

Todo el largo recorrido a Valparaíso era una fiesta para Daniel: curvas interminables, recuas de mulas, botes de pescadores entre redes, gaviotas y una mar muy sucia. Tardaban una eternidad en avistar la Torre del Barón; por lo menos una hora, ya que era preciso aguardar al otro tranvía en los cruces y, a veces, soportar esas esperas en pleno Matadero de Portales, sofocados por el polvo del camino y el olor nauseabundo de los desperdicios.

Terminado el viaje, la familia establecía su cuartel general en la *Plaza del Orden* (Aníbal Pinto). De ahí se encaminaban a las tiendas extranjeras: Riedel, la zapatería Pepay, Burmeister. De todas ellas, Riedel era la tienda favorita de Daniel porque tenía un sistema de carritos aéreos que corrían por un alambre desde las Secciones

hasta la Caja, llevando y trayendo el importe de las compras y el vuelto.

La Pastelería Pumpin servía de término a estos trajines. Ahí, entre helecchos artificiales y mesas de mármol, servían el té y unos helados famosos acompañados de pasteles. Daniel sufría de unos males imaginarios que le inventaban sus familiares, de manera que no podía probar ninguna golosina; sólo una infusión muy simple acompañada de tostadas.

El mar, tentación máxima para el niño, era difícil verlo en estas excursiones; siempre “se hacía tarde” en las compras y había algún pretexto para no alcanzar hasta ahí. Daniel vivía rodeado de mujeres, y a las señoras no les interesa el mar de los puertos, que es de los hombres y para los hombres.

Lo presentía el niño cuando pasaban por ciertas calles que filtraban un olor a brea y a tabaco inglés por los respiraderos de los subterráneos y oficinas. Eran bocanadas de aventuras que subían de la acera. “¡Qué hediondo!”, exclamaban las señoras, llevándose el pañuelo a la nariz con grandes aspavientos. Daniel aspiraba con delic as un capítulo entero de la Isla del Tesoro. . .

Más allá eran los encuentros con la gente de mar. Pasaban los mocetones de nuestra Armada,

bajitos y morenos, vistiendo unos pantalones muy ceñidos arriba, y a la vez flotantes junto a los pies pequeños casi sumergidos en el paño azul. Era la época del uniforme antiguo, muy descotado y de mangas cortas que dejaban en descubierto los brazos morenos y lampiños. Daniel miraba a los marineros pequeños y le parecían niños, al igual que él (era muy crecido); pero al mirarse los brazos débiles y delgaduchos comprendía que estos otros tenían un prestigio mucho mayor debido a esos brazos nervudos y fuertes como atados de cuerdas.

Pero lo que colmaba sus sueños era el uniforme de los cadetes navales; las gorras, sobre todo, provistas de laureles dorados y con un ancla de plata. Casi todos eran muchachos como él, pero éstos llevaban pantalones largos y podían pasear solos, sin señoras, sin paquetes ni prohibiciones ni besos "delante de la gente". ¡Ah, quien hubiera podido ser cadete naval!

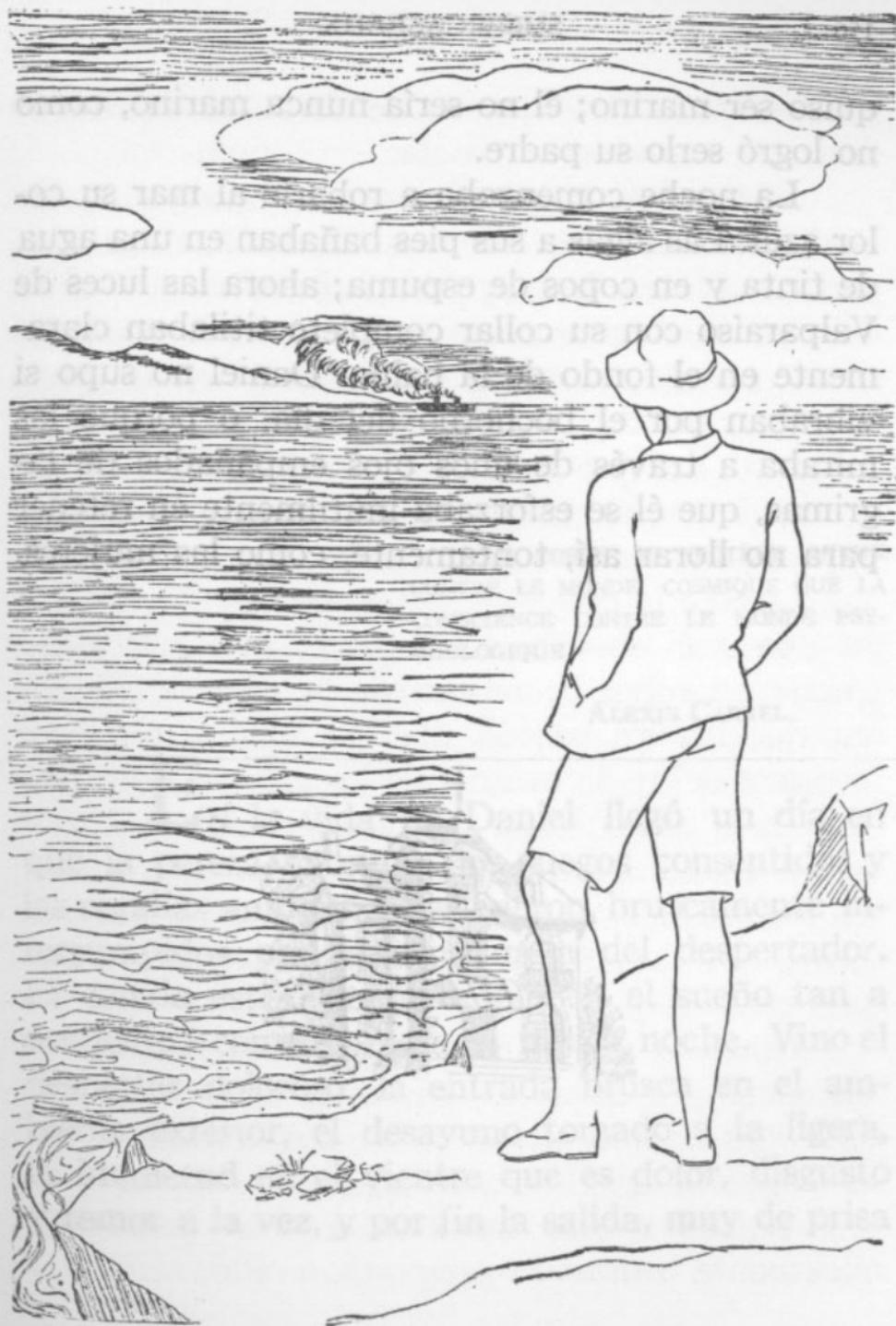
Comenzaba a anochecer cuando subían al tranvía de vuelta a casa. La última visión del Puerto era el ascensor que escalaba la grupa sombría de algún cerro llevando el *Sursum Corda* de su pequeña luz mortecina. Valparaíso iba quedando atrás entregado a sus misterios y a sus bar-

cos. Daniel se sentía arrastrado sin esperanzas hasta el viejo chalet de la calle Viana.

Así pasaban las semanas del veraneo. Había mañanas rutilantes en que “otros” se bañaban en el mar — a él se lo prohibían también — y en que las mamás atronaban el aire desde la carpa con sus: “No se lo dé tan largo”, “No se meta tan adentro”, “Sálgase luego que se va a *constipar*”...

Después venía la hora gloriosa de los barquilleros, de los juegos en las rocas y las rodillas magulladas.

Pero lo que Daniel prefería era el atardecer, cuando lograba desprenderse de los compañeros de juego e internarse solo por una roca que se adentraba en el mar. Ahí, en un pequeño promontorio, entre el ir y venir de las algas y la brisa que le azotaba el rostro, se quedaba largo tiempo contemplando el horizonte de fuego y la punta negra del viejo Playa Ancha. En una atmósfera gris-azul se perfilaban los cerros de Valparaíso mostrando tímidamente sus primeras luces. Un barco de la Sudamericana se perdía en la lejanía absorbido por la noche. Y Daniel miraba el mar con una fascinación que llegaba a infundirle pavor por los latidos desordenados de su pequeño corazón de niño: él quería ser marino; él siempre



quiso ser marino; él no sería nunca marino, como no logró serlo su padre.

La noche comenzaba a robarle al mar su color azul. Las algas a sus pies bañaban en una agua de tinta y en copos de espuma; ahora las luces de Valparaíso con su collar completo titilaban claramente en el fondo de la bahía. Daniel no supo si vibraban por el bochorno del día, o porque las miraba a través de unos ojos empañados de lágrimas, que él se esforzaba inútilmente en retener para no llorar así, tontamente, como las mujeres.



## VI

«LE CORPS SE PROTÈGE MIEUX  
CONTRE LE MONDE COSMIQUE QUE LA  
CONSCIENCE CONTRE LE MONDE PSY-  
CHOLOGIQUE.»

ALEXIS CARREL.

**E**N la vida de Daniel llegó un día en que la pereza habitual, los juegos consentidos y las regalías antojadizas se vieron bruscamente interrumpidos por la campanilla del despertador. El sonido estridente irrumpió en el sueño tan a destiempo como si fuera la media noche. Vino el despertar doloroso, la entrada brusca en el ambiente exterior, el desayuno tomado a la ligera, la inquietud en el vientre que es dolor, disgusto y temor a la vez, y por fin la salida, muy de prisa

y a medio peinar, cargado de libros por las calles desiertas tapadas de niebla.

Ir al colegio por primera vez es algo importante para un niño de estos; llevan la boca seca y el corazón les hormiguea en el pecho. A Daniel le ocurrió en esta como le ocurría en todas las cosas: pensó que era mucho más difícil ingresar a las aulas; que habría inscripciones, trámites, demoras. En el fondo, esta idea lo tranquilizaba porque le parecía poco probable que el tiempo sobrara para entrar a clase y para ser interrogado.

Llegó a la escuela y se presentó al Rector. La acogida fué amable, pero firme, con cierta re-tractación sobre la actitud de la víspera. El día anterior habían venido, él y su madre, para informarse del reglamento y de los últimos trámites. Ahí, en el Salón Rojo, frente a un enorme Cristo de mármol, el Rector se había presentado luciendo sus mejores galas. Ahora parecía decirle: “No me crea; fué toda una comedia. Ya le diremos lo que hay en realidad”.

Esta realidad la apresuró el Rector en forma alarmante. “Sígueme...”, le dijo, después de hacerle dos o tres advertencias terminantes sobre su conducta en el establecimiento.

— ¡Cómo! ¿Lo llevaban a clase ya? — Tímidamente insinuó la pregunta. — Pero... natu-

ralmente. ¿Para qué cree entonces que ha venido, hijo mío?

Torcieron por tantos corredores que Daniel no habría sabido volverse solo. De pronto el Rector se detuvo frente a una puerta y entró. Daniel por poco sigue de largo. La clase se puso de pie. Dirigiéndose al sacerdote que los cuidaba:

— Padre — le dijo —, aquí le presento a un nuevo alumno. . . — y se volvió a la derecha para hacer avanzar a Daniel. Daniel estaba a la izquierda. — Sí. . . precisamente. . . este niño — dijo al verlo por fin. — Excelente alumno. . . espero que se conducirá bien.

El profesor saludó, y sin soltarle la mano lo condujo a la banca que debía ocupar. Los muchachos miraban con curiosidad. Algunos cuchicheaban. Una sola mirada del Rector cubrió la sala de una onda de frío; subió su manteo con dignidad y salió con paso reposado. El último signo de contención antes de reanudar los murmullos, fué la suela de su ancho zapato sacerdotal que se mostró un instante en las gradas de la puerta. Después volvió la marea sonora y la voz angustiada del maestro: ¡Silencio, señores! ¡Silencio! A ver usted; siga leyendo la lección.

Un alumno se puso de pie y continuó: "*Curious looking animals are the zebra, the hippopotamus and the kangaroo...*,"

Vino el recreo.

La clase de inglés fué larga, interminable. Al final, cuando ya se creía libre, ocurrió lo que temía; lo interrogaron y tuvo que ponerse de pie frente a los muchachos para leer.

No lo hizo tan mal. En el terreno del conocimiento, de las ideas, él sabía defenderse; se atemorizaba en un comienzo, pero luego ese mismo temor le iba despertando el atrevimiento, comunicándole una especie de embriaguez a la inteligencia que se desperezaba y cogía un vuelo tan alto que hasta para él constituía una sorpresa.

No habría podido decir otro tanto del recreo. Instintivamente le vino a la memoria la imagen de aquellos niños insolentes que lo torturaban en la fiesta de su infancia. Es verdad que éstos eran más comedidos, pero aun así, cuánto doblez en sus intenciones, cómo rebosaban de egoísmo para con el colegial novicio: "Allá verás tú cómo te las arreglas". Por fin, la misma manía utilitaria, ese "comercio" que salía al encuentro de Daniel en todos los rincones de su vida con su

misma cara repugnante y ávida. Ellos también *atesoraban*: se desvivían por unas bolitas de cristal que hacían rodar por la tierra húmeda y pisoteada del patio; las coleccionaban con fruición esas pelotitas trasparentes llenas de inclusiones multicolores, como las jaleas de la abuela; las lanzaban con gozo sus pequeñas manos ágiles y maliciosas que, para Daniel, estaban rodeadas de un halo de obscenidad, de mugre y de tinta verde. Esta impresión era más fuerte que él; las manos de los colegiales se le antojaban tan indecentes como otras partes del cuerpo que las gentes consideran así: desde aquella manera canallesca y desganada de abrirlas para expresar un gesto obsceno, o el abandono que ponen para llevarlas a las narices u otras partes vedadas, hasta el modo suave y acariciador que tienen para cogerse de las gruesas cuerdas del gimnasio, todo le parecía preñado de intenciones, que no siempre ven los adultos, pero que entre los niños responden a la cábala muda de sus signos y costumbres.

Daniel los miraba jugar, tristemente apoyado en el muro del patio. En el segundo recreo, solamente, descubrió a otros niños como él, que sólo sabían mirar. Se acercó y les habló. Pronto conversaron con animación y se hicieron amigos.

Para Daniel, la frase *hacerse amigos* sonaba falsa frente a estos nuevos conocidos excesivamente graves y conscientes, provistos de anteojos y casi todos de una fealdad notoria. El hubiera querido ser amigo de los "otros", esos barrabases sucios que jugaban a la pelota o se dislocaban en la barra haciendo "la palomita". Pero era difícil; habría tenido que hacer otro tanto y le parecía imposible sobrevivir a la vergüenza de un fracaso.

Y Daniel suspiraba procurando olvidar estas cosas con el estudio. Sonaba la campana y entraban a clase. Ahí, en la sala fría, subían las exhalaciones de los cuerpos ardientes, agitados, como un vaho de humanidad que turbaba el alma. Miraba de soslayo nuestro niño, aparentando sumirse en la lectura, y veía correr el sudor por la mejilla del compañero: una huella negra de polvo y desaseo sobre la piel tierna, exuberante. Se decía entonces con austeridad que los otros, los barrabases mal hablados que jugaban al fútbol y a la barra, eran unos niños sucios e inmorales que no convenía frecuentar. No obstante, seguía preguntándose por qué, a pesar de todo, le parecían envidiables.

No debían parecerle así. Ellos eran, precisamente, los que más lo torturaban. Desde el pri-

mer día hubo chanzas y cuchufletas en torno al cabello largo de Daniel, que sus familiares, por una testarudez incomprensible, se empeñaban en conservarle. Las cosas llegaron hasta el extremo de que, en las filas, alguien se atrevió a darle un fuerte tirón a la melena, que Daniel soportó con entereza. Se volvió rápidamente para identificar al culpable, pero todos tenían la misma cara imperturbable de los santurriones. Daniel sufrió en sus adentros todo lo que puede sufrir un niño bajo el peso de la indignidad. Sufrió y calló; pero llegado a casa armó tal escándalo (los suyos lo miraban sorprendidos, casi sonrientes ante tamaña rebelión tan poco habitual en él) asegurándoles que no volvería al colegio si no le cortaban el pelo como a toda la gente... La Madre, espantada, se apresuró a echar abajo la melena rubia, sin contestarle una palabra.

De vuelta al colegio los muchachos le rodearon, felicitándolo por el cambio. — “Ahora que te quitaste esa lesera eres nuestro amigo; ven a jugar con nosotros, Daniel”. — Se fué con ellos, asombrado de que imaginaran que en este asunto había culpa suya y no de los padres. ¿Acaso ellos creían que él era libre? Sus compañeros lo eran, entonces, si podían hacer como querían. ¿Era cierto que había otros seres que se desarro-

llaban buenamente en una atmósfera de comprensión y alegría...?

Daniel lo entendió así, y esto le sirvió para agregar otro grano de arena al rencor que le iban despertando los suyos. Ahora, hasta sus antiguos verdugos le resultaban más cordiales y comprensibles: ellos no lo querían con melena, como las mujeres; eso era todo. Le molestaron mientras existió el motivo de la protesta. Ahora le recibían con los brazos abiertos y le dejaban sentir el calor de la fraternidad, estrechándolo bien de cerca, como él había deseado. A Daniel le pareció fácil explicarse estas cosas. Eran lógicas y encerraban amor. Pero la otra actitud, la de los suyos ¿qué explicación podía tener? Desde ese día, Daniel escuchó los estímulos que le venían del buen vivir cotidiano y fué sordo a toda insinuación que le llegara por la tradición.



## VII

«MON DIEU, MON DIEU, LA VIE EST LÀ  
SIMPLE ET TRANQUILLE.  
CETTE PAISIBLE RUMEUR-LÀ  
VIENT DE LA VILLE...»

VERLAINE.

**H**UBO aquí un cambio de casa—la expresión es insuficiente —, hubo un cambio de domicilio, de barrio, de familia, de costumbres: otra vida para Daniel. Dejemos de lado las razones que motivaran este trastorno; los niños no viven de razones, sino de sentimientos: vven de vida.

Una mañana muy temprano — fué durante las vacaciones, en enero — nuestro personaje se levantó angustiado y miró por última vez la vieja casona de la abuela donde por espacio de diez años se le había deslizado la vida tan suavemente.

Siempre fiel, con sus tres patios y sus palmeras desvencijadas, iba recibiendo el sol matinal en niveles progresivos que subían como una marea de luz. A las siete, ya comenzaba a iluminar la tercera palmera frente a su ventana; matemáticamente había sido así todos los días de su vida, salvo el atraso de los inviernos. A esa hora él solía abrir las puertas que daban al patio, y el aire nocturno de la pieza, cargado de vapores, se escapaba como grandes fardos de algodón que empujaba el torrente cristalino del alba.

Aquel día salió como de costumbre. Todo estaba alegre; él, muy triste. La casa repetía su decorado habitual con cierto cansancio bondadoso, pero al mismo tiempo, rebelde a todo intento de variación. ¡Ah, los hombres pasaban mucho más de prisa! Ellos, que se creen eternos, pasan. Ahora lo veía bien claro Daniel. Las cosas, las humildes cosas, ellas, permanecen y lo miran alejarse con cierta sonrisa interior.

Daniel se quedó un rato mirando las cornisas, el cielo azul, la teja gibosa que tanto lo atemorizaba cuando pequeño, y volvió las espaldas para no pensar más. Era la hora de partir; mientras más pronto, mejor. Tomó en brazos al *fox-terrier* (¿cómo pudimos olvidar que Daniel tenía un perro?) y subió rápidamente al coche

americano, seguido de la sirvienta. Ya arriba, hubieron de bajar otra vez para arrodillarse en la acera: pasaba en ese instante, con gran estrépito de campanillas, el viejo coupé del Santísimo. Daniel se inclinó, mientras procuraba tranquilizar al perro que ya levantaba la pata, aprovechando de la holganza.

Pasó y dobló la esquina, el Carro de los Angeles. Su campanilleo se perdió en el recuerdo de las pinturas que adornaban las portezuelas, y en la esclavina del cochero, demasiado blanca para sus labios gruesos y su pelo negro y tieso.

Tenía algo de ensueño esa mudanza de Daniel, tan solitario a esas horas tempranas, en camino hacia un barrio tan lejano, casi un campo en aquel tiempo. En el asiento de atrás iban él y su perro; al frente, la sirvienta y el saco de ropas. Más allá, al través del vidrio, la espalda del cochero, la grupa de los alazanes y la cordillera brumosa, al fondo.

Subían por la avenida Providencia.

La ventanilla abierta dejaba pasar el aire fresco y el canto del río. La sombra de los álamos cortaba rítmicamente el paisaje del Tajamar. En partes, faltaba el muro y era visible, entonces, un brazo del río relumbrando a borbotones en su lecho de piedras y de sauces.

Siguieron avanzando así hasta Pedro de Valdivia por un pavimento endiablado, que sacudía al coche en grandes tumbos que molestaban sobremanera al perro, ya cansado de darse empellones sobre el hocico contra el vidrio de atrás.

Eran los amaneceres de Pedro de Valdivia la primera nota nueva en la nueva vida de Daniel. En la "quinta" inmensa, el canto de los pájaros hacía las veces de un despertador capaz de infundir optimismo hasta en el sueño de un colegial. Comenzaban las diucas en el gris-azul del alba sus notitas breves, taimadas: algo muy fresco que habría podido oler a toronjil. Seguían los chincoles y zorzales que daban la señal para el gran alboroto: el enjambre sonoro e invisible que sacudía las copas negras de los árboles. Daniel despertaba, impaciente de ver salir el sol y poder así vestirse y correr fuera.

Las vacaciones en esta nueva vida eran, realmente, una delicia. Encerrado hasta entonces en la triste casona de la abuela, le quedada un mundo por descubrir: el campo. En esa quinta pudo gozarlo a su antojo. La naturaleza fué para él el juguete de su segunda infancia, el pretexto que

más tarde había de influir radicalmente en su vida, procurándole una filosofía personal del mundo y de la existencia que lo pondría en lucha contra sí mismo y contra los demás. Desde que estuvo en posesión de la arboleda, de los vastos parrones, de los intrincados caminos del jardín y, sobre todo, del zoológico doméstico, con la perrera, gallineros y conejera, el mundo de los hombres se le esfumó en el más completo desinterés. Durante años, la presencia humana había de actuar en su vida como una intrusa, una *trouble-fête* incapaz de proporcionarle nada nuevo, sobre todo, nada agradable. ¿Quiénes eran *sus* seres humanos? El jardinero prosaico que cogía burdamente las matas pequeñas y las plantaba, quebrándoles las hojas y dejándolas medio cubiertas de tierra; o bien, el que lanzaba el chorro estúpido de la manguera sobre el rosal, haciéndole llorar un torrente de pétalos blancos. ¡Los seres humanos! — ¿La sirvienta, por ejemplo (no la de la abuela: sirvienta de *casa nueva*) que cumplía las consignas a la letra, como paquetes hechos que no valía la pena desatar? ¿O bien, la familia; otros paquetes hechos, estos últimos imposibles de abrir? En todos encontraba gente ciega, incapaz de soñar, buenos solamente para fabricar reprimendas, esas gotas de vejez que paralizan

la alegría de los niños y los dejan un instante suspensos, preguntándose si vale la pena vivir.

Sí, la culpa la tuvo la naturaleza. Daniel en su antiguo medio habría desarrollado su astucia, su comprensión de los hombres (los hombres que se aprovechan de los hombres no gustan de la Historia Natural), habría sabido vivir entre ellos. Aquí en el campo, poco dado como era a entrar en vidas ajenas, prefirió alejarlas con horror o suplantarlas con esa facilidad que tenía para ignorar todo lo que no le caía en gracia. Su individualismo y su desadaptación llegaron a constituir una segunda naturaleza donde la vida exterior se hartó del ritmo de las cosas y de su poesía, y la interior, del pensamiento íntimo y del aporte intelectual que le proporcionaron sus lecturas.

Caso curioso el suyo: se hermanaban en él la poesía y la ciencia. Mucho antes de comenzar estos estudios en el colegio, ya recorría el jardín consultando un libro de Botánica, o se esforzaba en descubrir los amores de los conejos, esas misteriosas criaturas sin sexo aparente, como los ángeles... Hubo días en que corría descalzo por el pasto gozando del rocío de la mañana; tardes de verano en que se despojaba de sus ropas y con una ligera camisa de dormir se paseaba por la arboleda con un Virgilio en la mano; la brisa se

le colaba por las piernas, acariciándole el cuerpo, y era una delicia sentirla tibia en los brazos y muslos, y un poco más fría en aquellas partes de la piel que protege el vestido. Hubiera querido despojarse del todo, pero no se atrevía a hacerlo, por la familia; además, esa idea ya tenía otros alcances más profundos: una inquietud maravillosa que comenzaba a atormentarlo en cada partícula del cuerpo y que sería preciso llevar a otra parte, lejos de los hombres, allá en plena naturaleza donde la ley de su carne se confundiera con aquella de las plantas y de las cosas.

Por esos años, como decíamos, se apasionó por la Botánica y la Zoología. La Biología humana, en cambio, lo dejaba indiferente. Continuación, sin duda, de la indiferencia básica que sentía por la humanidad. Los animales, las plantas, sí que lo intrigaban; veía cierto espíritu de aventura en arrancarles sus secretos, como un viaje en tierra ignota. El hombre, en cambio, admirado en el fondo como un "otro yo" al cual lo ligaba la piedad humana y un poco de su ardor adolescente, perdía su significado en el plano biológico. Lo impresionaba, sí, en el plano aventurero, heroico. El era terriblemente sugestible, como todas las personas de gran sensibilidad. Creía a pie juntillas en todos los mitos que ponen en

juego los hombres con el solo fin de fingir un divorcio completo con la animalidad. A Daniel le habrían parecido más respetables e interesantes los hombres si hubieran sido "más animales". A estos últimos los conocía en su contacto diario y no podía desprenderse de la idea de que ellos eran más sanos, más lógicos, y hasta más puros. El niño no había podido convencerse todavía de que los hombres *son* animales; y en grado sumo. Para él, la animalidad que el instinto iba despertando en su propia carne era una monstruosidad incomprendible y única, de tal manera que su interés por el ser humano no podía desarrollarse libremente sin abarcar al mismo tiempo un complejo personal que él juzgaba perverso y desagradable. Fué por esta causa que su pasión por la Psicología y el Arte se vieron postergadas mientras no cesó esa ignorancia y que pudo hacer de su mente un centro de rebeldía contra las mil protestas de espiritualidad de que hacen gala los humanos. Para el niño de entonces constituían una tortura perpetua y en cierta manera un desencanto

De la mujer no supo ni le importó nada a esa edad, como ocurre en todos los adolescentes que no han tenido tiempo para aprender a mentir. Ajenas a sus juegos e ideales de aventura, forzosa-

mente masculinos; distanciadas por su espíritu de todos los estudios que comenzaban a apasionarle y que en ellas no habrían encontrado eco alguno; preocupadas de exterioridades y preponderancias sociales que le causaban hilaridad, las mujeres no podían ocupar entonces el más pequeño sitio en el alma de Daniel. Cuando más, el que correspondía a sus parientes: primas y tías, pero esto ya era otro mundo: un *Estado Mayor* sin relación alguna con los *juegos de cuartel*; personajes de otro planeta; verdaderas excéntricas llenas de autoridad. Cuando más tarde (en las vacaciones de la costa, al año siguiente) se enamoró de una prima suya, Daniel se vió en aprietos para explicarse las causas que habían motivado esa explosión sentimental. La sensualidad estaba ausente y caminaba *por su lado*, repitiendo el mismo *leit motiv* estereotipado e inconfesable. Ella era otra cosa. Sólo sabía que la amaba. ¡Oh, cuánto la amaba!... En realidad, comenzaba *a amar al amor* sin comprender que la persona es el pretexto de los ojos para dar rienda suelta a la vida; ésta se posesiona del espíritu a su debido tiempo sin cambiar nada en lo demás, y es por esto que Daniel no habría podido comprender la entrada de la mujer en su vida sin constatar, al mismo tiempo,

que las viejas pasiones de su adolescencia seguían igual.

En cambio, cuanto descubrimiento hizo en ese año, viviendo entre los prados y arboledas con el libro de Historia Natural que lo seguía como un breviario. Ya no había una hoja que no le entregara sus nervuras y sus estomas; una flor que no le enseñara sobre el sexo más que todos los tratados de moral. Sentía palpar la savia en las yemas de primavera y se entretenía en poner a prueba la memoria de las hormigas, colocándoles obstáculos para la vuelta al nido. Con los años, llegaron a serle tan familiares las leyes eternas que rigen a los seres; su mente llegó a comprender y prever tan bien las combinaciones sabias de lo inconsciente que, poco a poco, el mundo de los hombres y de sus mitos se le antojó una demencia peligrosa, o, por lo menos, una majadería hija de la ignorancia y de la maldad.

¡Qué difícil es llegar a educar a un niño así!  
¡Elevarlo a la altura de la moral social, obligándolo a descender de los principios que la naturaleza acredita como eternos! Es, sin duda, un caso único el suyo: corrupción provocada por la verdad, que sólo puede corregir la educación asesorada por la mentira...

Dijimos que Daniel se había nutrido también de sus lecturas. ¿Cómo llegó a sus manos una obra literaria? Deberíamos repetir aquí esa historia misteriosa de la lectura espontánea, allá en los tiempos de su infancia, junto a la abuelita. Así como Daniel aprendió a leer sin que se lo enseñaran, un buen día compró “Los Natchez” y un Virgilio sin que se lo aconsejaran. Ya había leído historias de Julio Verne y del Capitán Mayne Reid. Virgilio era otra cosa — era él quien se lo decía —: era la primera revelación de la belleza literaria para su instinto dormido.

Bajo los castaños inmensos; tendido sobre la hierba a la hora en que las cigarras dejan caer su lluvia sonora sobre la resolana verde, Daniel recitaba con devoción:

*Yo mismo cogeré para ti los frutos blanquecinos de tierno bozo,*

*Y las nueces de castaño que tanto amaba mi Amaryllis*

Otras veces, después de comida, en aquel hall 1914, arrellanado en el comfortable *Maple* de cuero, al lado de los espantables *rocking chairs* y del escritorio en roble americano, se sumía en la lectura de *Los Natchez*. Con las piernas arriba del mueble, desnudas y rasguñadas, como troncos

robustos que salían del pantalón demasiado corto y estrecho; con su mechón de pelo castaño sobre la frente contraída y algún dedo en la nariz buscando no sé qué término a su impaciencia, se extasiaba sobre el libro leyendo con avidez:

“¿Tienes un amigo? — decía el hermano de Celuta acercándose a él y mirándolo en los ojos:—No me vayas a mentir” — “Digo la verdad”, respondió el Illinoa. “Pues bien — exclamó Utugamiz, botando su puñal, después de haber acercado a su oreja la cadenilla de oro — “pues bien: agradece a este Manitú que acaba de ordenarme que no te mate. No se dirá jamás que Utugamiz, el Natchez de la Tribu de la Serpiente, haya separado nunca a dos amigos. ¿Qué sería de mí si tú me hubieras privado de René? ¡Ah! sería un pobre corzo solitario. ¿Ves ¡oh Illinoa! lo que pretendías hacer? Tu amigo habría quedado así... Y se habría ido solo por el desierto murmurando tu nombre...”

Daniel interrumpía la lectura y se quedaba meditando en el silencio del hall, frente al jardín obscuro.

La Madre tejía al compás del Westminster, desgranando sus puntos como latidos.

— Ya es tarde, niño; ándate a acostar.

Daniel se levantaba rascándose la cabeza y se iba a la pieza pensando con satisfacción en la obscuridad de la cama que haría revivir, sólo para él, esos personajes tan queridos de *Los Natchez*. Se desvestía lentamente frente al espejo del ropero para informarse con minuciosidad de las novedades que la adolescencia iba aportando a su cuerpo fino y erecto, demasiado sensible tal vez en torno a las tetillas ardientes, que volvía a contemplar, como en la infancia, con un vago sentimiento de pavor.



## VIII

«A LOS SIETE AÑOS ME COMPRARON UNA BICICLETA; DESDE ENTONCES, NADIE ME HA VUELTO A VER.»

PAUL MORAND.

**E**STABA todavía en la vieja casona de la calle Huérfanos cuando el abuelo decidió comprarle la primera bicicleta. Daniel la había solicitado desde largo tiempo y con mucha prudencia; sin forzar la nota ni llegar a ese acto humillante que es la imploración. Al salir de paseo con los suyos había visto unos modelos nuevos, negros y plateados, que brillaban bajo el sol esplendoroso de la Plaza Brasil. Eran una tentación grande. Contemplaba a los muchachos que cabalgaban ágilmente en sus bicicletas y le parecía imposible que él, algún día, pudiera hacer otro tanto. Pero

el aprendizaje era lo de menos si lograba poseer, siquiera, la codiciada máquina.

Le comunicó sus ansias a la tía. Esta le aconsejó que hablara con el abuelo. Le habló. El anciano lo miró fijamente por debajo de aquellas cejas pobladas que casi ocultaban los ojos claros, tan tiernos y testarudos. Daniel no recuerda si sonrió o si colocó el asunto en el clima de alta tragedia que era habitual en la familia. La respuesta fué favorable; luego, debió sonreírle con bondad. Lo que sí recuerda muy bien fué el plazo fijado para la adquisición: Para cuando *abrieran* Gath & Chaves.

Tuvo que esperar un mes.

Daniel ardía de impaciencia y sufría lo increíble, porque este niño nunca supo esperar. Podríamos creerlo antojadizo y consentido, dos defectos propios de los impacientes; pero no era así. Daniel habría sabido esperar si, por una modalidad propia de su alma, no hubiera sentido una extraña angustia que le transformaba la alegría en dolor. La espera lo hacía retroceder terriblemente en el tiempo. No sabía ponerla de lado, como hace todo el mundo; él la incorporaba al devenir, de tal modo que todo se le esfumaba, dejándole la vida consagrada a una sola causa sin esperanzas. No podía dormir, ni comer, ni jugar:

nada, sólo esperar. Nadie podría soportar este amargo ejercicio que colocaba a nuestro niño en un vacío oscuro y perfecto, con un punto luminoso en el extremo que retrocedía indefinidamente. Daniel sentía que, a fuerza de cansancio, el deseo se le escurría entre los dedos como una riqueza mal administrada. Hubo momentos en que casi no habría podido afirmar si deseaba la bicicleta.

No obstante, esperó resignado.

Un día vinieron a decirle que "se arreglara" porque debían ir a Gath & Chaves para elegir el juguete. Recibió la noticia fríamente, aunque sentía bullir detrás de él, como en alguien que le fuera ajeno, el viejo ardor de su primer deseo.

Llegaron a la tienda. Eligieron una máquina que habría colmado su alegría si la hubiera visto en poder de otro, en un parque cualquiera. Aquí le parecía *poca cosa* debido a la lista larga de máquinas mejores que fueron viendo por turno, y que era preciso rechazar "porque no estaban en el precio".

Las costosas eran bellas más allá de toda ponderación. No habría imaginado nunca que las hubiera tan atrayentes. Todo su viejo proceso de desaliento se le quedaba atrás, interrumpido por este nuevo descubrimiento. El deseo, reanimado,

volvía a surgir como la primera vez; pero ¡ay! para volver a morir...

Daniel era un muchachito valiente que no se echaba a morir por tan poco. Le era preciso reaccionar rápidamente si quería conservar algún rezo de su alegría. Y reaccionó. Le era preciso amar esta otra bicicleta, y la amó *porque era suya*.

Se encaminaron a la Caja. El abuelo sacó la libreta de cheques y, lentamente, con gran ceremonia, trazó la firma y la rúbrica aparatosa. El cajero cogió el cheque y miró:

— Siento mucho, señor, pero deberá pagarme en efectivo: no conocemos la firma.

Los ojos del abuelo despidieron relámpagos y las grandes cejas se engrifaron de una manera pavorosa:

— ¡A mí, a mí! — repetía golpeándose el pecho que resonaba como una coraza. — ¡A mí rechazarme un cheque! ¡Mequetrefe! ¡Mentecato!

Cogió la libreta y el bastón con mano temblorosa y, rojo de cólera, comenzó a armar tal alboroto que Daniel, despavorido, tomándolo del brazo, le dijo: “Vámonos, mejor, abuelito”.

El abuelo optó por salir, echando chispas y gritándole al cajero: “¡Guárdese su bicicleta de

porquería y aprenda a conocer a la gente, el godo atrevido!”

El abuelo llamaba “godo”, aunque no fuera español, a toda persona que le provocaba ira.

El recorrido hasta la casa fué un largo calvario para el niño. El abuelo no pensaba en la pena horrible de su alma pequeña, sino en la afrenta que, según él, le habían inferido. El niño no entendía de cheques ni de firmas conocidas: sólo sabía que durante un mes no había hecho otra cosa que sufrir, que seguía sufriendo y que, a fin de cuentas, se había quedado sin la bicicleta... Las calles se le bamboleaban y todo lo veía turbio al través de sus lágrimas.

Debió ser muy grande la impresión que le causó esta escena, porque la recordó siempre en todos sus detalles: “¡Quédese con su bicicleta de porquería... de porquería... godo atrevido... a mí, a mí, rechazarme!...”

¿Cómo se arreglaron las cosas para que la bicicleta llegara a la casa tres días después? No lo recuerda bien. Algo se habló en la familia de excusas del Gerente, reparación de la ofensa, rebajas... Lo cierto es que llegó y que Daniel no supo qué hacer con ella. La casa era estrecha para aprender a manejarla; a la calle no lo dejaban salir solo, por temor a “los carros”; las plazas...

las plazas estaban mal frecuentadas y no convenían a un niño "de familia".

Se quedó, pues, mirándola, acariciándola, y hasta se retrató sobre ella, mientras se sostenía disimuladamente con una mano de la perilla de la puerta, para no caer. Nunca supo el fin de esa bicicleta. Recuerda solamente que, como lo temía, jamás logró aprender a equilibrarse sobre esas dos ruedas endemoniadas.

Pero pasaron los años, el niño se transformó en el adolescente, y vino esa quinta en Pedro de Valdivia. Sabemos que era grande; un vasto velódromo para las ansias ciclistas de Daniel. Tuvo, pues, otra bicicleta, y esta vez aprendió rápidamente su manejo.

Fué todo un mundo el que se abrió a su espíritu. Descubrió (nadie lo había descubierto así) que la bicicleta era el medio más apropiado para volar sin desprenderse de la tierra. Es verdad que en ella se sustentaba, pero aquí subía, bajaba, se inclinaba a derecha e izquierda como si todo su cuerpo se hubiera tornado inmaterial. Y qué hermoso era sentir el aire perfumado de la mañana azotándole el rostro, cantándole en los oídos, mientras aspiraba el olor del pasto seco en el fondo de la quinta, o cuando se deslizaba como una exhalación por las avenidas bordeadas de

retamos floridos. Ya sabía la inclinación que era preciso dar en los virajes para no resbalar; conocía pasos estrechos, por donde no cabía un pie, y que él atravesaba de un soplo, como si no tocara la tierra. Y cuando venían las primeras lluvias, y que el aire se saturaba de emanaciones frescas e imponderables, ¡qué glorioso era oír el murmullo del caucho grabando en la tierra húmeda la huella complicada de los mil dibujos de las ruedas! Hasta la vaca que pastaba en el prado del fondo se volvía mansamente para verlo pasar. ¡Y qué alboroto de gallinas cuando venía de arriba, aprovechando la inclinación del terreno, y que cruzaba a pedal libre por el grupo de aves siempre tardías para adivinar el peligro! No, sin la bicicleta, el mundo de su adolescencia no habría podido tener el significado que tuvo. ¡Oh, qué feliz era en esos años!

Solía alejarse, también.

La propiedad comunicaba por el fondo con los potreros de un fundo vecino. Daniel partía a la descubierta, corriendo y corriendo. Ya lejos, miraba hacia atrás, y la quinta se le aparecía pequeña, aunque, en cierta manera, más grande también por la variedad de caminos, curvas y puentecillos. Aquí el panorama era un tanto monótono: una larga avenida de álamos que sepa-

raba dos potreros sembrados de cebada y alfalfa.

En cambio, este paisaje tenía el prestigio de la soledad.

Daniel descubrió la soledad en estas andanzas y su alma se sintió turbada hasta lo más íntimo. Su condición pedestre lo había obligado hasta ahora a una sumisión física de la que era difícil escapar. La bicicleta le trajo una revelación inesperada: era posible huir rápidamente, aislarse, ponerse fuera del alcance de la mirada familiar.

Pedaleó mucho, con la vista clavada en esa cordillera que se destacaba al fondo como un muro cerrado a toda evasión. En una curva se detuvo y miró alrededor. Estaba solo. Los tiuques en lo alto de los viejos álamos lanzaban sus gritos desolados que parecían salir de los canastillos rojos del quintral. Hasta donde se perdía la mirada no había un habitante. En el potrero de la derecha algunos potros pastaban haciendo resonar sus cascos y azotando la cola para espantar las moscas. Algunos de ellos estaban excitados, pero el fuego de sus entrañas — lo observó Daniel — no parecía perturbarles mayormente el ansia de comer. Seguían pastando con tranquilidad y ni un solo animal advirtió su presencia. Daniel tuvo la sensación de ser invisible. Bajó de

la bicicleta, la escondió entre unas malezas, y penetró resueltamente en el potrero de la izquierda; el que estaba sembrado de cebada. Las altas gramíneas le llegaban más arriba del pecho. El muchacho avanzó abriéndose una estrecha senda por ese mar de espigas rubias que se alzaban rectas hacia un cielo de cobalto. La brisa ardiente pasaba de tarde en tarde agitándolas en un oleaje suave y ondulante. Estaba solo. Se lo decía el corazón al golpearle las sienes con toda la intensidad del silencio. ¿De qué le habrían valido sus catorce años si no hubiera comprendido la voluptuosidad de tenerlos en medio de un campo de espigas? Daniel retiró su chaqueta, la tiró al suelo y escuchó: nadie; sólo una langosta saltando entre las raíces resecas, y una mariposa blanca que pasó allá arriba como un pedacito de papel que arrastra el viento.

El muchacho, de un tirón, arrancó su camisa, el cinturón, todo. Quedó desnudo bajo el sol quemante y las espigas que le cosquilleaban burlescamente la piel. Se tendió cuán largo era en la paja resbaladiza y se revolcó deliciosamente oliendo la tierra, olorosa como su cuerpo. Exasperado de felicidad, arrancaba las matas a puñados con rabia gozosa, frenética. . .

Se estaba poniendo el sol cuando volvió a la quinta dejando una nube de polvo a lo largo del camino. Miraba el campo con mirada tierna, como agradecida, y sentía extrañado que la bicicleta no le obedecía tan bien como otros días: ahora le temblaban las manos. ¡Qué hacerle!, había tomado demasiado oxígeno en el pecho, y el aire suele embriagar como el vino, o como la juventud...



## IX

«ILS SONT NULLEMENT DÉGOUTANTS, MESSIEURS, MESDAMES, PUISQU'ILS ONT ÉTÉ PRÉSERVÉS DANS LA CHAUX, COMME VOUS LE VOYEZ, ET DEPUIS PLUS DE CINQ SIÈCLES... LA CHAIR A ÉVIDEMMENT DISPARU... SEULE LA PEAU LEUR EST RESTÉ APRÈS, MAIS ELLE EST TANNÉE... ILS SONT NUS, MAIS PAS INDÉCENTS.»

LOUIS FERDINAND CÉLINE.  
*Voyage au bout de la nuit.*

**D**os largas filas de muchachos caminando en silencio. Entre ellas, tan pronto andando de frente como retrocediendo, los sacerdotes encargados de la vigilancia. Libreta en mano, miraban por encima de los lentes anotando cuidadosamente las faltas a la disciplina o los desacatos a la "moral". Así iba todo el colegio a Misa, di-

vidido por secciones. A veces, la marcha se hacía más lenta y las filas se estrechaban poniendo el pecho del que iba detrás en contacto con la espalda del que lo precedía; las bocas quedaban junto a los oídos: "Oye, pásale este papel al guatón Santelices", o bien: "Corre la bola de que nadie se siente en la clase del Gringo".

Entraban a la iglesia. De dos en dos doblaban la rodilla delante del altar y se iban a ocupar sus puestos en las bancas. Las miradas de los padres - inspectores cruzaban el ambiente, como saetas.

Daniel era un muchacho educado. No habríamos podido afirmar si era piadoso. Es verdad que la ceremonia de la Misa y de la Comunión general tenían para él un sello de gravedad que ningún hombre decente podía desconocer. Ahí dentro, en la media luz del templo, rodeado de imágenes polvorientas que se destacaban penosamente en la penumbra de los altares laterales; frente a ese Altar Mayor resplandeciente de limpieza y de luz, él sentía un vago sentimiento de respeto. No era religión, todavía; menos, cristianismo: nada sabía de la paternidad de Dios (no podía saberlo sin haberlo experimentado nunca en el cielo ni en la tierra); el templo no representaba para él — como debía serlo — el hogar

de la familia humana, cuna de fraternidad y de abandono; era algo terrible y augusto, lleno de zozobras e inquietudes; un lugar inviolable donde los pensamientos y las actitudes de los muchachos, comunes afuera, adquirirían aquí un carácter de profanación y de ofensa.

Estos "sacrilegios" él los veía. No podía no verlos — ahí estaba lo grave —, no podía no verlos mientras los hombres entraran a los templos con algo más que sus espíritus.

Es cierto que algunas de estas faltas eran voluntarias y que habrían podido no existir: las conversaciones y risas de los compañeros, que él acallaba con una mirada furibunda. Otras — esto le daba mucho qué pensar — entraban al templo junto con el polvo de los zapatos, y contra ellas, nada se podía hacer: eran la exuberancia propia de la juventud. Formado en un concepto estricto de la pureza, no concebía que las faltas a ella pudieran presentarse como una atmósfera vaga que acompaña naturalmente al florecer de la adolescencia. Todos esos niños reunidos en el local santo, inclinados en actitudes recogidas, no lograban convencerlo de lo que ya sabía sobre la propia cuenta de cada uno. Aquí como en clase, volvía a sentir esa emanación tibia que le recordaba el olor de los perros mojados, y se afligía

por la turbación de su espíritu en un lugar tan santo. En seguida, esas largas filas de reconciliados, atendidos por los pacientes sacerdotes allá en el extremo, eran otro motivo de escándalo. ¡Cómo! ¿Se habían confesado ayer y no pudieron reprimirse una noche? La fila era larga, tan larga como el templo... Daniel pensaba que, en un caso semejante, habría preferido no comulgar y confesarse en otra ocasión. Pero los "reconciliados", ellos, no tenían esos escrúpulos ni sufrían de sus vergüenzas. Allí estaban, pálidos, embrutecidos, esperando pacientemente el turno o guiñando el ojo con malicia a los que estaban en las bancas. Daniel se distraía de la Misa por mirarlos: el Rucio Canales, ese diablillo del tercero, le pasaba un mensaje a los otros — ¿Qué diría? — usando como esquila las hojas de su misal. Ahí estaba también el Mono Rodríguez, ese hombrote serio, de anchas espaldas, y Antonio, el de las espinillas... En fin, este último — toda la clase lo sabía — era un perdido. Se decía que tenía amores con una corista del Municipal. Hasta le habían salido espinillas...

El órgano comenzó a rugir en lo alto y la campanilla llamaba al recogimiento. Daniel, con la cabeza inclinada, trataba de orar, en un diálogo que parecía interrogatorio. Incapaz de humillar-

se, por ignorancia del verdadero sentido del pecado, se preguntaba desesperadamente por qué su Dios se empecinaba en no salirle al encuentro; peor aún, por qué se alejaba a medida que él lo seguía. Sus estudios lo habían llevado a un terreno racionalista. Ahora su preocupación era la vida. Estaba allí, la vida ¡qué hacerle! Dios debía aceptarla como era, o mejor, como El mismo la hizo. Una vez así se podría pensar en mejorar el espíritu. Pero esta lucha de sentimientos superpuestos y contradictorios, ese pasar del recreo desenfrenado a la reverencia del templo, de la tibieza de la cama a la reja del comulgatorio, le parecía violento, sin transiciones; un paréntesis de cielo en que se hacía un mal papel delante de Dios; sobre todo, abierto por un lado, como son todos los paréntesis, y cerrado por el otro. Vendría el desayuno, el primer recreo, muy contenidos todavía; ya para la tarde — quién sabe — algo menos... Mañana sería *otra cosa*: la licencia... y nuevas confesiones para el próximo domingo. Y todo esto con el cuerpo auestas: el suyo y el de los otros. ¡Qué absurdo!

El Rector se levantó y dió la clásica palmada.

Daniel interrumpió su meditación para mirar. Del fondo del templo, en respuesta a la señal, avanzaron con paso seguro las filas de "los gran-

des". Venían hacia el altar para recibir la Santa Comunión. Iban pasando rápido, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada. Era hermoso verlos, grandes y fornidos; hombres que estudiaban química y filosofía. — ¡Gran prestigio! —. Se volvía todo el colegio para verlos pasar, serenos, puros, entre sus compañeritos infantiles que los miraban desde las bancas, desorientados ellos, sumidos todavía en la obscuridad de su adolescencia tumultuosa. Daniel sentía renacer la confianza: ¡Ellos sí que eran dignos del Altísimo! ¡Ellos sabían "vencer al Maligno"! ¡

Cuando le vino el turno procuró también marchar recto, con la frente alta. El corazón le latía con violencia y la cabeza le daba vueltas con el ayuno prolongado. No importaba, ellos, los grandes, lo precedían; ya de rodillas frente al altar, recibían ahora confiadamente el Pan de los Angeles y regresaban a sus bancas con el mismo paso triunfal.

Daniel cayó de rodillas. Sobre su lengua sintió el sabor fresco, casi perfumado, del Pan Eucarístico. Hubo un instante fuera del tiempo en que se repetía el eco de las palabras litúrgicas: *Domine non sum dignus...* mientras se le desvanecían las dudas, las pasiones, sus temores.

Al cabo de unos instantes sólo quedó el reposo en El que lo comprende todo; desde el comienzo, siempre, eternamente.

No logró, sin embargo, volver a su asiento con paso recio, victorioso. Su andar fué el de un sonámbulo; algo muy humilde y vacilante, como encorvado por el peso de un tesoro.

Al llegar a la banca, escondió la cabeza en el brazo y lloró suavemente; muy bajito, para no ser oído por el vecino.

Si la Capilla era la mejor niveladora de las actitudes, el patio era el perfilador de los caracteres. Espontáneamente los muchachos se dividían en grupos; en torno de los más viejos apellidos, primero: los aristócratas nunca dejaban de tener una corte compuesta por seres anodinos, incoloros, aunque perfectamente conscientes de la escala de valores y de sus beneficios. Bajos y rastrojos, tenían no obstante el criterio suficiente para no caer en esa confesión pública que se llama "el grupo": grupo de los "artistas", de los viciosos, de los místicos, de los deportistas, de los "niños buenos". Los *pateros* no pertenecían siquiera al grupo de los *pateros*. Daniel tardó en comprenderlos, a ellos y a los otros. Creía encontrar

grupos físicos, agrupaciones. No había tal. Excepto los *niños buenos* que iban por los corredores en largas caravanas, y que él frecuentaba porque le parecían menos molestos, los demás formaban misteriosas asociaciones unidas únicamente por un lazo moral. . . o inmoral. Tal vez afuera, quién sabe, tendrían sus conciliábulos. Daniel volvía a su quinta después del colegio, “sin apartarse a derecha ni izquierda”, y no sabía nada hasta el día siguiente en que regresaba entumecido por el aire penetrante de los barrios altos. En el colegio subsistía, sin embargo, un eco hasta el día siguiente; en el recreo, en las filas, un run-run de proezas repetidas en voz baja, con gesto adusto y una curiosidad que no lograban disimular.

Era difícil distinguir el grupo de los artistas de aquel de los viciosos (todavía subsiste esa dificultad. . .). Viciosos lo eran todos, por principio, en cuanto se presentaba la ocasión; glotones del placer como todos los niños, no dejaban que se les escurriera de las manos tan fácilmente. Debió haber una vigilancia especial de los maestros para que en seis años de colegio, Daniel pudiera seguir ignorando la tempestad que se ag taba en torno suyo. Sólo una vez, detrás del pizarrón, un compañero lo estrechó contra la pared, aparentando jugar. Daniel se defendió con indignación. El mu-

chacho echó a la broma el incidente. Daniel lo siguió recordando una semana más.

Los *artistas* eran aquellos que se apasionaban por las actrices y bailarinas, y que escondían en sus carpetas algún libro de Loti o de Jean Lorrain. Atrasados perpetuamente en sus tareas, dedicaban el tiempo libre a los teatros, buscando conocidos que los presentaran a las vedettes. Una vez en los camarines — ¡pecado horrendo! — les pedían una fotografía con autógrafo. Porque las artistas serían víctimas del entusiasmo erótico de sus admiradores si no existieran los retratos con autógrafo: son una gran solución. Para estos pobres muchachos también lo era: no habrían sabido qué hacer con sus ídolos en carne y hueso, echadas en sus brazos con todo el *chichi* del teatro y de los encajes... Habrían sido capaces de botarlas al suelo y echar a correr.

Como sea, estos *artistas* vestían con elegancia y tenían una juventud algo marchita; en fin, todas las características del vividor; un vividor *de memoria*. En sus libros escondían recortes de revistas: la bailarina tal, mostrando las piernas y hasta una pequeña parte del muslo; la otra que casi, casi, se le veía la punta de los senos...

Estas fantasías provocaban de tiempo en tiempo serios conflictos con los padres-inspectores

y no era raro oír hablar de la expulsión de un “artista” por sus aficiones “incompatibles con la sana moral cristiana del Establecimiento”.

Los viciosos, ellos, no eran tan ingenuos. No leían a Pierre Loti ni recortaban “monas” de teatro. Eran simplemente flojos, pálidos y espinilludos. Sabemos que ninguno de estos tres delitos puede justificar una expulsión. Sus hazañas eran conocidas por un grupo de iniciados, solamente: una comilona el domingo, con “harto trago”, y una maritornes complaciente, en un rancho de los suburbios. O bien, el “suplicio del tonto”: coger al más simple de la clase (generalmente un santurrón), atarlo de pies y manos en algún sitio solitario y ponerse a masturbarlo muy lentamente, sin término, hasta exasperarlo. Las demás cosas, como esas.

A Daniel le asqueaban. Decididamente, el demonio que andaba *como león rugiente* en torno de su adolescencia era ordinario, de muy mala calidad. Qué poca simpatía le inspiraban los viciosos con sus costumbres tradicionalistas y groseras, sus caprichos de hijo de hacendado y sus orgullos de nobleza agrícola. Cada paso que daban era una copia de los mayores.

No es lo propio de la infancia. Daniel seguía el camino natural de su desarrollo: el descubri-

miento de su propio "Yo". Las aventuras de los grandes tienen un eco falso en los niños; les saben a grosería, a cosa muerta desprovista de frescura. Cuando Daniel sorprendió a la sirvienta de la casa en plena cópula con el jardinero, por poco se le vacía el estómago; aquello le produjo náuseas y una ira profunda. Los compañeros viciosos le provocaban los mismos sentimientos. Por eso, no dejaba de ser paradójal verlo a él, lleno de pasiones y exuberante de vida, aburriéndose honradamente en el grupo de los "niños buenos", quienes lo recibían — era fatal — con los brazos abiertos. (Ese tipo de gente buena nunca comprende nada...)

Este grupo de los niños buenos formaba, con el grupo de los místicos, algo así como un partido conservador en relación a la Iglesia; hombres a quienes no se les exigía religión, siempre que no dejaran de ser reaccionarios. Los demás muchachos no los querían. Los deportistas — cosa rara — les tenían cierta estimación distante, sin muchos compromisos. A veces se soliviantaban también y solían tomarlos por blanco de la pelota en sus eternas partidas; a ellos, que nunca corrieron ni sudaron en sus monótonas charlas peripatéticas.

La verdad es que los deportistas *no se casaban con nadie*. Tenían una inteligencia motriz poco apta para la conversación que crea el grupo y las relaciones. Jugaban en calidad de individuos aislados que integran un todo. A veces, se reunían para elegir al capitán del equipo; era curioso, entonces, verlos discutir como campesinos de una aldea lejana en una oficina del Registro Civil.

Los viciosos sentían un gran temor por los "niños buenos". Cuando estaban juntos, lejos de hacer alarde de inmoralidad, procuraban tomar el tono medido de los santurrones. Tenían la tristeza sumisa que engendra el mal cuando no va acompañado de imaginación. Además, ellos representaban la devoción grosera del hacendado y también sus riquezas, lo que lógicamente debía unirse a todo lo reaccionario y clerical.

Los artistas, en cambio, eran pobres y rebeldes. Por nada en el mundo habrían perdonado a "los buenos" su crítica cortante y despiadada. Menos, todavía, su fealdad. Se aborrecían hasta llamarse "Imagen pervertida del Demonio" o "encarnación del beaterío y de la mugre".

Para Daniel fué siempre un misterio esa condescendencia de sus amigos *beatos* para con los viciosos y su odio para los artistas. Entre los úl-

timos, él tenía muy buenos amigos, que habría frecuentado más si, al hacerlo, no hubiera tenido que andar de camarín en camarín. Su libertad era muy restringida para meterse en esas andanzas; además, no le atraían. Gustaba de la conversación y del espíritu refinado de esos muchachos, pero no le seducía su atmósfera de *café concert*.

Como sea, los buenos no tomaban a mal esa *traición* de Daniel y la atribuían a lo que solían llamar “su espíritu excéntrico”.

A lo mejor era así.



## X

«POUR LA PREMIÈRE FOIS DANS  
L'HISTOIRE DU MONDE, UNE CIVILISA-  
TION ARRIVÉE AU DÉBUT DE SON DÉ-  
CLIN, PEUT DISCERNER LES CAUSES DE  
SON MAL.»

ALEXIS CARREL.

**L**A adolescencia se rompe cuando el niño, cansado de engendrar nuevas vidas interiores, exige que sea la vida quien le traiga de afuera una promesa de felicidad. No es posible contemplarla impunemente por años sin que nos venga el deseo de poseerla. Toda la juventud se escurre en esta persecución desalada. El muchacho ya no quiere soñar, y la vida se niega todavía — ¿sólo entonces? — a entregarle el fruto de sus ensueños.

Daniel bordeaba los diez y seis años. Era alto, ancho de espaldas, un poco pálido, boca carnosa y muy roja. Hablaba suavemente, pero sus cejas estaban prontas para tomar un pliegue iracundo con la menor contrariedad

Daniel amaba su colegio. Lo amaba mucho más de lo que él mismo creía amarlo. Hay niños para quienes los colegios son lugares de tortura que los arrancan a la paz del hogar. Para Daniel, el colegio era el sitio de reposo y fraternidad que lo consolaba del frío de su vida. ¡Había crecido nuestro niño! Los años habían hecho caer muchas hojas en esa quinta del barrio alto; muchas callampas habían salido en los inviernos y se habían vuelto tierra otra vez al pie de las araucarias negras; él ya no corría por los prados, medio desnudo, con un Virgilio en la mano. La brutalidad de la vida — ya entonces. . . — lo venía cercando poco a poco. La soledad le había arrancado hasta la última partícula de juventud que puede encerrar un espíritu entusiasta. Sin embargo, persistía. Sabe Dios si lo más doloroso en él no era esta lucha de lo que es joven, por mucho que se lo marchite, que se defiende y puja por llenar el ciclo de vida que le corresponde. El colegio era, precisamente, el colaborador del destino para que pudiera cumplir ese ciclo. Allí, y más tarde en el

cuartel, conseguiría salvar del naufragio una buena parte de su alegría. Ahora no le valían árboles ni nervuras ni botánicas. Los mismos libros — sus queridos libros — le resultaban despreciables; moneda falsa, sin curso en el vivir. Estaba harto de soledad. Lo sentía mejor que nunca hoy, en este día último que ponía término al ligero intermedio de calor humano que le proporcionó el colegio. Había trajines, exámenes y carreras a la Universidad. Se hablaba de profesiones, del porvenir y del “mar de la existencia”. Los discursos de despedida abundaban en lugares comunes donde la imagen del barquichuelo en la tempestad ocupaba un lugar tan honorable como falso. Daniel no le temía a la tempestad, sino a la calma. La vida la imaginaba como una laguna inmóvil, brillando desesperadamente al sol. Una laguna llena de bajíos y de miasmas; un estancamiento parecido a la muerte. Suelto, libre, con esa libertad sembrada de obstáculos que se le antojaba la más terrible de las cadenas, no podía concebir ya una felicidad como la que había tenido en el colegio. Fuera de ahí, hasta los mismos compañeros tomarían el tono y la actitud hostil de las familias. ¿No les había ocurrido eso cada vez que volvían de vacaciones? ¡Cuánto tardaban en despojarse del ambiente extraño! En fin, entonces tardaban, pero

lo conseguían. Ahora sería para siempre... Las inmundas familias triunfarían con su orden, sus prejuicios, su tradición, esas cosas severas que separan los corazones de los muchachos. Unos volverían a ser pobres, otros seguirían siendo ricos, todos pasarían a ser extraños.

¡La vida! Qué aliciente podría tener cuando ya no fuera posible seguir en un medio donde todo lo duro, lo infiel, lo indiferente que hiela al hombre de la calle encuentra ahí un espíritu común que recibe lo más hermoso que puede contener cada niño; donde las diferencias mismas acrecientan las mejores partidas del alma, creando el renunciamiento y la amistad, esas flores de carne que sangran y dan perfume a la vez.

¡La vida! ¡La vida! ¡Debería ser un gran colegio o un cuartel, si quieren que interese a los hombres! ¿Las guerras inevitables no serían esa sed de comunidad tan difícil de saciar en la paz que ellos no vacilan en pagarla con sangre? Porque es cierto que descubrimos en los que vuelven algo que no llevaban los que vimos partir; caminan como sonámbulos y traen en sus manos un mundo de ternura tan absurdo que llegamos a preguntarnos si no sería posible que en él, por fin, halláramos la felicidad. Porque, a fin de cuentas, ¿qué le queda al hombre si no es el hombre? La

vida es una gran rueda, sin duda, en que hay que recorrer la vuelta entera siguiendo cada etapa. Pero, ¿y los que no han nacido para girar sin fin? . .

Daniel pensaba estas cosas en la tétrica sala de examen, silenciosa como una capilla ardiente. De tiempo en tiempo venían las preguntas del examinador, en voz baja, inexorable; luego la respuesta del alumno, en tono confidencial, inclinando el cuerpo hacia adelante como si quisiera empujar las palabras; otras veces, echado hacia atrás con la mirada en el techo, crucificada, y unas respuestas rápidas como pájaros que se escapan en tropel marchitándose las alas.

Por la ventana de reja se veía, abajo, un patio interior, un naranjo, y el sol de diciembre lloviendo sobre el polvo de las barandas y corredores, secando el trapito del higrómetro fijado a la intemperie, contra la pared. Ahí en la sala de examen estaban todos esperando su turno, con las miradas atentas a las preguntas como si fueran visibles y, de tiempo en tiempo, clavados los ojos en el libro, que se desencuadernaba por entregar la página con "la pregunta que se me olvidó". Estaban todos; ¡y qué preocupados, qué apresurados por salir! Daniel los miraba con tristeza. ¡Siempre fueron así! Compartían las alegrías y las penas; juraban amistades eternas; confesaban

sus simpatías por el propio colegio... pero luego lo olvidaban todo. ¡Qué perseguían, Dios mío! ¡Qué había en el término de su inquietud! Daniel no lograba verlo. Sólo sabía que él no hubiera querido moverse; no ser aprobado en los exámenes; seguir siempre arrullado por la campana en esa atmósfera tan suya: su vida.

Del otro lado del patio se divisaban las ventanas polvorosas del Gabinete de Historia Natural. A través de los vidrios sucios, el sol iluminaba una boa desteñida y descamada, que perdía el relleno por cada orificio. Así, toda fea y cubierta de polvo, le parecía más fiel que sus compañeros de clase. Ella estaba contenta ahí. El próximo año se luciría otra vez con orgullo ante la mirada atónita de los nuevos alumnos del sexto. Volverían a tocarla con sus manos manchadas de tinta y a colocarle una larga pipa en las fauces, pavorosamente abiertas.

¡Qué de recuerdos se le atropellaban en la mente! Llegó hasta olvidar el sitio donde estaba, el examen, todo... Se veía en la primavera pasada en aquella cancha de fútbol, cerca de Recoleta. ¡Qué extraño le parecía ver a los muchachos reunidos en el campo; él, que solamente los había visto en el colegio! Iban a una partida inter-escolar. Ahí, con los cerros nevados al fondo,

parecían blancas columnas tiradas en el pasto o rincones del colegio que hubieran botado sobre la verdura. Había el mismo ambiente, pero desplazado, quebrado en el cuadro más amplio de la cancha. Algunos compañeros perdían algo de su prestigio físico; otros, en cambio, revelaban disposiciones desconocidas: una aureola de fuerza y destreza en torno a sus cuerpos, que él había creído débiles. Había que verlos observándose, palpándose como perros jóvenes, descubriendo, a hurtadillas, toda la riqueza animal que se les había escapado y que ahora comparaban con la propia, dejándose llevar por cierta envidia que, a fin de cuentas, sólo era admiración.

Y aquella fiesta del Rector en el teatro del colegio, en que tropezó en escena y por poco hace fracasar la obra. Y los arrestos en la sala lúgubre durante el invierno, mientras afuera gritaban los internos y se paseaban los profesores mirando relumbrar las gotas de lluvia contra los faroles amarillentos.

Y seguía más atrás: sus años de adolescencia, en Pedro de Valdivia; sus primeras letras; el viaje a Europa; el terremoto del año 6, la infancia... Un mundo casi esfumado el de sus recuerdos; sin interés para nadie que no fuera él; un mundo ajeno al día de hoy. Sólo podía decir:

“Ayer estaba allá, ahora estoy aquí”, sin razones, porque sí.

Sin darle tiempo para orientarse nuevamente, el examinador llamó a Daniel. Se levantó con indiferencia, cansado de esos exámenes absurdos, verdaderas competencias de imbecilidad entre el profesor y el alumno. Las preguntas fueron sencillas; las respuestas acertadas, inteligentes. Daniel ya estaba recibido, libre.

En todo aquello no hubo un acto exterior que marcara el fin de los estudios. Aquí, como en tantas cosas por que debió pasar Daniel, faltó el *umbral*, el acto que separa el pasado del presente. Ese día se fué a casa; volvió al colegio varias veces para buscar objetos suyos: libros, cuadernos, compases. Luego, las vacaciones como en los años anteriores. Fué una partida insensible y triste; más dolorosa todavía, porque nada venía a herir su imaginación, permitiéndole detenerla para posar en ella su nostalgia. Como en los desaparecidos, faltaba la tumba donde poder arrojarse y llorar.

Afuera estaba la Alameda.

Eran las cuatro de la tarde. Avanzó hasta el borde de la acera y miró a la derecha: la avenida titilaba bajo el sol. Miró a la izquierda: venía un taxi, y por la acera, una mujer con un canasto.

Miró arriba: el cielo estaba desesperadamente azul. Volvió hasta la puerta del colegio y observó: los patios vacíos, los corredores, las bancas se cubrían con las fundas del silencio para esos tres meses de reposo.

Había que irse a casa, simplemente.

Daniel pensó que este era un fin bien pobre para la novela tan larga de su infancia. ¿Cada parte de la vida habría de terminar así?

## EPILOGO



—AMÉRICA ES LA MAYOR DE LAS OPORTUNIDADES Y LA PEOR DE LAS INFLUENCIAS; ES PRECISO QUE NUESTRO ESFUERZO SE DIRIJA A LA INFLUENCIA Y MENOS LA OPORTUNIDAD.

## EPILOGO

RODOLFO SANTAYANA  
Tom Last Poems.

MUCHO se podría decir de Daniel desde el día en que se alejó del colegio. El devenir, por modesto que sea, encierra tal cúmulo de circunstancias, paisajes e incidentes que sería posible inventarle una historia hasta a los niños que no tienen historia. La de Daniel, como tantas otras, podría ser confiada a las sollicitaciones del ambiente, siempre semejante en sus estímulos a los de cualquiera creatura.

Pero ocurre que la *historia exterior*, el "leit moty" de la vida, es horribilmente monótono, y por añadidura falso, ya que en la existencia de

«AMÉRICA ES LA MAYOR DE LAS OPORTUNIDADES Y LA PEOR DE LAS INFLUENCIAS; ES PRECISO QUE NUESTRO ESFUERZO RESISTA A LA INFLUENCIA Y MEJORE LA OPORTUNIDAD.»

GEORGE SANTAYANA.

*The Last Puritan.*

MUCHO se podría decir de Daniel desde el día en que se alejó del colegio. El devenir, por modesto que sea, encierra tal cúmulo de circunstancias, paisajes e incidentes que sería posible inventarle una historia hasta a los niños que no tienen historia. La de Daniel, como tantas otras, podría ser confiada a las sollicitaciones del ambiente, siempre semejante en sus estímulos a los de cualquiera creatura.

Pero ocurre que la *historia exterior*, el "leit motiv" de la vida, es horriblemente monótono, y por añadidura falso, ya que en la existencia de

todo hombre no es tanto la circunstancia como la reacción lo que viene a constituir, a fin de cuentas, la esencia del vivir.

Es por eso que esta historia la hemos presentado "por dentro"; porque si es cierto que los adolescentes viven entregados al mundo exterior, tienen, no obstante, una vida de ensueño que envuelve y digiere lo que viene de afuera, asimilándolo en lo más profundo del ser. No viven exterior ni interiormente; *hacen* del mundo un inmenso Yo que disuelven en los jugos de su espíritu como podría hacerlo una boa perezosa con la presa que va a engullir.

El niño eterno que, en sus comienzos, era una serpiente ávida dispuesta a devorar el mundo, se va refinando con el tiempo hasta suplir sus hambres del cuerpo con aquellas del alma. Así vemos que, próximo ya a la pubertad, su apetito tiende todavía hacia el exterior, pero tan grande es el ansia de su vivir que los jugos del espíritu le llegan más abundantes que la materia ingerida de tal modo que en muy raras ocasiones puede apreciar el verdadero sabor de la vida, y menos todavía sus propiedades indigestas.

Es el gran privilegio de la juventud. Pero  
Tiempos vendrán en que el hombre ya adulto, al emerger de esa niebla nutritiva que lo ro-

deaba como un sabroso nimbo, verá por fin la realidad con todo su dolor, su encanto o su piedad. Algo que hasta entonces desconocía.

Daniel pudo percibirlo muy bien en aquella Alameda solitaria y dormida bajo el pesado sol de diciembre. ¿Todas las etapas de la vida terminarían igual? — Pensamiento terrible, revelación anticipada de la verdadera finalidad que aguarda a los que no tienen finalidad.

La casa estaba triste a su vuelta. Los padres sabían que Daniel “era bueno para dar exámenes”. El hecho de haber sido aprobado en ellos no les procuraba mayor contento, o por lo menos, no lo manifestaban. Le concedieron, sí, algunas libertades que ahora le parecieron inútiles. ¿A qué enfrentar de nuevo a los muchachos ya tan crecidos y rebosantes de propia estimación? ¿Qué privilegio había en seguirlos hasta altas horas de la noche por sus filarmónicas y prostíbulos?

Una tarde, atraído por la novedad y cierto orgullo mezclado de hombría, se quedó a comer fuera con un grupo de compañeros. No comprendía muy bien la valentía de que hacen alarde los hombres cuando van a un prostíbulo, pero fué. En el restaurante comió y bebió bastante; mucho más que sus amigos. Sin embargo, constató con satisfacción que el vino no lograba obscurecerle la

mente. Podía contemplar la embriaguez de sus compañeros con una indiferencia distante, como la de una vieja nodriza que mira, soñolienta, los juegos absurdos de sus niños.

Llegaron a la casa ambigua situada en una calle estrecha, ahogada de luna. El salón le recordó aquellas piezas de las costureras que solía visitar con su madre; el olor también.

Algunas jóvenes indiferentes, casi hostiles, vinieron a sentarse junto a ellos. Parecían más preocupadas del ponche y de la cuenta que de sus admiradores juveniles. En ningún momento manifestaron una actitud excitante ni atrayente. Brutalidad, más bien; sobre todo durante la discusión que se trabó entre dos grupos que se disputaban por una mujer rubia, muy ceñida en un vestido de encaje negro. Un hombre se abalanzó sobre ella y, de un manotón, le desgarró la falda.

Fué una escena lamentable: entre los jirones de encaje aparecieron unas pobres piernas enflaquecidas que inspiraban piedad bajo la media negra, la liga rosada y el calzón descubierto, como una humillación suprema.

Daniel volvió la cara para no avergonzarse a las que no sentían vergüenza. ¿Por qué esos hom-

bres se disputaban en una partida de placer? ¿Por qué ahí nadie sentía placer y, no obstante, seguían fingiéndolo? A Daniel le pareció pavoroso, como todas las cosas que no lograba entender. Porque, a fin de cuentas, ¿qué pretendían? ¿Acaso lo que él solía sentir en sus momentos de fuego y soledad? — Pero si aquí *nadie se concentraba en nada*; faltaba la sensualidad, la imaginación, la juventud... ¡Era como hacer el amor en un banco o en una notaría!

Disimuló, sin embargo.

A esa edad los muchachos no escriben ni describen: disimulan, solamente. Sus opiniones son guardadas en una reserva heroica y la mayor ambición consiste en adaptarse y en gozar de la misma felicidad de los que no son felices.

Daniel, cumpliendo con esta extraña consigna, fué tan “feliz”, que hasta se llevó una mujer a la pieza. (Después supo que no era necesario: bastaba *farrear* para no desentonar con el ambiente...)

El amor le supo a cosa amarga. Algo que nunca habría imaginado así. Un rito absurdo y un placer tan falso, que era preciso llamarlo a gritos de todos los rincones del cuerpo para que se hiciera presente donde nadie lo deseaba.

La luna estaba muy baja al fondo de la calle cuando salió. Los compañeros le decían cosas absurdas en su embriaguez y lo enlazaban dando muestras exageradas de cariño. Uno de ellos quiso besarlo torpemente en la boca. El lo rechazó con suavidad, sintiendo que el alma se le asqueaba de pura pena.

De vuelta a casa, mientras atravesaba en puntillas el hall sumido en el sueño de las cosas familiares, oyó el tic-tac cansado del viejo Westminster. Su corazón seguía el mismo ritmo: había envejecido de cien años.

Doscientos años de juventud recuperó Daniel al ingresar al Ejército. Había cumplido la edad en que le correspondía hacer el servicio en los cuarteles. Como siempre, fué una providencia que no podía faltar: a cada desazón del destino la vida restablecía su ritmo con una nueva poción de esperanza.

Llegó al Regimiento y, por primera vez en su vida, tomó contacto directo con el pueblo: unos muchachos de labios gruesos, de cara morena sembrada de espinillas y mucha mugre apa-

rente. Lo recibieron con cordialidad. En seguida el oficial los llevó a la Ropería. Era de rigor comenzar con esa tarea curiosa que transforma al civil en un militar.

Por los aires volaban las *lonetas* y los *bototos* por la sala amplia donde tronaban cabos y sargentos. Era una tremenda confusión esto de encontrar las prendas que correspondían a la medida de cada uno.

Un tanto avergonzado por esta exhibición pública de su desnudez, Daniel buscó refugio en un rincón, tratando de meter las piernas por unos pantalones tiesos y estrechos. Los calzoncillos no se le sostenían, y la camisa se le abría más de lo que toleraba la decencia. Era una aflicción grande y, para mayor angustia, la voz del sargento: — “Ya, pues, Aspirante; apúrele, Aspirante: no sea *maniado*, Aspirante.”

Daniel consiguió, por fin, colocarse los pantalones y, sentado en una caja de madera, trató de calzar los bototos.

Pronto comprendió que era inútil darse tanta prisa, porque los otros no lo hacían mejor. Con el rabo del ojo los observaba. ¡Qué distintos eran éstos de los soldados de su infancia! Por de pronto, no le inspiraban repugnancia ni los miraba con recelo, como a los otros: ya no existía la di-

ferencia de edad. Aquí eran muchachos todos y tenían esa incapacidad que aguza la ternura cuando la observamos en los demás como una garantía consoladora de nuestra propia incapacidad. Como él, los muchachos del pueblo manifestaban también sus pudores; también ellos miraban azorados cuando el sargento con voz áspera los intimaba al silencio y a la rapidez. Daniel veía sus carnes descubiertas, lozanas, tan limpias ahora que el traje marchito no las cubría con un exterior de miseria y de mugre. Sí, ellos eran adolescentes como él; había base para una fraternidad que no tenía por qué no existir dentro de una diferencia social. Todos eran jóvenes, y la juventud es una gran masonería de la carne, del afecto y del temor que suprime por un tiempo las barreras levantadas por los hombres y sus mitos. Por lo menos, así lo creía Daniel.

— Aspirante — interrumpió el sargento — ¿hasta cuándo va a estar con la jaba abierta esperando que le pasen la guerrera? Elija una y pruébesela ligero.

Siguió una carcajada general, porque todos estaban así, boquiabiertos, frente a esta revelación de sus cuerpos y de la nueva vida ruda que habían de enfrentar.

El uniforme fué un gran paso para abreviar este aprendizaje. Automáticamente apareció el porte marcial y una como dignidad exterior que contribuía a la seguridad de las actitudes.

Después vinieron los ejercicios y los menesteres altos y bajos. A Daniel le encomendaron el lavado de las letrinas. A su lado, un *rotito* norteño se ocupaba en limpiar la pintura que había quedado pegada a los vidrios desde el verano último. Daniel se sintió inferior al hombre del pueblo: en trabajos manuales, ellos debían aventajarlo, necesariamente. Recurrió, pues, a su compañero en cada dificultad, y éste bondadosamente, con cierto orgullo protector, le indicó la mejor manera para desempeñar su tarea. Así trabajaron juntos toda la tarde, silbando y diciéndose chistes que los hacían reír de muy buena gana. Llegada la noche, fué casi una sorpresa tener que separarse, cuando a Daniel le indicaron el dormitorio de los Aspirantes, y al otro, la cuadra de los conscriptos. Se hicieron una seña amistosa desde lejos, extrañados de que esa nivelación obligatoria los desnivelara precisamente ahora, cuando habían logrado una comunión que iba más allá de lo que exigían sus mutuas renunciaciones. Al día siguiente al toque de diana, ya se habían organizado los cuadros. Los aspirantes vol-

vían a ser aspirantes y los conscriptos, conscriptos. Sólo el baño de lluvia tomado en común volvía a borrar las diferencias por un momento. Pero vestían los uniformes con el cordón tricolor, o las humildes lonetas de los soldados, y las jerarquías se restablecían como por ensalmo.

Para el muchachón norteño fué fácil volver a su ambiente, desentendiéndose de su amigo de un día: siempre había sido así en su vida cuando se trató de ayudar a un "futre". A Daniel le dolía este pensamiento que adivinaba en el otro y que no correspondía a su sentir. Procuró, pues, ser afable en la hora del descanso; pero ya había aparecido en el hombre del pueblo una mirada nueva y hermética que rechazó discretamente toda tentativa de cordialidad.

Fué la primera revelación que tuvo Daniel de esa extraña vida colectiva y social, que impide a los hombres ser simples frente a otros individuos igualmente simples. El prójimo, desde aquel momento, pasó a ser para Daniel *un ser habitado*, una encrucijada de circunstancias y prejuicios donde todos tenían voz y voto, menos el interesado: el propio "yo".

El no era así. Fué siempre uno, solo, indivisible. No quería a las colectividades ni a los hombres que, aunque estén solos, *son* colectividades.

Tal fué la razón de la soledad que lo acompañó la vida entera. Y como la soledad es penosa cuando se está rodeado de gente, Daniel prefirió el aislamiento, esa respetuosa actitud de las cosas que forman un marco de silencio en torno al hombre solitario dándole la razón y la atmósfera que le corresponden por derecho propio.

Así, en esas noches de verano, cuando terminaba el trabajo, Daniel encendía su pipa y se instalaba en el inmenso patio del cuartel fumando calladamente frente a las estrellas y a esas luces del Cerro San Cristóbal, allá lejos, que parecían los fanales de algún puerto misterioso. Imaginaba, entonces, que la enorme cancha plateada de luna que se extendía hasta las "caballadas" era el mar, y que al fondo estaba la costa, mientras él, todo de blanco en su uniforme de verano, se paseaba por la cubierta de algún barco, solo, siempre solo en espera de esa tierra en que "alguien" lo esperaría; alguien que tardaba en venir; alguien que no llegó nunca...

Era en esos momentos, y más tarde en el lecho, mientras sus compañeros roncaban en los camastros estrechos; mucho después de que el toque de silencio hubiera dejado en suspenso la nota interminable y desolada, que él seguía mirando las estrellas a través del alto ventanal y

preguntándose por qué la vida le proporcionaba tanta poesía, tanto temblor de cielo que lo incitaba al ensueño sin entregarle jamás una realidad semejante a su propia realidad... De tiempo en tiempo venía de las caballadas un estruendo infernal de patadas y topadas sin cuento, que luego se apagaban en el silencio, hasta que dominaba nuevamente el canto lejano de los sapos. “Los caballos están nerviosos — se decía Daniel — mal pronóstico para el abominable curso de equitación”. Otras veces eran los pasos sonoros del Oficial de Guardia y el choque de talones del Cabo de Semana que se le cuadraba con su clásico: “¡No hay novedad en la cuadra, mi Teniente!”

Daniel sentía que, poco a poco, el sueño iba pesando terriblemente sobre sus párpados e invitándolo a un descanso que a él se le antojaba tan pobre, porque no conducía al ensueño — en el que ya estaba — sino a la realidad: la de su cuerpo martirizado por las fatigas del día.

Al amanecer, dos ojeras muy rectas y una cara pálida marcaban la lucha del niño contra el adulto, de la poesía contra la vulgaridad cotidiana.

Un año estuvo ahí, pero Daniel era demasiado sólido para que el cansancio y el sol curtieran

su alma como habían curtido su cuerpo. Es verdad que se hizo fuerte, y que su tez tomó el halo magnífico que realza la mirada y la firmeza de la mandíbula. No importa, nunca se fatigó bastante para acallar la voz insoportable de sus ensueños, eternamente insatisfechos.

La desilusión lo tornó rígido y cumplidor de sus deberes. Era un excelente camarada, pero los compañeros le temían cuando estaba de servicio porque entonces su rigor era extremo. Todo marchaba como reloj cuando su paso firme y el destello de su "casco de punta" aparecían en el umbral de la cuadra; sabían muy bien que este aspirante no toleraba desórdenes cuando estaba de turno. Pero los humildes conscriptos no ignoraban tampoco que nadie los atendía con más dulzura cuando estaban enfermos. Así, solían retribuir sus atenciones llevándole café al amanecer, a esas horas en que la fatiga hace parecer la cara pequeñita durante esas noches de invierno bajo el casco severo y el grueso poncho que la encuadra hasta las orejas. Ahí, sentados en torno al brasero, débilmente alumbrados por la luz amarillenta que apenas lograba competir con el resplandor de las brasas, los conscriptos le contaban sus interminables historias campesinas; y Daniel se interesaba y los interrogaba sobre sus familias

y los proyectos que tenían “para cuando estuvieran afuera”. Ellos le contestaban lentamente, con largas pausas y la mirada como alucinada por algún punto de la pared; siempre ausentes e irresponsables en sus caras extáticas de ángeles morenos y callados.

Así los sorprendía el amanecer, rodeados de una selva de ronquidos y suspiros que venían de los dormitorios. A las cinco los asaltaba nuevamente el toque de diana y el baño de lluvia que se escurría por los cuerpos y las almas, borrando hasta la última huella del pasado. Y venía el nuevo día, automáticamente preciso, casi benévolo a fuerza de orden y de previsión que descartaban toda mala sorpresa.

Fué un año de ricas experiencias para Daniel, por el hecho mismo de no haberle ocurrido nada. Volvió a la vida civil como había salido: llevando su interrogación eterna y ese malestar del vagabundo que quisiera descansar un momento a la sombra de la plaza y que se ve desalojado por el policía y obligado a andar, siempre a andar. . .

Como en los veranos anteriores, Daniel salió de vacaciones con la familia. Tuvo otras amista-

des en esa ciudad junto al mar. Pero estos amigos no eran los del colegio ni del cuartel (ellos veraneaban en fundos y playas lejanas) sino *muchachos de sociedad*, conocidos "de presentación" que recibieron a Daniel como a un intruso aceptable, interesante solamente por su apellido. Nada sospecharon de su cultura incipiente. Nada vieron de su belleza juvenil. Porque nuestro niño se había hecho hombre, sus facciones habían adquirido una línea noble en el perfil y un brillo claro en la mirada. Los otros parecían ignorarlo, y hasta él lo ignoraba a fuerza de pasar desapercibido. Sin embargo, sabe Dios lo importante que es tomar conciencia del Yo físico a una edad en que los muchachos, lo confiesen o no, tienen un narcisismo profundo que les hace descubrir la fuerza y la belleza en sí mismos y en los demás.

Los nuevos amigos de Daniel eran diversos, en este aspecto. Vivían preocupados de apellidos, trajes e invitaciones; tres cosas que él encontraba simplemente ridículas. En nadie descubría sueños de viajes, aventuras y exploraciones.

En el fondo, había en esta actitud de Daniel un resabio de infancia que los otros ya habían perdido, pero que, por un curioso juego del destino, aparecía en nuestro niño como la garantía de su propia madurez. Los que abandonan to-

talmente su espíritu infantil no hacen otra cosa que mudar de infancia, ya que en realidad los frutos de la edad adulta son precisamente aquellos que conservan el pasado adolescente adaptándolo a la seriedad y eficiencia del hombre maduro.

Los amigos de Daniel no comprendían estas cosas; no comprendían nada de nada: al pueblo, no se habían dignado mirarlo — en esto se parecían a sus aborrecibles papás —; la pasión, ni la nombraban, como no fuera bajo el feo disfraz de la obscenidad; del arte, apreciaban los versos cursis de algún poeta tropical... Eran unos viejos burgueses reducidos a una escala pequeña.

Las niñas no lo hacían mejor. Hacinadas en grupos burlescos y sonrientes, desafiaban al amor con una mezcla de insolencia y timidez. Daniel no conseguía separarlas. Siempre había una tercera que no era posible despachar y que echaba a perder las mejores ocasiones. Era ella la que proponía los paseos donde no se deseaba ir; de ella venían los chismes y enredos; en ella volvía a encontrar — cruelmente desfiguradas por la ironía — las frases que Daniel había dicho a su amiga en un raptó de pasión confiada e inocente. ¡Qué hacerle!, las mujeres le resultaban muy a pesar

suyo "terriblemente poco hombres". Sin embargo, ellas congeniaban con sus compañeros y ahora sabía por qué: ellos también eran muy poco hombres. Daniel lo sentía con una mezcla de cólera y desesperanza. En la Playa de Miramar, en el aperitivo "donde Schaub", en los bailes del Gran Hotel, junto a la pileta de rocas artificiales, nuestro muchacho suspiraba y sonreía con cierto cansancio en las mejillas a fuerza de sonreír tanto y de tan mala gana. ¡Qué le faltaba, Dios mío, para ser como los demás! En él no había petulancia, sin embargo, ni deseo de sentirse superior. Quería con toda el alma fundirse en su nuevo ambiente, gozar de sus encantos, divertirse como lo veía hacer a sus compañeros. Tampoco era un neurasténico ni un desilusionado. Tanto abundaban en él las ilusiones que llegaba a crearlas de la nada, sin encontrar después siquiera una base falsa en qué sustentarlas. En los paseos con los grupos de muchachos y niñas por la Playa Vieja, solía mirar en dirección al mar, y lo veía ahí, igual que en otros tiempos, sirviéndolo con la misma pasividad melancólica que tenía frente a sus sueños adolescentes. ¿Acaso el mar servía para todo? -- No podía creerlo. El era el mismo; solo que ahora lo miraba desde lejos con sus playas inútiles, sus rocas inútiles, sus carpas inútiles.

“Sus barcos todavía son útiles” — se dijo Daniel reaccionando. Así comenzó la obsesión del viaje, esa liberación maravillosa. El viaje le devolvería su infancia. Estaba seguro que más allá — no sabía dónde—existía un país en que todos pensaban como él; un país donde tendría curso la moneda purísima de sus sueños y ternuras. Aquí, y mientras se realizara esta fuga, sólo había una posibilidad: el estudio, aquel mundo interior donde todo es nuestro y tal como nosotros lo queremos; el mundo en que es posible crecer libremente, sin trabas ni burlas; donde la pasión misma puede encontrar un desahogo y llegar hasta los límites más increíbles de la audacia y del goce; donde no importa que haya un alma que responda, porque ahí todo habla, vibra y se sustenta con una suficiencia que sólo pueden alcanzar los dioses...

De este pensamiento, al Arte, no había más que un paso. Daniel no lo dió porque todavía ignoraba el Arte, o mejor, porque lo veía acaparado por otros con el mismo empecinamiento que ponían al privarlo de sus muchachas burlescas.

Daniel no había tomado posesión de nada. Ahora lo comprendía. Sus compañeros podían moverse libremente en un ambiente que les pertenecía y que para él resultaba un mundo adaptado

únicamente a los demás. ¡Y cuánto necesitaba la posesión: tener un arte propio; un objeto propio de su amor; un conocimiento propio de ese mundo y de esa vida!

Al año siguiente ingresó a la Escuela de Medicina como podía haber ingresado a un convento.

En esa edad temprana ya se agitaba en nuestro personaje una curiosidad insaciable por los misterios del cuerpo. No sabemos hasta qué punto le fué útil no desprenderse jamás de su mente crítica. Vivió objetivamente; no con el cinismo científico o pasional de quien experimenta en lo suyo propio, sino englobando la experiencia y el conocimiento en la buena vida cotidiana como una de las tantas funciones indispensables al vivir. Se desarrollaba simultáneamente "en cuanto Dios y en cuanto Hombre", habría dicho un teólogo.

No obstante, la visión clara y necesariamente dolorosa debía amargarle la existencia en una proporción seguramente mayor a la del común de las gentes. Muchas de sus observaciones precisas y no poco de su vida interior venían de ahí. La clarividencia, al desarrollarle nuevas posibilidades, le despertaba también nuevas angustias, cumpliendo así con aquel proverbio del Ecclesiastés que

dice: “*Quien aumenta su saber, aumenta también su dolor*”.

Habría podido escapar de este tráfago y liberar su visión inmediata, pero se le acrecentaba la ansiedad cada vez que huía de la fuente donde podía encontrar el extraño remedio a su ignorancia y a su inquietud. Ya en épocas lejanas, en esa “quinta” del barrio alto, le vimos escudriñando la naturaleza mientras el instinto, menos prudente, lo escudriñaba a él. Ahora Daniel tomaba la revancha y se ponía resueltamente frente a los terrores de la infancia armado de todo el aparato sabio que la Ciencia ponía a su disposición. Los juegos que lo hacían merodear en torno a los secretos de la vida iban a encontrar ahora este otro juego serio del hombre ya sereno que emprende la embestida final de todas sus potencias escondidas en la palabra *vocación*.

Sin embargo, no es de vocación que convendría hablar aquí. Daniel no deseaba ser médico ni entraba en sus propósitos el alivio de los padecimientos ajenos. Más aún, le repugnaban los hospitales y sentía un profundo desprecio por esa medicina cruda y espantable que se encarniza en el harapo humano. La suya era casi ideal, limpia como la blancura de los laboratorios o las páginas policromadas del texto sabio. No fué

la Ciencia la que más tarde vino a despertarle el amor y el respeto enternecido por ese cuerpo, siempre hermoso hasta en sus llagas cuando es mirado con los ojos del alma. La Ciencia no supo hacerlo. Fué la Literatura quien lo inició en este piadoso ejercicio. Por una curiosa inversión de valores, el estudio de la materia lo llevaba a una región espiritual y yerta, sin aplicación ni proyección alguna sobre la buena vida ardiente de todos los días. El Arte, en cambio, con su gran acopio de espiritualidad, le traía un cansancio hacia el espíritu tan rutinario del hombre, y una admiración por la envoltura armoniosa de su cuerpo. Lo veía indefenso, ese cuerpo; obligado a soportar la tiranía de su "amo interior"; irresponsable de tanta fealdad que le ordenaban desde adentro. ¿Cuántas veces Daniel tuvo que enfrentar personas a quienes reconocía por fuera, pero que en el trascurso de los años se habían hecho irreconocibles por su espíritu? ¿Cuántas veces encontró mujeres cuyos cuerpos parecían sonreír en la gracia de sus actitudes, pero que al sondearles el alma lo hicieron huir sollozando de repugnancia?

Con el tiempo, estas experiencias lo fueron colocando en una posición espiritual dentro del materialismo más extraño. Veía, sin poderlo re-

mediar, que aumentaba su desconfianza por el hombre y por los mitos que ellos esconden bajo el término de espiritualidad. Daniel terminó sintiendo un cansancio exasperado por los valores transitorios de que hacen alarde en los momentos de falsa nobleza y avivamiento del espíritu. ¡Había tan pocos en quienes ese espíritu, considerado como la mejor parte, no diera pruebas de las más bajas intenciones; y esto, sin que se les pudiera otorgar siquiera el atenuante de ser verdaderamente instintivos y animales! Los mejores cuerpos — Daniel lo veía con pena — solían corresponder a los peores espíritus, borrando así hasta el último vestigio de la huella de Dios.

Sí, los cuerpos por ahora le parecían valer mucho más. Se hubiera dicho que esas envolturas terrenas llevaban la marca indeleble de la mano divina y que nadie, excepto Dios había intervenido para modificarla. ¿Podían los hombres, acaso, “agregar un codo a su estatura”? En cambio, los espíritus ¿cuánto aderezo y doblez no mostraban en su afán de medrar, de aparentar lo que no eran, de torturar hasta a la mentira?

Sí, los cuerpos los apreciaba mucho más. La materia era buena y dócil; se estaba ahí como una ofrenda silenciosa fraternizando dulcemente en un plano establecido que no admitía otra variación

que la línea o la edad Podían envejecer, pero en ningún momento traicionaban. Ellos estaban *ajue-  
ra*, con toda la franqueza de la realidad. Los espíritus, en cambio, vivían escondidos, como en acecho, y solían manifestar desde adentro su hostilidad aguzada como un puñal. Ante un cuerpo hermoso, Daniel sentía el deseo de que el espíritu fuera idiota, o de que cierta anestesia misteriosa suprimiera ese factor de perturbación que casi siempre intervenía en desmedro de la materia y de la belleza inmerecida de las formas.

Que hay almas que compensan con creces la fealdad de los cuerpos, Daniel lo sabía. En ningún momento tomó una posición contraria al espíritu. ¿Cómo había de tomarla si vivía y sufría en defensa del Ideal? Desconfiaba, sí, de la espiritualidad utilitaria de las gentes, a la que no vacilaba en oponer un "materialismo espiritualizado" que él basaba en todo lo *bueno-gratuito* que los hombres recibieron en sus cuerpos y en sus almas, sin que mediara para nada su voluntad, como no fuera para echarlo todo a perder con el pecado. Además, la experiencia le había demostrado claramente que los espíritus nobles son escasos y que recorren la vida en calidad de víctimas; vencedoras en ocasiones, otras veces vencidas: siempre víctimas.

Fué esta la razón principal del verdadero misticismo de Daniel. No le parecía justo oír hablar de la belleza del espíritu que prima en los hombres, por el hecho de poseerlo unos pocos, y los más adoloridos; como no era posible considerar espiritualmente hermosa la pandilla de Alí-Babá por haber entre ellos dos o tres prisioneros inocentes que sufrían la tortura de los desalmados. Cuantas veces en sus momentos de abandono olvidando su propio dolor, Daniel exclamaba: ¡Dios mío, cuánto trabajo te da el mundo, y cuánto trabajo te daré yo, que no entiendo nada!

Daniel entendía algo, no obstante: y era la necesidad urgente de colaborar en un equipo de salvación que dignificara a las almas, porque ya no era posible soportar por más tiempo tanta fealdad ni era posible vivir perpetuamente de la limosna muda que le ofrecía la belleza inconsciente de los cuerpos...

Si un hombre de esta laya es lo que llaman un amargado, Daniel lo era. Pero, por sobre todo, era un hombre religioso. Su amor a los cuerpos no era un simple resabio pagano — pudo ser o tal vez en su primera adolescencia — ahora se le presentaba como una constatación angustiosa del último rasgo de belleza que él quería descubrir a todo trance en una humanidad que se le

presentaba francamente fea por dentro. El era un enamorado de la belleza y ¡qué hacerle!, la pícaro humanidad se la ofrecía más a menudo por fuera.

La "humanidad" que sirvió a Daniel para forjarse estos conceptos fué su pueblo, su raza.

Hasta entonces no había salido de su propio país, salvo aquel viaje de la niñez en que recibió las primeras luces sobre "quién era y dónde lo había puesto el Destino".

Sería incompleta cualquiera interpretación de la vida y del pensamiento de este niño si no agregamos a la desadaptación de su tipo psicológico aquella otra, tanto más grave, de su tipo racial. En ese tiempo, nada tenía explicación para Daniel porque no había visto otra raza que la suya. La *Gran Revelación* le vino más tarde (más allá de donde alcanzan estas páginas), cuando nuestro personaje hubo de salir al extranjero para continuar sus estudios. Vivió en esa Francia que bullía en sus venas y, sin pensarlo ni esperarlo, descubrió que ese país estaba sembrado de "otros Yo" que le dieron la verdadera noción del *hombre-humano* y de la vida completa.

519 Fué un alivio grande saberlo; así como también fué una tragedia grande volver a reintegrarse en un ambiente que — ahora lo sabía — no fué nunca el suyo ni lo sería jamás. En su tierra se vivía a medias; esto es, se gozaba, se sufría y se amaba en una forma que no encontraba eco en el Ideal. Era una tortura continua para un espíritu sensible. No le habría importado que su pueblo fuera pobre, inculto, pequeñito; lo que no podía perdonarle es que fuera inhumano. Esas “cosas de libros” con que las gentes suelen relegar la realidad en el Mito, *ahora sabía que podían ser reales*. Esa humanidad que le habían inspirado sus lecturas extranjeras, y que él creía inexistente, vivía y amaba tal como lo habían expresado sus autores. Ya había tenido la sospecha de que era así: nadie escribe perpetuamente en la ficción sin tomar en cuenta para nada lo que existe. Sus clásicos escribían sobre lo que veían; pero el pobre Daniel abría desmesuradamente los ojos y no encontraba en su tierra nada, absolutamente nada de lo que ellos pintaban. Su raza era notablemente inhumana; o tal vez, pertenecía a un padrón humano que bien poco tenía que ver con el suyo.

No sabemos hasta qué punto esta frase podría ser peyorativa para nuestro personaje, ni si

estas diferencias lo hacían superior o inferior a su medio ambiente. Es probable que la ausencia de ideal y de nobleza no va en favor de ninguna raza; pero el hecho de estar incluido en un ambiente así, sin poseer sus cualidades negativas, no iba tampoco muy en favor de la eficiencia de nuestro niño. Corría el riesgo — y lo corrió — de tener que luchar denodadamente para imponerse; y, por otra parte, de verse obligado a mutilar su espíritu por medio de una testarudez constante que acabó con su salud y con muchos elementos que habría podido asimilar y que no asimiló. Esta lucha perpetua modificó profundamente su carácter: por ella pudo distinguirse y sobresalir entre muchos; por ella se empeñó en rechazar todo lo que viniera escrito en una lengua que, según él, provenía de un alma inexistente o perversa; por ella fué injusto muchas veces al no querer ver otros valores que no eran los suyos y que gran bien le habrían hecho a su espíritu, porque eran precisamente aquellos de que él carecía.

En los años en que nuestro muchacho ingresó a la Escuela de Medicina, no salía todavía de una correcta posición incomprensiva. Era puro, vale decir, limitado e intolerante. Le interesaba *saber*; no, *hacer*. Por esto, no podía menos que descubrir en sus compañeros una des-

consoladora actitud social. El hombre se le antojaba una repugnante bestia gregaria para quien el conocimiento puro de las cosas no tenía atractivos. Aprendían con otro fin que el saber; aprendían para aliviar y para medrar. Sobre todo, aliviaban para medrar, sin pensar en la piedad o en la ciencia como objetos amados que justificaban el interés que les prestaba la mente o los sacrificios que derivaban de la profesión.

Es verdad que estas cosas las supo más tarde. Aquí, como en muchos problemas "de afuera", Daniel tenía una inocencia de paloma. La parte que debió corresponder a la serpiente se vió aplastada bajo los pies de su intransigencia, como en la imagen de la Inmaculada. ¡Extraña Purísima y extraño Cristo este niño que nada tenía de la Una ni del Otro y que, sin embargo, debió despertar una sonrisa de comprensión en los Cielos al verle correr un destino tan semejante!

Una mañana de abril pasó con la frente alta y un grueso libro de Anatomía bajo el brazo por el inmenso pórtico griego, de blancas y altas columnas. Iba feliz como nunca lo había estado en su vida; orgulloso de sí mismo; libre, al fin. Fué una batalla ganada contra los prejuicios y la familia. Sus estudios de medicina no le resultaron un triunfo, es verdad, ni siquiera un éxito; pero sentía obs-

curamente *que debía hacerlos*. Y fué duro hacerlos: el camino había de ser largo y nadie lo acompañaría. Hubiera querido que los suyos, en esta circunstancia, lo alentaran con una palabra de simpatía. Encontró críticas y cierto cansancio resignado que se encogía de hombros frente a lo que ellos juzgaban como una nueva excentricidad.

Por esta causa, creyó que la primera visita a la Sala de Disección le traería una repugnancia doble. No obstante, el día en que vistió el delantal blanco y que tomó el bisturí en su mano todavía incierta, comprendió que asía al timón de su vida, y que lo cogía bien; que estaba seguro; que ya todo dependería de él.

Eso le bastaba.

Hasta entonces las dificultades le parecían insuperables cada vez que el Destino lo obligaba a poner su iniciativa en manos de los demás. Daniel creía en sí mismo; no en los demás. Fué su gran error y su lucha angustiosa. Fué, sobre todo, el precio exorbitante que pagó por su gloria íntima, insoportablemente individual.

Había algo augusto y terrible en esa aula de Esculapio. Un gran jardín rodeaba al edificio vetusto, con pretensiones dóricas. En un primer pa-

tio se encontraban los gabinetes de Física y Química. El ambiente tranquilizador que se desprendía de estas ciencias inmaculadas se veía amenazado por otras columnas medio egipcias y vagamente funerarias. Ya las había visto semejantes en el Cementerio General, altas y téticas, en torno a la sepultura de familia. Hasta el pequeño jardín del patio, marchito y descuidado, tenía ese abandono de musgos que rodea a la muerte.

Y es que la muerte no estaba lejana. Ya en el corredor oscuro que conducía al segundo patio eran perceptibles las emanaciones nauseabundas de la Sala de Anatomía. Ahí no había rastros de jardín: un patio vacío, rodeado de las mismas columnas lisas y rosadas, y un pavimento de piedras pequeñas sumidas en la humedad. De ambos lados se abrían las puertas de las salas de disección, medio cubiertas de una rejilla metálica como en las carnicerías.

Era curioso observar — y Daniel lo captó desde el primer instante — cómo aquí, frente al Terror Ancestral, la trágica vecindad de la materia humana, carneada y destrozada, perdía su carácter pavoroso emparentándose con las visiones más familiares y cotidianas de la vida.

Daniel abrió con mano temblorosa la puerta de la sala (con un dedo, tanto temor le produ-

cían los contagios). Un fuerte olor a formalina se le atragantó en el alma mientras presenciaba un cuadro que no lograba conmoverlo: sobre mesas de mármol alineadas hasta el infinito yacían unos muñecos marchitos y amarillentos, que no tenían de la muerte otro rasgo que el gesto desgano, casi ridículo, de los párpados y de la mandíbula. Si le hubieran hecho llegar ahí por otro camino, sin atravesar el pórtico de columnas, aquello le habría parecido normal, casi indiferente.

A pesar de todo, había entre los muchachos no sé qué recelo de novicios desamparados que los hacía estrechar más las filas de la fraternidad; a semejanza de esos soldados que, frente a la línea de batalla, fingen estar alegres, despreocupados y afectuosos, de puro temor de verse vencidos por su propio temor. De todas partes venían llamados y palabras irónicas. Se hubiera dicho que por ningún motivo querían dejar surgir la voz del silencio, que debía reinar aplastante en esa sala en cuanto se acallaban las otras voces. Algunos ni sabían ponerse los guantes de goma.

— Echales talco, aturdido; ¿no ves que al difunto le gustan los perfumes?

Otro no sabía cómo coger el bisturí. No tardaba en llegar la “señorita compañera del curso

superior” que lo iniciaba con una prolijidad de manicura: —“Nunca dé el corte sin tirar primero con las pinzas; así la piel no le embotará el filo”.

Daniel estaba de un humor excelente. Vistió rápidamente el delantal, se puso los guantes, y colocó sus instrumentos en el bolsillo delantero. —“Señor, ¿dónde puedo conseguir una articulación escápulo-humeral?”—preguntó a un ayudante que pasaba.—“Ahí, pues, compañero, en el cadáver que está libre”.

Miró Daniel al robusto personaje tendido cuán largo era y se preguntó cómo haría para arrancarle la articulación tan codiciada y bien estudiada. ¡Ah, si hubiera tenido ahí su *Testut!* Pero no estaban permitidos los libros en la sala de disección, ni habría podido tenerlos entre la sangre y la inmundicia. Por lo demás, los libros bien poco decían cuando era preciso enfrentar la realidad...

— Señor — insinuó tímidamente Daniel —, ¿cómo se extrae una articulación?

El ayudante, negro y vulgar, con unas espaldas que se le dibujaban espléndidas bajo el delantal ceñido, dió muestras de impaciencia.

— ¡Seccione la clavícula, pues hombre! Corte el húmero y desprenda los músculos y ligamentos del omoplato.

— Naturalmente, señor — contestó Daniel, ruborizándose. Y se quedó mirando al Ayudante que se alejaba con paso felino de bestia esplendorosa y sombría. El futuro médico inspiraba confianza a pesar de la rudeza del trato. Era *the right man in the right place*, pues en ese lugar tenebroso irradiaba muy oportunamente su vitalidad como un desafío a la muerte. Daniel sintió que le había hecho bien su presencia en un momento en que las piernas comenzaban a flaquearle.

Para desgracia suya, el cadáver estaba tendido de espaldas, y era preciso volverlo para desprender la escápula. Dejó las herramientas sobre la mesa y se abrazó al cuerpo helado para ponerlo boca abajo. Pero se hubiera dicho que la masa inerte forcejeaba para no mudar de postura. Daniel vaciló un instante.

— ¿Le salió pesado el difunto? — sonrió una muchacha rubia que trabajaba en la mesa vecina: — Tómelo de los hombros, así le será más fácil.

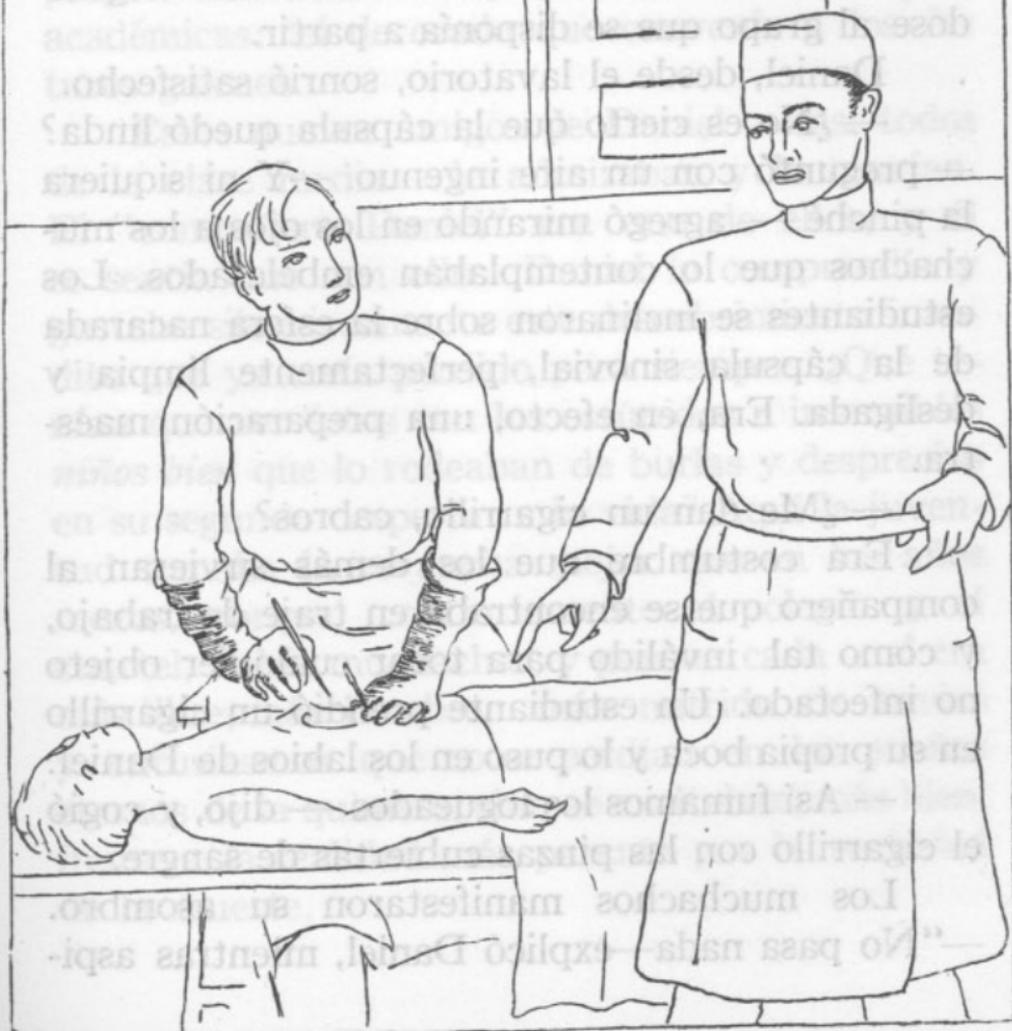
Daniel animó su cólera dormida, y el pavor, cogido de sorpresa, se le esfumó como por encanto. Y fué tanta la fuerza que puso en juego, que el pesado ejemplar cambió de postura y hasta le dió una palmada en el hombro con el brazo rígido.

— ¡Nada de confianzas...! — le gritó Daniel, lanzando una carcajada.

Estaba contento de buena gana. De cabeza sobre la piel marchita, con el mechón de pelo que casi rozaba la herida profunda, iba cortando con el bisturí y separando músculo por músculo. Aquello pasaba a ser un deporte; un placer vedado que, de pronto, se tornaba legítimo y hasta meritorio.

Daniel pensó un instante en los crímenes, y en el crimen de las guerras. Decididamente, ahora le era mucho más fácil matar. Por su mente pasó como una sombra aquel "asesinato" de su infancia... Veía serenamente cómo el cuchillo se hundía en las carnes y cómo vibraba con una nota argentina cuando tropezaba con un ligamento. Era una técnica que nacía sola y que le improvisaba una destreza desconocida mientras bajaba, plano por plano, en esa maravillosa topografía del cuerpo. Olvidó dónde estaba y quiénes lo rodeaban. La forma humana le iba entregando sus secretos uno a uno; y sentía una satisfacción inmensa al reconocer ahí — buscados por él, obtenidos por su esfuerzo — los datos precisos que aprendió en el tratado de anatomía.

Horas y horas trabajó así, desprendido de todo, insensible al cansancio, al temor, hasta a la piedad. A mediodía uno de los compañeros le tocó



en el hombro. Nuestro muchacho alzó la cabeza, como si despertara de un sueño.

— ¿Nos vamos, Daniel?

— En seguida — respondió el muchacho, y se encaminó al lavatorio para desinfectarse.

— Vean qué magnífica va quedando esta preparación — dijo el primer estudiante dirigiéndose al grupo que se disponía a partir.

Daniel, desde el lavatorio, sonrió satisfecho.

— ¿No es cierto que la cápsula quedó linda? — preguntó con un aire ingenuo. — Y ni siquiera la pinché — agregó mirando en los ojos a los muchachos que lo contemplaban embelesados. Los estudiantes se inclinaron sobre la esfera nacarada de la cápsula sinovial, perfectamente limpia y desligada. Era, en efecto, una preparación maestra.

— ¿Me dan un cigarrillo, cabros?

Era costumbre que los demás sirvieran al compañero que se encontraba en traje de trabajo, y como tal inválido para tocar cualquier objeto no infectado. Un estudiante prendió un cigarrillo en su propia boca y lo puso en los labios de Daniel.

— Así fumamos los fogueados — dijo, y cogió el cigarrillo con las pinzas cubiertas de sangre.

Los muchachos manifestaron su asombro.

— “No pasa nada — explicó Daniel, mientras aspi-

raba el humo con ansias—, el fuego va consumiendo toda la parte que toca la pinza”. Tosió, en seguida, con aire de superioridad.

Salieron alegres, llevando el grueso tomo de Anatomía bajo el brazo. La escalinata del Pórtico la bajaron esta vez taqueando fuerte, por derecho propio. Las columnas ya no eran fúnebres sino académicas: el decorado que convenía a los futuros galenos.

Estos nuevos amigos de Daniel — casi todos de la clase media — lo admiraban y lo querían. El “compañero Daniel” era uno de ellos, y él se sentía uno con ellos. Daniel lo comprendía y gustaba silenciosamente este descubrimiento inaudito que ya creía perdido para siempre. ¿Qué tenían que ver éstos con los estúpidos e insensibles *niños bien* que lo rodeaban de burlas y desprecios en su segundo despertar a la vida? Aquí la juventud tomaba la revancha mejor que en los años mozos, porque, contrariamente al colegio y al cuartel, había muchachas, y porque cada cual era más libre, más hombre, más nutrido de savias y entusiasmos que no se perdían en los sueños eternos de la quimera, sino se exaltaban, más bien, frente a la realidad más patente por la vecindad de la muerte.

Daniel estaba contento de haber elegido un ambiente así. Aquí encontraba todo lo que habría podido desear después del largo sueño sin esperanzas que había sido su juventud. Se vivía peligrosamente, es cierto, pero el vivir ¿no era acaso un perpetuo desafío a la vida? La misma inestabilidad de la célula viviente, ¿no era semejante en cierta manera a la inquietud del espíritu que vive de su propia agonía iluminando la mirada del hombre y empujándolo hacia todo lo noble, lo esforzado y lo terrible que encierra el vivir? Por otra parte, ¿no era este bullicio de pasiones encontradas y este perpetuo sacrificio lo que llamaban creación, descubrimiento, o lo que sea?

¡Vaya si lo era! No se habría torturado tanto, nuestro niño, ni habría elegido la senda estrecha del estudio y de la perfección, si no hubiera sabido, desde mucho tiempo, que “en el morir hay ganancia”, como decía San Pablo.

Al llegar a casa, los suyos estaban almorzando. Tenían la misma cara triste y malhumorada de todos los días. Alguien levantó la cabeza y todos se miraron con un gesto de connivencia

—“No pasa nada”—explicó Daniel, mientras aspi-

— Escucha, Daniel: el doctor de casa nos ha dicho que *tu famosa Escuela de Medicina* es un foco desvergonzado de inmoralidad. Ya lo sabes; y sabes que nosotros no lo ignoramos.

El muchacho los miró, y sonrió con dulzura. Su mente ya no ofrecía asidero para esa clase de cosas. Estaba muy lejos, embargada de ideal y de entusiasmo. La fea vida cotidiana se le escurriría en adelante como un sueño sin ensueños ni pesadillas.

Cogió el cubierto y se dispuso a probar el asado. Pero la carne le supo a formalina y a masacre...

No la pudo comer.

A lo mejor, a todos los niños de lluvia les ha ocurrido igual.